VARGAS VILA

LA CONQUISTA DE BIZANCIO

222 +300

LA CONQUISTA DE BIZANCIO

J. M. VARGAS VILA

La Conquista de Bizancio

Nada resiste á aquel que
quiere tenazmente;
el Genio es una Voluntad.
V. V.

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET
PARÍS
23, Rue Visconti, 23
MÉXICO
Avenida del Cinco de Mayo, 45

1910

Quedan asegurados los derechos conforme á la ley.

He aquí « La Conquista de Bizancio », que sigue de cerca al « Camino del Triunfo », y, lo completa ;

¿recordáis la armonía intensa y, gradual con que ciertos pintores trecèntistas y, cuatrocentistas, sabían desarrollar un vasto tema, múltiple y, profundo, en los dos motivos de un solo cuadro, distintos en apariencia y, llenos sin embargo de una portentosa unidad?

Seguro estoy de que cuando de esto os hablo, á la mente os viene, el recuerdo de ciertos dípticos y, aun trípticos, de Palma, de Benozzo Gozzoli, de Taddeo di Bártolo, de Verrochio ó Ghirlandaio, y, la nostalgia de esa Belleza medioeval, os asalta el ánimo;

y, no sólo en los cuadros, que también en los libros, dípticos gráficos hay, que en pictural Belleza Interior, en nada ceden á aquellos que los Maestros de la Pintura ejecutaron con amor;

talmente desarrollan con potencialidad profunda y, armónica, los motivos interiores de una misma alma, en la vasta tela sinfónica de una sola obra, bajo su doble apariencia pictural;

la Trilogía admirable de Zola: «Lourdes» — «París» — «Roma»; He ahí un modelo. Insuperado. ¿Insuperable?...

teatral y, genial, Josephin Péladan, en su «Decadencia Latina», otros bellos ejemplos nos ofrece, de la concatenación de una Vida, en los prismas difusos y, cambiantes de una doble novelización;

y, Maurice Barres, en sus gloriosos tiempos del «Jardín de Berenice» «Sous l'œil des Barbares» y, «L'Homme Libre» admirables modelos, de este método novelador nos dió;

así, «El Camino del Triunfo» y, «La Conquista de Bizancio» uno como díptico son;

¿una misma novela?

No;

¿la novela de una misma alma?

Sí;

un lirio bifolio, cuyos pétalos pueden separarse sin romperlo; y, unidos, forman una sola flor.

*
* *

Termino este libro, no fatigado, sino desilusionado;

sé toda su esterilidad *actual;* pero confío en su futuro transcendental;

las ideas y las sectas combatidas en él, triunfan en toda la línea en nuestras latitudes ecuatoriales;

los hombres y, los partidos, aun los más avanzados, capitulan con ellos;

yo, lo sé;

sé que hoy, todo es adverso á esta campaña mía;

sé que mi gesto es, no arcaico, como ha dicho alguien, sino prematuro;

sé que actúo fuera de mi época;

hace mucho, que sé, que soy un INACTUAL; mis *contemporáneos*, aun no han nacido;

pero, ellos llegarán, y, encontrarán mi Espíritu, á la linde del mundo que ellos van á recorrer, llenando esas épocas, con el Orgullo de su Soledad;

y, la culpa no es mía;

yo, no escogí la época ni los lugares en que me tocó nacer;

y, si la elección, me fuera dada, para un renacimiento, de todo aquello que me dió vida, yo, no escogería de nuevo, sino el vientre de mi madre;

es el único seno, en el cual siento el orgullo de haber vivido;

yo, no me quejo de mi época;

ella, ha sido, no sólo generosa, sino pródiga, conmigo; pero no lo ha sido con mis ideas;

solo mi nombre, ha triunfado; mis ideas están en derrota;

¡ triste Triunfo ! que equivale, á un más triste Vencimiento ! . . . . . .

Yo, escucho las voces, amigas y, aun cariñosas, que me advierten sobre el espíritu de ciertos libros míos :

« la Violencia, ha dicho uno, perjudica la obra artística de Vargas Vila, porque la Violencia y, el Arte se excluyen » ;

« toda la obra literaria de Vargas Vila, dice otro, está *deshonrada*, por la tendencia á hacer de ella, una campaña anti-clerical » ;

« vuestro ateísmo mutila vuestro genio », me ha dicho un gran Poeta;

y, yo, sé el espíritu íntimo de esas frases : sé lo que ellas significan;

quieren decirme; que si yo fuese un talento amable y, piadoso, mi grandeza y, mi Obra, serían indiscutidas, y, habría ascendido sin trabas, á lo más alto del Renombre;

pero, sin serlo, ¿dónde está aquel que haya llegado más lejos y, más alto que Yo?...

¡Ascender! ¡triunfar!... ¡eso, es también una tristeza!...

¿quién no asciende?

hoy, se asciende en todas direcciones : *hasta para abajo;*

¿recordáis la fábula de « el Águila y, el Caracol?

una águila había volado mucho, mucho, había llegado alto, muy alto, hasta, el más encumbrado pico de una cima, que parecía inaccesible; allí, detuvo el vuelo ; miró la altura inconmensurable, y, en el vértigo de su Orgullo, dijo :

— ¿Quién ha llegado más alto que yo?

— Yo ; dijo alguien encima de ella ;

volvió los ojos feroces el águila, y, vió, sobre la última piedra de la roca, un caracol ;

sorprendida al verlo sin alas, el águila preguntóle :

— ¿Cómo has podido llegar hasta tan alto?

— Arrastrándome, respondió el sucio molusco ;

mirólo el águila, hecha ya triste, y, alzó de nuevo el vuelo ; arriba, arriba, más arriba, y se perdió en la Soledad...

Sólo en la Soledad, se puede permanecer incontaminado ;

todas las cimas, están ya deshonradas en la tierra ;

sólo la Soledad, es pura;

Quien dice Soledad, dice Libertad; pero dice también Abnegación, desprendimiento de todas las cosas de la tierra, de todo lo que encadena las alas...

Renunciación...

renunciar á la Patria, al Hogar, á la Familia; así como lo he hecho yo;

é, ir desorbitado por la Vida, buscando no ya el lugar donde vivir, sino el lugar donde morir;

morir, he ahí lo que en el solitario, es una Esperanza y, no un Temor;

y, yo sentí la tristeza de esa Esperanza; la sentí, cuando hace pocos meses, muy enfermo, suspendido entre la Vida y, la Muerte, tuve la visión de morir sin concluir este libro...

sus manuscritos me han acompañado después, por todas las playas mediterráneas, donde huyendo al Invierno, he arrastrado mi convalecencia y mis dolores;

y, al fin, lo he concluído aquí, sobre esta playa amiga, ante el gris nostálgico de este golfo siempre taciturno, y, el azul opalino de este cielo lleno de ternuras indefinibles;

y, lo envío á la publicidad;

este libro, es, con « El Camino del Triunfo », la más fuerte, si no la más bella de mis *novelas de combate;*

yo, sé lo que la unión de estos dos vocablos, exaspera á los sacerdotes del Arte Impasible, y, á aquellos de mis críticos que no comprenden otro arte de novelizar, que el viejo arte romántico, más ó menos modernizado con ensayos de sicología femenina, olorosos á *boudoir*...

no es el caso de polemiquear aquí, sobre el espíritu y las tendencias de mis novelas y, sobre mi arte de novelador, que tanto los enfada;

yo, he tenido siempre el Orgullo de no defender mis libros, que han triunfado, sin mi defensa, acaso más que con ella misma;

pero, sí hablaré un día, sobre el Arte de la novela social, la novela revolucionaria, esa, que ellos llaman desdeñosamente *política*, y, que en nombre de ese vocablo de gloria aristotélica, se empeñan en proscribir de los dominios del *Arte puro;*

nos encontraremos en este terreno; y, acaso pronto;

por hoy, va la « Conquista de Bizancio », tan esperada por aquellos á quienes fascinaba y atraía ya, la personalidad de León Vives, apenas esbozada en el « Camino del Triunfo »;

sé que este libro, como el anterior, su hermano gemelo, levantará las mismas borrascas, y, provocará las mismas cóleras;

ese es mi objeto; y, ese mi deseo;

el Odio, es la Gloria, de ciertos libros, y, de ciertos nombres;

¡gloria pura! porque es la única que no se comparte con los mediocres.

el Odio, es una forma de la Admiración, y, la más rara;

VARGAS VILA.

En Ravelo (Golfo de Salerno) Febrero MCMX.

LA

CONQUISTA DE BIZANCIO

Octubre 23.

. . . . . .

He ahí el Otoño, que me hace soñador...

¿por qué amaré yo tanto, esta estación ambigua y versicolor, cuyos tintes ajados y delicuescentes, parecen borrarse, en una lenta anemización de cosas inmateriales y divinas?

es una dulce transfusión maravillosa, de colores, una sublimación extraordinaria de cosas mórbidas é irreales, infinitamente sutiles, que son como un estado de alma, delicado y lúcido de la Naturaleza, dispuesta á entrar en grandes ensoñaciones;

yo, amo estos cielos de nácar, con tintes anaranjados, como flecos de oro, en una dal-

mática blanca; estos cielos serenos, de palideces únicas, en los cuales los últimos vestigios del estío, extienden un berilis amortiguado, con gradaciones enfermizas de rubí, como la última ola empurpurada por el crepúsculo, sobre la arena de una playa palidecida en la noche;

tal vez mi alma tiene algo de Otoñal, y, algo de crepuscular, por eso ama las horas y las estaciones misteriosas, por lo que tienen de ondeante y de inasible;

yo odio las cosas francas, como el calor de los estíos y el frío de los inviernos; su franqueza brutal es desconcertante; no hay delicadezas, no hay matices, no hay gradaciones, en aquel ataque brutal de los elementos, que tienen de la certidumbre asesina de la fiebre y de la muerte;

el alma no se abre á las delicadezas, á las simultaneidades, á las sensaciones profundas, que se desarrollan en ella como un acuerdo musical y, se funden en la dulce armonía de la Naturaleza, sino bajo estos cielos cambiantes, de tintes instables, tan soberanamente tristes, en que los colores, sin fuerza, cantan como viejas

romanzas, llenas de ritmos desfallecientes, en que las cosas mismas, parecen tener formas extrañas y espirituales, como en una substitución de motivos sinfónicos, llenos de impresiones sutiles é inexplicables, como en la extraña sensación de un sueño;

los pocos momentos sensitivos de mi vida, los he tenido siempre en las horas crepusculares, en la agonía feliz de los colores, en que parece el cielo una desfloración de pétalos, y, sobre las catedrales aéreas del horizonte, el arco menguante de la luna asoma, como un alfanje que hubiese decapitado al sol;

era á la hora del crepúsculo, que yo, me refugiaba bajo los rosales, en el jardín inculto de aquel nido de brujas que fué mi casa, y, quedaba como extático largas horas, allí, bajo la sinfonía de las rosas, que desplegaban sobre mí, sus pétalos como un arpegio, con una dulzura de alas íntimas, que protegiesen mi niñez, contra los ocultos maleficios de la Vida;

cómo y cuánto gozaba entonces, oyendo la voz quejosa de la tarde, murmurar consejas á los pinares vecinos, en la clemencia de la hora,

bajo los cielos pálidos como una margarita abierta, en cuyo corazón muriese el sol, suntuosamente;

era mi hora cerebral, la hora en que yo sentía nacer en mí, el pensamiento, y me daba á idear cosas absurdas, tales,como el incendio de mi casa, en el cual viera yo arder á mi madre y, á mi abuela, como dos mariposas negras, chamuscadas por la misma llama;

fué en esa hora languideciente y vaga, que yo tuve mis primeras fiestas espirituales y sentí el despertar de mi alma, cuando terminadas las tareas escolares, Lucio Pica y yo, emprendíamos nuestros paseos vesperales, por entre los campos cultivados, llenos de florescencias verdes, que hacían semejar el llano, á un gran estanque, sobre el cual los jirones blancos de las nubes parecían plumas ligeras, que cayesen lentamente, en la alacridad penetrante de la hora, llena ya de las vagas palabras de la Noche;

fué á esa hora, que los labios de mi Maestro, se abrieron como la roca de Moisés, sobre las arideces de mi corazón desolado y virgen;

y, todo el tesoro de su ciencia cayó en mí, y,

fecundó mi espíritu, en una verdadera transfiguración mental, y, bajo la caricia, tierna y luminosa de esa palabra, yo sentía la emoción de un pájaro que tiene por primera vez conciencia de sus alas, y, quiere ensayar el ímpetu de ellas;

y, el fuego interior de mi espíritu, comenzó á arder en silencio, incubando la voluntad tenaz de mi *acción*, aún incierta, de mi orientación hacia ciertas cimas inmanentes, que ya veía confusas, pero fijas, en las lejanías de un horizonte prometido á la tenacidad de mi esfuerzo individual;

fué á esa hora dulce y tierna, llena de mística voluptuosidad, que yo besé los labios de Rosina, mi prima, y, el reflejo de nuestras caricias, cayó sobre el agua quieta del estanque vecino, que á través del ramaje, era como un espejo hecho para reflejar nuestras desnudeces, en la calma del paisaje envuelto en un silencio que parecía sobrenatural, y, lleno de estremecimientos lejanos.

fué á esa hora, que hoy me parece tan remota y, en el frenesí de mis besos, reproducidos por el agua, que la hice madre...

tengo necesidad de repetirme esa palabra, para creerla, tanto así he olvidado el hecho :

¿yo, *soy padre ?*

sí ;

del hijo de Lucio Pica ;

puf...

¡cómo me ha hecho reir siempre, la comicidad de este asunto, las raras veces que he pensado en él ;

y, yo, que creía haber engañado á Lucio, haciéndole creer que era de él, esa criatura ;

¡cuánta fué mi extrañeza, cuando aquella mañana, momentos antes de morir, me dijo :

— « en pago de mi cariño has deshonrado mi vida, deshonrando á aquella que debía compartirla. *Tu hijo*, está allí para atestiguarlo ».

¿mi hijo? ¿él, lo sabía, pues? ¿no había sido engañado? ¿Rosina no había podido convencerlo? ¿no había sabido fingir?

y, Lucio, no había dicho nada ;

había callado su deshonra ;

Lucio, era un hombre bueno ;

y, los franceses tienen razón, cuando dicen que bueno y, bestia, se escriben con la misma letra ;

tienen mucha razón;

yo, no he visto todavía un hombre bueno, que no sea un perfecto imbécil, aun bajo las apariencias de hombre de genio;

¿por qué la Bondad y, la Imbecilidad, son sinónimos?

está ya probado, que es fuera del universo convencional de la Bondad, que se halla, la perfección moral, del tipo hombre; la Bondad, es, una deficiencia;

es una aminoración y un peligro del Individuo; y, una verdadera amenaza para la colectividad;

una sociedad de hombres buenos sería inadmisible é intolerable;

felizmente, el estado natural del Hombre, es, lo que se ha dado en llamar, el Mal, es decir su aptitud para vivir, crecer y defenderse: su tendencia al dominio y al progreso;

los buenos, es decir, los ineptos, son los menos;

la bondad, es una imperfección; y, por eso, los buenos, son raros, como los jorobados y, todos los contrahechos;

el Mal, es, el único aliciente de la Vida;

la Vida, pasada en lo que se ha dado en llamar, la Virtud, no sería una vida vivida, como no lo sería la transcurrida en un hospital de incurables;

yo, detesto, ese estado ficticio y antinatural, que se llama, la Virtud, pero, la detesto cuando es un *estado real* del alma; ¿existe?

ahora, la Virtud, como estado convencional, es decir la Bondad (falsa, se entiende) como profesión, es el estado verdadero de perfección en el Hombre;

ningún grande Hombre ha sido virtuoso, pero, todos han tratado de parecerlo;

¿por qué?

porque el divino poder de la Hipocresía, la Vida ficticia, que es la que hace, los grandes, los héroes y los santos, es, decir, el estado de Mentira, permanente, es el principio activo del Triunfo, el hilo conductor y decisivo de la grandeza individual, la distintiva y la característica de toda superioridad;

un hombre, que viva en la Verdad, y diga la Verdad, no dominará jamás; será siempre un

buen hombre, no será nunca, un grande hombre;

el hombre, necesita de la Mentira, como del pan; es su alimento;

dársela, es conquistarlo y dominarlo;

¿habéis visto algún tirano, que diga á su pueblo: « yo vengo á esclavizaros? »

ninguno;

¿habéis visto algún inventor de religiones que diga á sus creyentes: « yo soy un farsante? »

no;

y, ambos llegan á dominar y á convencer;

¿por qué?

por el oculto é inagotable, poder de la Mentira;

pero; ¿por qué me he enzarzado en estas divagaciones?

¡mi bendita manía de razonar!

volvamos á mis crepúsculos, y, al encanto extático de esa hora, llena de turbaciones íntimas, en que la Naturaleza y el Hombre, se confunden, cual si fuesen un solo elemento, aéreo é impalpable, que flotase sobre la tierra como una atmósfera;

estoy en vena de romantizar... ¿eh?...

¡cómo es verdad que en el fondo de todo hombre, duerme un poeta, es, decir que cada uno tenemos nuestro cuarto de hora de imbecilidad;

y, este estado inferior del ánimo tiene sus encantos;

decía yo, que esta hora del crepúsculo me ha dado las únicas horas románticas de mi vida, mis únicas horas decisivas y de enternecimiento; (¡ojalá que no muera yo, en la hora del crepúsculo, porque sería capaz de morir creyendo en Dios!)

y, sin embargo, no me enternezco, pensando en mi hijo;

la voz de la sangre; ¿qué sería esta imbecilidad, si existiera? el amor inmundo á la simiente, algo semejante al amor que se tuviera por sus propios excrementos; ambos son dos productos nauseabundos salidos de nuestro cuerpo, y destinados á dar vida á nuevos seres;

¿habéis pensado alguna vez con ternura, en los innumerables animálculos, á los cuales dais vida con vuestras deyecciones corporales?... y,

sin embargo son sangre de vuestra sangre, como los espermatozoarios de vuestra simiente... son vuestros hijos... ¿la voz de la sangre no os llama hacia ellos?...

¿no es verdad que lo que hay de adorable en el hombre, es lo que tiene de idiota?

la voz de la sangre;

¿dónde estáis, sangre mía, que no habéis clamado nunca en mi corazón, por el hijo de Lucio Pica?

yo, recuerdo haberlo visto jugar en el jardín de mi Maestro, cuando á mi regreso del colegio, visité aquella casa, cuando ya todos los corazones, á excepción del de Victoria Pica, me eran hostiles;

era un niño delgado y rubio, como yo, que semejaba un lirio real, y, cuyos ojos prematuramente agresivos, no miraban con ternura sino á su madre; un niño silencioso, de labios llenos de desdén y, mentón voluntarioso; un poco salvaje; no se dejaba acariciar; á mí, me fué personal y enormemente repulsivo; si me lo hubiesen dejado solo, tal vez hubiera hecho algo por suprimirlo; habría sido bella, la visión

de aquel niño, ahogado en el riachuelo, hundiéndose bajo las linfas como un nenúfar violado, extinguiendo en ellas el resplandor de sus ojos crueles, que parecían mirarme con odio ; ¡ bello cuadro y, no banal ; pero, no pudo ser ; nunca estuve solo con él ; tal vez ahogándolo, habría ahogado una complicación, ya que no un remordimiento ; ¿ cómo podrán tener remordimiento los que matan ? el remordimiento está, en no haber matado á tiempo, ciertos hombres y ciertas cosas !...

la Muerte, es la única barrera contra el Odio ;

odio, ¿ qué otra cosa puedo yo inspirar á mi hijo, si llega á tener talento como yo ?

¿ lo trendrá ?

las razas como las especies, degeneran, hay una aristocracia de tipos superiores y completos, que son como la culminación de su fuerza y de su forma, y, no se reproducen ;

yo, soy ese tipo de mi raza ;

¿ mi hijo será un idiota ?

si la Vida es una enfermedad, al dársela yo á mi hijo, ¿le habré dado también algo de mi estructura mental ?

menguados andaríamos ;

felizmente, en la Naturaleza reinan la variedad y la abundancia, y, los tipos no se repiten ; al menos los tipos de excepción ;

los caracteres semiológicos y los signos patognómicos, no se reproducen nunca en el tipo inmediato, cuando son los de un tipo de selección ;

pero, héteme aquí otra vez, prendido en los zarzales de la ciencia, por culpa de *mi hijo* ; ¿por qué me hará reir á mí, tanto esa palabra?

también era un crepúsculo aquel en que abandoné mi aldea, mientras por las veredas lejanas, la multitud conmovida, llevaba al cementerio, el cadáver de mi Maestro, que yo había matado ;

he ahí otra frase que me hace sonreir ;

¿ yo he matado ?

¿ yo ?

he ahí otra cosa, que me cuesta trabajo creer ; tal es el vacío de emoción y de recuerdos, que eso ha dejado en mi memoria ;

yo he dado la Vida á un ser ;

yo, he quitado la Vida á un ser ;

he ahí dos cosas que todos los hombres,

toman como muy graves : engendrar y matar ;

construir ó destruir ese ser ficticio y miserable que es un Hombre, he ahí los dos extremos de la Virtud y del Crimen, para ese gusano, irreflexivo y soñador, hijo de la Mentira y, el Orgullo, que es el Hombre ;

según él, yo, soy un ser augusto, por el hecho de haberme acostado con mi prima, y, haber hecho un hijo ; ¡ la gran Misión de la Paternidad !...

y, soy, un criminal por el hecho de haber destruído un hombre, que me había hecho bien y podía hacerme mal. ¡ Oh, la gran Virtud de la gratitud !...

estas grandes imbecilidades, no me divierten siempre, á veces me dan asco, y, aun me producirían indignación, si no estuviera convencido, que el único sentimiento legítimo, que inspira el Hombre sobre la tierra, es, el desprecio ;

yo, que no he temido ni esperado nada de esas quimeras y, he fundado sobre las ruinas de ellas, la independencia de mi espíritu y el Imperio de mi orgullo, no siento nada, nada, sino una atonía completa, al rozarme, con esas

dos sensaciones : la procreación y, la destrucción del ser, y, no alcanzo á comprender en dónde está la virtud de procrear, ni el crimen de matar;

el coito, el asesinato, dos sensaciones agradables, nada más, nada más;

esta plenitud de mi Yo, que no me permite juzgar las acciones humanas, con el criterio general de las mayorías, sino según un criterio personal, que viene de la fuente íntima de mis sensaciones, de mi visión interior del mundo moral, de mi manera toda personal de ver y de sentir los fenómenos ambientes de la Vida; ¿es una deficiencia?

¿es una superioridad?

¿quién conocerá jamás, el matiz obscuro de sus sensaciones, la oscilación perenne de su pensamiento, el ascenso y el descenso barométrico de su *Yo*, enorme y complejo, afirmando cuotidianamente el esfuerzo de su Voluntad, en el abismo formidable y, tenebroso del propio corazón?

no podemos libertarnos del ambiente psíquico que nos circunda;

los estremecimientos del universo, son nuestros propios estremecimientos; los ojos clarividentes de nuestro Egoísmo, se cierran á veces, sobre esa tempestad, y, no distingue bien en el tumulto confuso de nuestras sensaciones, que son todo nuestro *Yo;* porque, ¿qué cosa es la Vida, sino una sensación, ó una serie de sensaciones múltiples, é inconscientes, en cuyo imperio inabarcable, repercuten, en estremecimientos obscuros y misteriosos, todas esas fuerzas, dispersas y centrípetas, que por nosotros y contra nosotros, forman este fenómeno inexplicado, enorme y misterioso de la Vida, que nos crea, nos alimenta y nos devora?

todo nos engaña, todo, hasta la santa pasión del Egoísmo, que es la única partícula de Divinidad, que hay en nuestro corazón;

porque el Hombre es solo en la Vida, solo con sus propias fuerzas, y, no hay sino él, que llene el mundo con el milagro de su Esfuerzo, y, el prodigio constante de su Voluntad;

el Hombre, es todo;

Dios, mismo, no existe sino porque en calidad de *Idea*, surge en el cerebro del Hombre, como

una flor, nutrida de Ignorancia y de Debilidad.

la Vida, no es sino la lucha entre ese Reinado del Átomo llamado, Mundo, y, el *Yo*, lucha de la cual resulta esa ley de armonía, por la cual vivimos dentro del organismo universal y, aspiramos á dominarlo;

el Hombre, es para el Hombre su propio Dios;

el Hombre, es la afirmación y el centro de todas las cosas de la Vida;

tal vez, él, no haya creado la Vida, pero, la da;

¿cada engendramiento, no es una *creación de Vida?*

la Egolatría, es el único culto racional en el Hombre;

ser su propio Dios y su Adorador;

enaltecerse por el esfuerzo diario de la perfección, es decir, por el cultivo de sus facultades destructoras y dominadoras; ser su Todo, y, aspirar á ser el Todo, de lo que nos rodea; ser su causa y su efecto; lo divino y lo humano de la Vida, fuera de lo cual, no hay nada bueno ni malo, justo, ni injusto sobre la tierra; ser, el

Yo Único, en cuyo torno gira la Vida, como un tropel de sombras.

rien n'est pour Moi, au-dessus de Moi; he ahí la divisa;

el mundo, moral, es un miraje que vive en nosotros. y, desaparecerá con nosotros;

y, el mundo exterior no existe sino en estado visual, en nosotros;

cerrados para siempre nuestros ojos, la visión del mundo acaba en nuestro cerebro, y, *la Vida* muere;

no hay sino nuestra Voluntad, que pueda hacernos grandes sobre la tierra;

el Hombre, es, el propio arquitecto de su *Yo;*

cada uno, es, el escultor de su propia estatua;

por el fenómeno de la Voluntad, el Hombre se crea, á Sí Mismo;

él, es, quien labra sus propios triunfos, ó hace sus derrotas; vencedor, ó vencido, el Hombre, no lo será sino por, Sí Mismo;

no hay Destino, ni Predestinación, Ventura, ni Desventura sobre la tierra, sino en el corazón mismo del Hombre;

la Palabra Fortuna, es tan imbécil, en los labios del ateo, como la palabra Providencia, en los labios del creyente;

Destino... Dios... he ahí las dos expresiones de un mismo dislate...

cada uno lleva su Providencia, en sí; ó mejor dicho: el Hombre es su propia Providencia;

proclamar la soberanía de *los hechos* sobre el Individuo, esa es una teoría de débiles y de esclavos;

el Hombre, es un productor de hechos, no un juguete de ellos;

y, no hay soberanía sobre nuestra soberanía; sino soberanías, en contra de la nuestra, á las cuales no hay que reconocer, sino vencer, imponiéndoles nuestro *Yo*, como la única soberanía visible y posible en nosotros y fuera de nosotros;

buscar la conquista de la Vida, es decir el goce de la Vida, por la única forma de serenidad posible, ó sea por el Imperio de nuestra Fuerza, he ahí el único fin alto y noble de la Vida.

y, ¿cómo lograrlo?

haciendo de nuestra vida un solo fin y un solo esfuerzo : la perfección y la victoria del *Yo ;*

ningún hombre se libra de esta tiránica imposición ;

todas las sectas y todas las religiones de la Humanidad, no son sino eso, modalidades del Egoísmo ;

¿ qué buscaba Diógenes en su miseria ?

el goce imperturbable de su Vida ; de su *felicidad*, según él ; la imposición de su *Yo*, harapiento y miserable, pero su *Yo ;*

¿ qué buscaban los estoicos con su desprecio del mundo ?

vivir en sí, su propia vida, el ideal de su ventura, cultivar é imponer su *Yo*, aislado y, andrajoso ;

ideal de solitarios y, de ascetas ;

el estoicismo, es la fuente de donde nace el monaquismo ;

el Monje, es el tipo perfecto del Egoísmo, en los degenerados ; un egoísmo feroz, egoísmo de vencidos, de aquellos que no han tenido fuerza de vivir ni de luchar ; la pasión de los cerdos y de los frailes es la holganza ; su

egoísmo gira en torno á una bellota; pero, son felices, y, logran en el hartazgo, la plenitud de su *Yo;* un *Yo*, bajo y despreciable, un *Yo* de piara, pero, un *Yo;*

y, Epicuro y su secta ¿qué buscaron en la vida activa y placentera, en esa vida de goce, como una mañana estival, y, que Simónides sintetizaba, en la Salud, la Belleza, la Riqueza, y, la Amistad de amigos jóvenes?

buscaban la Ventura, la Imposición de su Yo, su idea de la Vida, amable y rumorosa, como una barca que engalanada de flores, descendiera un río...

¡ oh, los amables y sabios filósofos, que á fuerza de amar la Vida, la comprendieron mejor que ningún otro!

y, ¿qué fueron las renunciaciones primeras del Cristianismo, sino el triunfo del Hastío, que los placeres de la sociedad pagana, habían extendido sobre la tierra como un perfume? el Hombre sintió la necesidad de salvajizarse, de cerdotizarse, de volver al estado primitivo, y, se puso desnudo ó se cubrió de pieles, y, se refugió en una cueva del desierto;

¿por qué?

porque obedecía á un estado mental, suyo, á una idea personal, que le hacía hallar la felicidad, en esa vida de bestia y ese brutal retroceso á la barbarie; una afirmación de su *Yo;*

y, ¿qué fué el martirio mismo, en esos siglos remotos, en que existió sobre la tierra?

la forma suprema del Egoísmo; el sacrificio de una ventura perecedera, por buscar una ventura que se creía eterna; el abatimiento de su *Yo*, terrestre, por el engrandecimiento de su *Yo*, en otras regiones, que se creían mejores; una buena acción, pero un mal negocio;

en todas esas cosas de la Antigüedad, hubo más ignorancia que mala fe;

los antiguos, no son culpables de haber ignorado al Hombre;

se conformaban con haber descubierto á Dios;

y, lo adoraban;

el Hombre no tenía todavía adoradores; ó, mejor dicho no se adoraba todavía;

el Hombre no había sido descubierto, al decir de Bruno Baüer;

felizmente, la edad de Dios ha pasado, y, la edad del Hombre, ha venido sobre la tierra ;

he ahí nuestra edad ; la edad que debemos comprender y dominar ;

ser el vencedor del mundo, es decir de su mundo interior, y, del pequeño mundo exterior que nos rodea, he ahí el deber, el único deber de todo hombre, en estos tiempos de emancipaciones espirituales, y de la quiebra fraudulenta de todas las entelequias teológicas ;

no hay sino un deísmo lógico : aquel que nos hace dioses ;

y, ¿cuál el camino de la propia deificación ?

la disciplina interior ; el cultivo cuidadoso y el desarrollo ilimitado del *Yo* íntimo, por medio de la obediencia ciega al Instinto ;

la sabiduría de la Vida, está, no en contrariar su instinto, sino en seguirlo ;

lo único sabio que hay en nosotros, es, el Instinto ;

es por la obediencia ciega al Instinto, y, por el cultivo asiduo de sus pasiones, ó sea de sus inclinaciones y, aun de sus vicios — que son los que forman nuestra constitución sicológica,

y, hacen la grandeza y la fuerza de nuestro propio *Yo*, — que el Hombre, puede y, debe llegar al desarrollo completo de su personalidad, porque la Vida, es decir, la Naturaleza, no soporta ser estrechada ni violada, ó mejor dicho, no crece y no vive sino en calidad de monstruo, al lado ó dentro de las leyes, estrechas y antinaturales, que la Moral y la Sociedad, han hecho para regirla, esto es, para deformarla;

el Hombre, es el único animal, que se ha complacido en deformar la Vida;

los demás, viven, según ella y para ella, y, el Instinto, es para ellos, lo que debe ser : la Suprema Ley;

¡ líbreme Dios de caer en el naturismo sentimental de aquel reumático de la Voluntad, que fué Juan Jacobo Rouseau : la sangre viciada de los sofistas, no está en mí;

yo, aseguro mi libertad, sobre el mundo, tratando de aprisionarlo, y, para eso no me importan los medios de que haya de usar : la Astucia ó la Audacia, la Hipocresía, el Dolo, ó, la Bajeza, todas ellas son elementos del Triunfo, son mi Fuerza; ellos no tienen color, no son negros

ni blancos; no son buenos ni malos, justos ó injustos; son los elementos míos, son mi *Yo*, los elementos que la Vida me ha dado para vencer; usarlos es mi deber; todo lo demás es cobardía, ineptitud de vivir;

si caigo vencido por no usar de ellos; ¿á quién culpar de mi derrota? ¿á quién?

es para esos casos que el Hombre ha inventado á Dios; para tener á quién culpar de sus ineptitudes;

yo, no choco con los problemas insolubles de la Vida; los eludo ó los domino;

no me encaro con las tristes realidades que me rodean; trato de penetrarlas y, explotarlas;

hay, muy pocas cosas de las cuales, un Hombre Superior, no pueda hacerse un pedestal;

haciendo de los átomos dispersos de la Fatalidad, algo beneficioso á mí, vivo mi Vida, es decir dejo mi *Yo*, implacable y fatal, — como todo Yo, Humano, — espaciarse y crecer y desbordarse, según su propia Naturaleza, y, conquistar su parte de Ventura, inexorable y silencioso, como una laguna, que sale de madre, y, que devora el llano; ¿sabe la laguna, al des-

bordarse y anegar, si ahoga la ventura de las flores que cubre con sus olas? ¿qué le importa? ella obedece al deber de la Vida, al caudal enorme de sus aguas;

la ventura ajena... ¿existe la ventura, fuera de nosotros?

aquellos que viven, enfermos de la lepra de la sensibilidad, bajo la subordinación absurda del Principio, ese Tirano que ahoga y devora la Individualidad, ¿se preocupan en realidad de la Ventura de los otros?

ellos sufren la conquista que la ventura de los otros, hace sobre el predio de la suya propia, y se resignan; ¿por qué?... porque son los esclavos del Precepto;

mientras el hombre, no se liberte del yugo del Precepto, es decir, de la Tiranía del Deber, no es un Hombre; es un animal colectivo resignado y, productivo á los demás, el Hombre social, el triste y doloroso animal, orgulloso de su esclavitud, marchando bajo el azote del Deber, uncido á la Obediencia, hacia los abrevaderos del Dolor y el altar del sacrificio;

el determinismo del Individuo, debe privar

sobre el determinismo de la especie; y, aquél imponerse y dominar á ésta;

en la Vida, no hay sagrado, sino el Individuo; toda Ley, que tienda á limitarlo ó á absorberlo, es una Ley absurda; pero, ¿hay alguna Ley, que no sea absurda?; quien dice Ley, dice Tiranía, dice, absurdo;

el espíritu de la Ley, es deformar y esclavizar al Hombre;

toda Ley, es una mutilación y un atentado;

el derecho humano, no reside sino fuera de la Ley; dentro de la Ley ya no hay derecho, sino deber; y, todo deber, es una esclavitud;

desde que se entra en la Ley, se sale de la Libertad; y, desde que se sale de la Libertad, se sale de la Vida;

he ahí por qué, el Hombre social, es decir el Hombre Máquina, numerado y catalogado, en los Registros oficiales, el triste Esclavo Moderno, tan orgulloso de su cadena, cree haber vivido, cuando ha vegetado bajo el yugo de la Ley, absorbido y despotizado por el Estado, dando su esfuerzo y su corazón á la vida legal, es decir, al triunfo de la Colectividad sobre el

Individuo, á la absorción de ese algo sagrado, el *Yo*, que debe ser intangible, por ese Ente anónimo y brutal, que se llama, Todos, al crecimiento y á la ventura de la Especie, que lo explota, lo ahoga, y lo tritura, bajo su carro sangriento, donde va coronada la Insolencia;

fuera del individualismo *à outrance*, yo no veo teoría digna de ser vivida por un ser de excepción, que aspire á ser un hombre libre;

es el único camino de Libertad, que queda sobre la tierra;

toda escapada fuera del *Yo*, es una caída en la esclavitud;

hombre libre, es hombre solo;

por eso, el fenómeno más desconcertante y más conmovedor que yo hallo en el corazón del mundo moderno, es, el anarquismo, como doctrina colectiva;

¿quién ha podido unir, siquiera sea para desvirtuarlas, esas dos palabras: Anarquía y Colectividad?

destruir para que otros vivan, sacrificarse para que otros venzan, inmolar su dios *Yo*, al

ídolo Todos, ¿puede eso concebirse como un acto racional?

el anarquismo así, es una epidemia de locura, como la del tifus ó la de meningitis medula espinal; no pertenece á la política sino á la patología;

un ser que mata por beneficiarse Él; he ahí un Hombre: la virtud está en Él;

un ser que mata por beneficiar á *otros;* ése, es un bruto;

aquel que se sacrifica por salvar, ó siquiera sea por mejorar, ese Minotauro, llamado la Sociedad, no es un anarquista, es, un loco, uno de esos inconscientes de la sensibilidad, que podrán llegar fácilmente á ser declarados, dioses, pero, que no tendrán nunca la alta y serena gloria, de ser un Hombre, un Hombre libre, en el alto y genial sentido de esas palabras

toda pasión que actúa fuera del Egoísmo, es una pasión de seres inferiores;

fuera del anarquismo individual, no hay sino Revolución, que es pasión de esclavos, ó Guerra, que es pasión de fieras;

el anarquismo individual, es el estado de

perfección completa, soñado por los místicos;

porque el estado natural del Hombre es, la Anarquía, la tendencia á defenderse contra todos, la rebelión á ser absorbido, la necesidad de vivir, frente á las cosas hostiles, que amenazan devorarlo; el deber de imponer su *Yo*, real, sobre el *Yo*, ficticio, con que las sociedades deforman y mutilan á los hombres;

todo Yo, legal, ó siquiera sea, legalizado, es una forma de esclavitud;

el imperativo del Hombre en la Vida, es la Libertad, pero la Libertad puramente individual;

Ser un Hombre libre, en un país esclavo, he ahí la forma verdadera de la Libertad, para un hombre superior, pero á condición de que ese país, sea esclavizado, ó al menos ayudado á esclavizar por nosotros; sólo á esa condición podremos ser y seremos hombres superiores, es decir, hombres libres;

no se consigue la propia libertad, sino á condición de matar la de los otros;

el supernaturalismo, que es la doctrina de los desconsolados y, de los siervos, condena

naturalmente estas ideas, de engrandecimiento y, emancipación individual; ¿por qué? porque son el subtratum y la ley de la Naturaleza, y, ellos creen en lo *sobrenatural*, y todo lo que está sobre la Naturaleza, es decir fuera de ella, es antihumano y monstruoso;

la Ética patológica de los filósofos cristianos, se rebela contra esta especie de endemonismo egoísta, que niega todo lo supersensible, y, hace de todas las ideas abstractas, inclusive la de Dios — que es la más absurda de todas — una proyección irreal, creada por el pensamiento mismo del Hombre, para reflejarse sobre su mundo interior;

la sola Realidad tangible, la única Verdad existente, es, el Hombre fisiológico, con sus tendencias naturalmente animales y el determinismo agudo de sus pasiones, que son sus únicas alas;

el Hombre es Todo; Dios, es Nada;

Dios no es adorable, sino porque es una Mentira;

y, la Mentira, es el único rayo de Divinidad que existe sobre la tierra. »

Cuando León Vives, acabó de leer y corregir estas páginas, de sus « Notas » abandonó la pluma, se desperezó, con la elástica voluptuosidad de un gato joven, y, miró sonriendo, el enorme crucifijo que adornaba el muro, al pie del cual estaba su escritorio ;

pensó que ya era hora de ir á la Redacción de « El Monitor Católico », del cual era el Director y Propietario, para escribir el editorial del día, en su recia campaña contra las ideas modernas, de las cuales era el enemigo encarnizado ;

tomó cariñosamente su manuscrito, y, lo guardó en una gaveta de la mesa, diciendo :

— « ahí te quedas, León ; ahora, el Doctor Vives, va á defender, la Moral, la Sociedad y la Religión »

y, sonrió, con esa sonrisa fría y sin emo-

ción, que era en su rostro, como un puñal cogido entre los dientes;

León Vives, tenía entonces, treinta y cinco años y, era alto, flaco, un poco encorvado, pero bello, con una belleza tal vez más intelectua que física, llena de una seductora é inquietante perversidad;

la voluptuosa fascinación de la Vida, parecía recorrer su cuerpo todo, nervioso y vibrante, y, brillar con luces de inquietud y de sensualidad, en sus ojos verdes y taciturnos, profundos, y cambiantes, que se dirían llenos de oscilaciones magnéticas;

volvió á desperezarse, como si sintiese la nostalgia del lecho, en aquella mañana fría, cuyo desapacible rigor, se hacía sentir en la habitación, elegante, pero desprovista de caloríferos, como era usual, en ese gran pueblo andino, que tenía honores de Capital, porque en él palpitaba el inmundo corazón de una Satrapía;

miró hacia la ventana, y, pudo devorar sin tregua, la emoción enorme del Silencio que había afuera;

la ciudad despertaba, bajo la fría caricia de

la niebla, en cuyos cendales, de una blancura cruel, las blondeces del día naciente, ponía reflejos de un rosa muy pálido, como una circulación de sangre anémica sobre esa infinita tristeza blanca, que parecía sentir el estremecimiento de una caricia, al salir de los crespones verdáceos de la Noche;

la escarcha, cubría el suelo de capas deleznables, las cuales se diluían en azulidades apacibles, descongelándose en aguas pálidas, llenas de lamentables transparencias, como de un paisaje muerto;

un infinito dolor parecía extenderse bajo el cielo de una melancolía desconocida, y, sobre los edificios, bajos y uniformes, como cabañas de esquimales, de los cuales emergían los campanarios de las iglesias como faros extintos, y, en ellos las campanas empezaban á sonar, con un rumor sensitivo de almas sufrientes; se diría que el corazón sangriento del Infortunio, palpitaba en aquel pueblo sombrío, envuelto en la niebla, como una cosa monstruosa, que palpitase bajo ella;

las claridades fluidas y captadoras del día,

hechas todas de indecisiones siderales, comenzaban á invadir el paisaje, animándolo con su encanto, dando á todas las cosas contornos aéreos, llenos de líneas blondas, en las cuales emergían los edificios con una forma floral ;

el cielo, se hacía de una claridad, infinita y cristalina, de estrella;

los montes se perfilaban lejanos, con un encanto espectral, con tal pureza de contornos que se diseñaban hasta sus últimas ondulaciones y, las blancas ermitas que los coronaban con una gracia de rosas, entre los verdes saucedales, que parecían como saturados de vértigo;

los últimos copos de escarcha, se fundían sobre las cimas, y, rodaban por las pendientes abruptas, como pétalos de una flora de cristal, llevados por un viento de Eternidad, hacia las praderas sin vida de un universo inerte;

despojada de su sudario de nieblas, la Naturaleza se hacía bella sin dejar de ser triste, de una tristeza suave, de una dulzura vehemente, como la de una canción oída en la Noche ;

la altura, doblando el atractivo del paisaje,

parecía purificarlo, idealizandolo, en las lejanías violáceas, llenas de serenidades grandiosas;

el Poeta, que según él, reside en el alma de todo hombre, parecía despertarse y cantar, en el corazón de León Vives, ante el espectáculo maravilloso, que se alzaba delante de sus ojos, con las apariencias vagas de un sueño;

y, la canción de los recuerdos cantó en él;

y, los contornos de su vida, las imágenes de su pasado, fueron alzándose en el fondo de su cerebro, como emergiendo de una bruma incierta, para cristalizarse;

y, el sutil efluvio de las reminiscencias, lo envolvió en una caricia maternal, llena de encantos pensativos, como una onda de perfumes venido de un remoto jardín, pleno de jazmines y de rosales, lleno de calmas monásticas, temblador y argentado, en la luz floral y mística, de un crepúsculo tirreno

y, aspiró esas brisas del recuerdo, las aspiró con voluptuosidad, porque todo en él, se disolvía, así, en un placer voluptuoso y carnal;

la llama verdosa de sus ojos, pareció volverse toda hacia el fondo de su alma, del lado

de su corazón, siguiendo hacia arriba el curso de su Vida, en un movimiento ondeante, confuso y fugitivo, hacia el pasado;

y, la marea del recuerdo, subió en su espíritu, con tal fuerza, con tan poderosa intensidad, que le parecía sentir la materialidad misma del contacto con los paisajes y los seres que evocaba;

y, fueron los últimos quince años de su vida, los que llenaron con un fulgor empurpurado y, llenaron con un clamor de mar todos los ámbitos de su cerebro;

eran quince años de lucha y de ascensión; y, el recuerdo de esa lucha, exaltaba apasionadamente su alma, y, aguijoneaba sus nervios, porque aun vivía en ella, porque aun no había vencido definitivamente; aun no era suya la victoria final, aquella que consagra;

sus labios delgados y sinuosos, se estrecharon como con cólera, por no haber realizado aún todo el Ideal de sus sueños; porque tenía treinta y cinco años y, el mundo no era suyo, es decir, el pequeño mundo que lo rodeaba, y sobre el cual se había jurado reinar;

y, con reminiscencias de Julio César, en la

cabeza, pensó en Alejandro, que á los treinta años había conquistado el mundo, y, no lloró como el romano, pero sintió un gran rencor, desbordarse en su corazón como un río;

y, como una ola de lava, el sentimiento de la Dominación, que lo torturaba, saltó engrandeciente con un atrevimiento de demencia;

y, en medio de esa atmósfera mental, colérica y ambiciosa, gozó en exacerbar su rencor, con el recuerdo de esos años, que no carecían de triunfos;

y, tuvo la visión de aquella tarde en que abandonó su aldea natal, entre la rechifla apasionada y, la ardiente animosidad de sus conterráneos;

y, sintió la sensación del paisaje, el silencio mortal sobre el cerro escueto, el aullido intermitente del viento que hacía inclinar los arbustos raquíticos de la cima, que se quejaban, y el estrépito del torrente que se despeñaba indómito y, escapaba ululante á la pradera y, hacía vibrante la soledad inmisericorde, plena de melancolía:

y, allá, abajo, el cortejo fúnebre, que llevaba

al cementerio el cadáver de Lucio Pica, de su Maestro, de su Amigo; y, el hormigueamiento de la multitud recogida y silenciosa, agrupándose por el sendero estrecho, lleno de la sola vivacidad de las flores campesinas, que abrían ante el muerto, tiernamente, el misterio de sus pétalos, ebrios de fragancias;

y, en el infinito silencio del llano, que parecía un estuario en la noche, la casa del muerto, en cuyas ventanas, herméticas y llenas de silencios, había él, visto otras veces, asomar la Vida, magnífica y, tentatriz, en los divinos ojos de Victoria Pica;

y, envuelto en la sombra, que se extendía sobre el llano como una fiebre nocturna, el trágico jardín, donde el Maestro había sido hallado muerto; suicidado, según la carta generosa que había dejado escrita, pero muerto por él, por León Vives, su discípulo, su hijo espiritual, aquel que había deshonrado por igual, la mujer y la hermana de ese que había sido como su padre, y, le había dado el tesoro inagotable de su cerebro, con el cual había vencido y, vencería aún...

y, todos esos recuerdos le daban una impresión bien definida, de placer, de un placer que le venía de ver el vencimiento definitivo de esas pasiones y, de esos seres;

esas remembranzas, removiendo todos los elementos turbados de su vida interior, no agitaban fuertemente su corazón, y, gozaba en acrecerlos por la emoción augusta del Silencio;

una especie de acalmía, muy feliz, le venía de esos recuerdos, como la que sigue á la escapada de un peligro;

y, se decía mentalmente, como si tuviese necesidad de afirmárselo: « Yo he vivido esa Vida »;

y, á veces, le parecía, que no, que no era suya, que no le había pertenecido jamás, tal era la indiferencia real, desprovista de emociones con que la miraba;

y, se preguntaba interiormente: ¿en verdad he amado yo, esas cosas y, esos seres?

¿los he amado?

¿me he amado en ellos?

tenía el alma demasiado fuerte, para ser un sentimental;

no era un corazón, de esos que la Vida devora, hechos para sentir crecer en sí, las flores enfermizas del romanticismo; vivía en la vida real, y, todo otro género de vida, le era extraño; las vegetaciones anormales del sentimentalismo, no se adherían á su naturaleza que no era tierna y plástica, como la de los seres sensitivos;

así, esos acontecimientos ya lejanos, que en él, habían sido sensaciones, no tenían hoy para su corazón, sino la vaguedad sutil de un perfume, que dejaba su pensamiento ajeno á toda emoción; era como un juego de ideas inseparable de su pasado, pero del cual, todo sentimiento y toda sensación, hubiesen desaparecido;

si algún sentimiento había tenido alguna vez por el pasado, era de odio; odio al fantasma brutal de su abuela; odio á su madre; odio á su aldea; odio á sus años de prisión escolar, que no le dieron otros goces, que los profundos, intensos y turbadores goces de la carne;

el Amor, no ocupaba lugar ninguno en su corazón;

¿había sido amor ese sentimiento nacido de la soledad, y, que había inclinado su alma de niño hacia Victoria Pica, como un mirto florecido hacia el cristal de una fuente?

¡qué iba á ser Amor, esa miseria sentimental, que terminó en una noche de placer donde su lubricidad y, su vanidad, tuvieron igual parte de festín!

en la egoísta absorción de sus recuerdos, nada decía á su corazón, el de aquella hora en que el grito de la virgen violada, se mezcló á la visión radiosa de sus carnes, que habían sido la obsesión, de sus noches eclesiásticas de internado;

¿que él había amado y admirado á Lucio Pica? verdad; la acumulación de su ciencia, deslumbró su cerebro ávido; y, la prodigalidad cariñosa de su espíritu había conquistado su corazón de niño;

después de tantos años, solo recordaba que era bello, y, que al volver á verlo, tras larga ausencia, había tenido una desilusión; así envejecido, encorvado, no había dicho ya nada á su corazón;

¡tal vez se moriría sin llegar á definir, el ver-

dadero sentimiento que inspiró á su niñez, Lucio Pica; ó al menos, sin tener el valor de confesárselo; ¿por pudor? no; por Orgullo;

y, la odiosa visión de su aldea, desaparecía, tras aquel horizonte de piedras y, de aguas, como un paisaje interior, lleno de hosquedades sin vibraciones;

y, se sentía feliz de haber dejado para siempre, esa aldea, la bestialidad vegetativa de los seres que la poblaban, seres de humanidad inferior, nacidos y envejecidos con el arado al lado de los bueyes fraternales, bajo los rayos de un sol menesteroso, que alumbraba indiferente sus bajas pasiones de brutos inconscientes y, el deseo estúpido é irrealizable de su felicidad;

con cuánta ventura recordaba aquella tarde, en que caballero en una mula, ebrio de ansiedades secretas, había dominado el llano árido donde dormía la vieja ciudad capitolina, la Capital, Bizancio, como él mismo la había llamado, en sus artículos de prosa seminarista, para anatematizar sus corrupciones, idealizada y quimerizada por sus sueños, alzar tras la muralla rosa de los reflejos solares, y, el verde acuá-

tico de las perspectivas, el perfil de sus torres esplinéticas, en la soledad taciturna del paisaje;

la quietud del llano, apasionada y solemne, la paz infinita de la tarde, dulce como una música, coronaban de mayores prestigios la Ciudad, que para él, era la Meca, de sus aspiraciones, el cauce por el cual desde ese día, iba á correr el río tormentoso de sus ambiciones y de su vida;

todos sus amores, todos sus dolores, se borraron en su corazón, como cosas fugaces ó inexistentes á la sola vista de la Ciudad talismánica, que se destacaba en la perspectiva, en la luz difusa, que parecía estelar, ofreciéndose á los últimos besos del sol, como el rostro de una vieja monja á los labios de un confesor, fatigado de amarla;

¿qué le importaban ya las miserias, los dolores, toda la tristeza del pasado, si tenía ante sí, el porvenir, encerrado en esa Capital de sus sueños, como una maravillosa simiente de Fortuna y de Gloria, depositada por la mano de su Destino, en la vieja tierra andina, presa en ese momento, de una dulzura infinita, que le

venía de los cielos perlados y lejanos, llenos de un inerte encanto?

y, Bizancio, se alzaba confusamente, llena de una ilusión de prestigio, ante sus ojos campesinos, que querían escrutarla tras de las nieblas del miraje, en el cual se perfilaban las torres, con un perfil, tan delicado y tan suave, que se dirían, azucenas silvestres, apenas entrevistas, en la mística serenidad de un paisaje lacustre;

melancolías inexpresables venían de la Naturaleza toda y del silencio mismo de las cosas, que parecían reclamar la voz del hombre, para llamar á la Vida, esos paisajes inertes, llenos de una perplejidad óptica como de horizontes marinos;

la llanura enorme, parecía ilimitada, llena de una armonía profunda;

se diría, que una emoción musical, llenaba la tierra toda, con el canto de los pájaros, que saludaban el crepúsculo, llenando el silencio con el tema igual de sus gorjeos;

campesinos rojos y robustos, dignos de un paisaje holandés, aparecían de pie, á la orilla de los vallados, sobre la tierra húmeda y los surcos recién abiertos, que les servían de zócalos;

las rudas hierbas salvajes esmaltaban el suelo, en una invasión cantante de colores, como una ola policroma, que fuese á perderse en el seno áureo de los trigales lejanos, que se inclinaban sonoros y saludadores, como el coro de una melodía musical, ante el muriente sol, que los enfiebraba, con una caricia de lascivia;

como arterias infinitas, del seno abierto de esa llanura inmensa, las zanjas, pletóricas de agua, reverberaban, azulosas ó rojas, á la sombra de los sauces, que las cortejaban, mirándose en el espejo turbado de su estancamiento, cual si hubiese entre ellos, una misteriosa analogía de sus tristezas;

el dolor, el abandono, la melancolía, parecían los guardianes mudos de esos lugares, donde todo decía la misma verdad de la desolación;

pero, su ambición embellecía el paisaje dominado por la aparición de la Ciudad, donde dormían exacerbados, todos sus sueños de futura gloria;

dentro de algunos minutos, su cabalgadura fatigada pisaría sus calles, y, él, tomaría posesión de ella, sería suya;

y, un alto, un poderoso sueño de dominio se alzó de su corazón, ante la Ciudad, que había de ser su presa;

y, en el hondo silencio de su conciencia, ese sentimiento de la Dominación, se levantó, tan impetuoso, que su oleaje de mar pareció enloquecerlo, y, espoleando con furia su cabalgadura, emprendió veloz carrera á la Ciudad, presa de un verdadero vértigo, como si fuese al asalto de una trinchera enemiga...

y, corría, corría, ansioso de llegar, de tomar posesión de ella, de poderle gritar: *Ya te tengo: Ya eres mía;* . . . . . .

Doraba aún el sol, con sus últimos resplandores bermejos las calles de la Capital, cuando penetró en ella, radiante de felicidad y, de orgullo, cual si viese extenderse ante sí, los grandes panoramas de su porvenir, llenos de luz de triunfo, como una selva profunda, bajo ramajes llenos de sol;

el oro pálido de las estrellas, que ya dominaban el horizonte, daba á los edificios vetustos, un claror diamantino, que embellecía su arqui-

tectura deplorable, envolviéndolos en un velo radioso;

toda la incuria nauseabunda de una ciudad mora, reinaba como soberana, en las calles repugnantes de suciedad, pero á él, le parecieron, enormes y bellas comparadas con las de Santa Tecla, su aldea natal, que hacía tres días, había dejado en su soledad, sobre su promontorio estéril, que parecía un brazo descarnado, tendido hacia los cielos ilúcidos, en gesto implorador;

y, él, se dejó ir ingenuamente á sus sueños de grandeza, y, miró el pueblo harapiento que circulaba por las calles, como la multitud futura que había de aprender y de aclamar su nombre; el nombre de *León Vives;* ¿no era este nombre breve, chasqueante como un latigazo, un nombre hecho para labios de multitud y, consigna de grandes luchas ciudadanas?

él, sería el ornamento de su edad y, el orgullo de ella;

y, le parecía, sentir ya, latir, aprisionado entre sus manos, el furibundo corazón del pueblo hecho su esclavo;

y, le parecía sentir las palpitaciones de la lucha, y, el fragor del combate, subiéndole al rostro, como un hálito quemador;

y, con un estremecimiento que pasaba por sus venas y centuplicaba sus fuerzas, le parecía oír la voz lejana de la multitud que lo aclamaba; en un grito sin tregua;

León Vives!... León Vives!...

y, el rumor interno de su corazón, le pareció llenar el espacio, centuplicando su nombre en un ruido de Apóteosis;

los insultos de un pasante á quien estuvo á punto de atropellar, con su cabalgadura, lo llamaron á la realidad de la Vida;

y, volvió en sí, en medio del microcósmos bullente de la ciudad, tamizada de una bruma azulosa, á través de la cual brillaban acá y allá indecisas luces, en minúsculas ventanas, ó insolencias de luz eléctrica caían de los altos balcones de moradas señoriales, incendiando con su atrevido bermellón, la violescencia tranquila de las aceras obscuras;

el azul muy dulce de la tarde, se había diluído en un lila ceniciento, bajo los cielos

de una pureza tierna, que parecía pastelizada;

la Noche, había llegado, con sus frialdades hostiles, envolviendo en ellas las arcaduras desiguales de las casas, las cúpulas tristes de los templos, los grandes poliedros de los edificios públicos, los polígonos de las fábricas, y, la inocencia de los árboles que dormían en las avenidas minúsculas, bajo el azulamiento plomizo y el encanto penetrante de la hora, que se diría confidencial;

en su belleza, recogida y grave, el cielo parpadeaba claridades de oro, sobre la ciudad, llena del atomismo hormigueante de los seres;

el hambre y la fatiga, vinieron á recordarle su miserable condición de hombre, y, arrancándose á la hipnotización del ensueño y del paisaje, se orientó en el maremagnum de las calles, para buscar la casa que había de servirle de albergue y cuya dirección traía cuidadosamente apuntada;

la halló pronto, y, se detuvo ante ella, con un gran suspiro, como de disnea;

¡al fin!;

se santiguó para que le viesen los pasantes

ante un viejo Cristo, prisionero en un nicho, sobre el portal, porque en aquella ciudad profesionalmente católica, la imagen de Dios, estaba, en todas partes, menos en los corazones ;

la casa era blanca, con una blancura hospitalaria y morisca, una vieja casa con aires de abadía, como casi todas las de la ciudad, cuya belleza senil, desaparecía en la Noche ; tenía un portal enorme, sobre el cual, la raida orografía del Cristo, se hidratizaba por las lluvias, pero lucía aún en la monotonía calcárea del muro, como un desafío enervante á los hombres y á las cosas ; en los grandes balcones que daban sobre la calle, tras el barandaje verde y deteriorado, macetas enormes de plantas tropicales armonizaban su gritante policromía, que no lograba romper el enojo, que respiraba la casa toda, porque el Enojo, era el Rey, de aquella ciudad blanca y triste, que parecía suspirar por los cielos de África, huérfana de los gritos del Muecín : un gran patio cuadrilátero, prisionero en las balaustradas simétricas, era toda la belleza y toda la poesía de la casa, con su pomposa vegetación de arbustos y la variedad

infinita de sus flores; el gran cuadrilátero, parecía á esa hora, un abismo oro y azul; no había casi colores; no había sino perfumes; la sombra había ahogado todos los matices, en su melancólica serenidad; la enervante tristeza de las flores, parecía recoger toda su alma, en la queja obsesionante del agua, que corría lentamente de un surtidor, en la penumbra húmeda, llena de espléndidas fecundidades; el alma de la Noche, cantaba allí, su turbadora serenata glauca...

la dueña de la casa, amable señora bonachona, lo recibió con sonrisas y palabras maternales, como que estaba habituada á recibir y á hospedar, hijos de familia, que le venían de las provincias lejanas;

León Vives, era esperado, porque el Cura de Santa Tecla, había escrito á un su colega de la Capital, recomendándole al joven estudiante, como la más legítima esperanza de la Iglesia y del Estado, en esos tiempos, en que según ellos, el Mal, reinaba como Vencedor; y, el Cura de la Urbe, había buscado para León, esa casa de huéspedes, modesta, pero que él, sabía

honrada, y, cuya dueña, era, como todas las mujeres de la ciudad, de un fanatismo, dulce y bestial, que solía á veces, hacerse agresivo, como los enfurecimientos de una cabra ;

doña Casilda Murillo, que tal era el nombre de la dueña de la hospedería, tuvo para recibir á León Vives, sus mejores sonrisas, y, sus más maternales agasajos ;

habíale preparado la mejor habitación y lo condujo á ella, ya conmovida por la figura tan dulce y tan modesta del muchacho, que cohibido de respeto, casi tartamudeaba al hablar, cuyos ojos extáticos, tenían la inocencia de los de un niño, y, cuyo rostro ascético, espejo de todas las devociones, se coloreaba ligeramente, al solo roce de las manos de la señora, ayudándolo á despojarse de los arreos abrumadores del viaje ;

á la hora de la comida, fué presentado á sus compañeros de pensionado, todos jóvenes, parlanchines, estrepitosos, que lo recibieron con una cordialidad sincera, no exenta de vulgaridad ;

eran todos ellos, hijos de familias acomoda-

das de provincias, venidos á la Capital, para estudiar una carrera y obtener, bien ó mal, un diploma de Doctor, supremo ideal, de esos desarraigados del campo, que la fiebre de la urbanización en aquel país arrancaba á los trabajos agrícolas, despoblando las campiñas de brazos y poblando la Capital de vagos más ó menos letrados, tánto más terrible, cuanto más mediocre fuera el nivel de su aptitud intelectual; terribles fracasados, cuya mediocridad no tenía á veces igual sino en el bajo nivel de su ambición;

León Vives, observó sus compañeros, con ese ojo frío y perspicaz, que le hacía ver claramente, en el fondo de los espíritus, y, los halló á todos ligeros, insubstanciales, pretenciosos, tan marcadamente inferiores á él, que toda la fuerza de su orgullo, agitó su corazón, como las antenas de un gran cetáceo, removiendo las aguas profundas de la mar;

el vicio esencial de su temperamento más que de su educación, era el análisis, el mirar hondo, y, escudriñar implacable, en el fondo de esa miseria sicológica que es, el Hombre; y,

así, pudo medir de un golpe la vaciedad enorme, la corrupción prematura, la decadencia precoz de aquellos jóvenes espíritus, que parecían, no tener como él, una orientación definida, una Idea Inmanente, un fin, un objeto, hacia el cual marchar decidida y obstinadamente, cerrados los ojos á todo lo que no fuera la fascinación imperiosa del Triunfo ;

la máscara de ingenuidad, de simplicidad candorosa, de León Vives, encantó y puede decirse que desarmó, á sus compañeros, siempre dispuestos á la burla y, al sarcasmo ;

ese aire exterior de infancia prolongada y débil, los atrajo, y, cuando supieron que venía de un Seminario lejano, una sonrisa de burla pasó por todos los labios, y, las preguntas capciosas se escaparon como abejas malévolas, que embotaron su aguijón en la cándida serenidad de aquel rostro, que no sabía sino empurpurarse ante la ilusión indiscreta, y, el santo fulgor de aquellos ojos, que se bajaban como apenados y, sufrientes, ante la obscenidad velada de las preguntas ;

engañados por ese candor, cuasi femenil,

y, la unción toda jesuítica de las maneras, que parecían implorar piedad, creyeron en aquella inocencia desarmada, y, el apodo, que había de distinguirlo desde entonces, salió de los labios de uno de ellos y, circuló por toda la mesa : « la Doncella » : *Virgo Veneranda*, dijo uno :

— *Ora pro nobis*, dijeron los demás, y una carcajada, saludó aquel bautizo de la inocencia ;

la comida era estrepitosa;

los muchachos, no dejaban de devorar los manjares, sino para decir un chiste obsceno, hablar de cosas de mujeres, referir aventuras galantes, ó pellizcar los pechos ó las nalgas de la joven sirvienta, que circulaba por entre ellos, sirviéndoles los platos, y, que habituada ya á esos manoseos, los recibía con la sonriente mansedumbre de una pollina lasciva;

como para alentar á León Vives, á estas gimnásticas atrevidas, pues que era nuevo en la casa, la moza le servía ella mísma las viandas, acercándole al rostro, mucho más los pechos que los platos ;

León se retiraba y enrojecía hasta la nuca ;

ella, guiñaba el ojo, y, ellos reían estrepitosamente;

desde aquel instante, el dogma de la virginidad de León quedó establecido, como en el colegio, y, su inocencia, tuvo esa nueva leyenda;

León Vives, no demostró rencor ninguno, por aquellas burlas; las devoró sonriendo, esperando la ocasión de devorar á sus autores;

como todo en él, era cobarde, á excepción de su pensamiento, tuvo miedo á disgustar con su protesta á alguno siquiera de esos jayanes, cuyos puños le imponían un respeto igual, al desprecio que sentía por la intelectualidad de todos ellos, que le parecía tan inferior á la suya;

con la energía habitual de su pensamiento, supo callar para ocultar toda su grandeza intelectual, y, la masa de conocimientos que lo hacía tan superior á ellos, y, así aparecer menos que mediocre, con los limitados conocimientos que podían traerse de un seminario de provincia;

terminada la comida, se retiró á su habitación, lleno ya del rencor profundo que le inspiraban esos jóvenes, por su imaginación sin

noblezas, su franqueza ruídosa, sus corazones sin corazas, descubiertos ante la Vida, como la corola de una flor ;

roído por el jesuitismo natural de su alma, le parecieron deformes, aquellos seres que no ocultaban nada, que usaban de la palabra para decir lo que sentían, y, vivían su vida, sin deformaciones y sin miserias; no ocultar su naturaleza, le parecía el peor de los crímenes; revelarse á los otros; ser Sí Mismo; no mentir... ¿es que podía vivirse fuera de la Mentira?

desnudada su alma, revelado su pensamiento, prisionero de las miradas de los otros; rota su soledad mental; invadida la intangibilidad de su Yo; ¿podía serse, un Hombre Libre?

su alma, no comprendía, no podía comprender eso: vivir en la verdad ;

¿cómo se podría penetrar y domar la Multitud, si se tiene la candidez de mostrarle las garras?

revelar sus paisajes interiores, las grandezas invisibles que hay en sí, eso es igualarse, *colectivarse*, decía él, inventando la palabra;

fuera del aislamiento interior, no se realizará nada grande ;

el mundo es un Minotauro, que se alimenta de la Mentira; hay, que dársela, ó nos devora;

todos los grandes decidores de la Verdad, han sido devorados por el monstruo ;

La Verdad, la Verdad... y, se durmió pensando, qué podía ser eso, la Verdad...

se durmió en el orgullo de su fuerza, cruzando sobre el pecho sus grandes brazos, que él creía fértiles en victorias, cual si aprisionase entre ellos, la Ciudad conquistada, que él, creía vencida ;

pero, no se había acostado, sin colgar antes en la cabecera de la cama, el retablo de una Virgen, y, un Cristo de marfil, que llevaba consigo ;

no se santiguó al entrar en la cama ;

¿para qué si no había quien lo viera?

en cambio, al día siguiente, su primer cuidado fué averiguar por la iglesia más cercana, para oir la misa, y, después, ir en busca del sacerdote á quien venía recomendado ;

halló á éste, rodeado de amigos jóvenes, flor y nata de la sociedad, departiendo con ellos, en una intimidad de camaradería, llena de equívocos ;

ese eclesiástico, tipo del abate cortesano, era hijo de familia adinerada, aristócrata, en esa burguesía enteca, que era un mosaico de razas, bello, desenfadado, elegante, mataba sus ocios dando lecciones particulares á niños de la aristocracia, y, siendo el director espiritual de todos ellos;

fundador de la Cofradía del Niño Jesús, exclusivamente para jóvenes, tenía su capilla, lujosa y elegante, y, era en ella que daba sus pláticas y, los convocaba á ejercicios espirituales, donde en el Silencio y, la penumbra, su palabra cálida y untuosa, pasaba por sobre las almas adolescentes, como una caricia tan blanda, cual la que sus manos aterciopeladas, hacían con deleite en las mejillas núbiles, llenas de una inquietante palidez;

sus fiestas religiosas, especialmente, sus comuniones de regla, eran suntuosas, de una suntuosidad rayana en paganismo;

los grandes jardines de las casas ricas, se despojaban de todo el esplendor de sus flores, para adornar con ellas, el altar de la capilla penumbrosa, llena de perfumes y de elegancias.

eran rendez-vous del mejor tono, donde entre el humo del incienso, se percibían los olores capciosos de las damas, como un río de lujuria, por entre las falanges de flores, enervantes ellas también, en el silencio religioso de su simplicidad;

la entrada de León Vives, despertó curiosidad en el círculo perfumado y, elegante, que el Abate, decidor y desenvuelto, tenía entonces pendiente de sus labios, con el decir de alguna anécdota escabrosa que hacía enormemente reir sus contertulios;

Narciso Labial, tal era el nombre del Presbítero, vino á León Vives, con gestos llenos de cordialidad y de agasajo, le tendió primero las manos y, le besó luego golosamente, como solía hacerlo, con sus jóvenes discípulos;

León Vives, se dejó hacer, enrojeció hasta la nuca, y, los recuerdos del Seminario de San Nicolás, vinieron á su mente, y, empestaron su corazón, como una cloaca...

en las manos untuosas y calurosas que estrechaban las suyas, le pareció sentir el contacto vivo de aquellas manos sensitivas é inolvidables del Padre Plácido, su Profesor, aquellas

manos apasionadas, que más que unas manos, parecían dos labios enormes que besasen;

Narciso Labial, lo llevó hacia sus discípulos y lo presentó;

éstos, lo miraron de los pies á la cabeza, y, respondieron á la presentación, con las frases rituales de una urbanidad fría, sin cordialidad, inclinándose con la gentileza, de pajes nobles de una corte;

la indumentaria de León Vives, estuvo á punto de hacerlos reir, pero aquellos ojos tan cándidos, que pedían misericordia, los desarmaron, y, se conformaron, con lanzarse una mirada mutua, que los tranquilizaba, respecto al corte irreprochable de sus trajes y á la elegancia toda de sus jóvenes personas, que hacían resaltar el triste contraste, de la rústica vestidura del recién llegado;

— Seréis buenos amigos, dijo Narciso Labial. Éste será de los nuestros;

y, dijo eso con su voz ceceante, que tenía, no sé qué de impertinente, como si se ensayase siempre, en los ejercicios espirituales de un *persiflage* de salón;

era bello y vistoso, Narciso Labial, con su alta y señorial figura de Monseñor palatino, hecho para brillar en fiestas pontificias, y, hacer reverencias cortesanas, á caza de una mitra;

no había cumplido aún cuarenta años; alto, fornido, pero de una carnadura suave, toda de contornos y redondeces; comenzaba á hacerse obeso; la coloración del rostro era fuerte; la frente pequeña; grande boca sensual, una boca única, de rictus despreciativos de gran señor; los ojos acerados, de óxido, llenos de insolencia; imponente, atractivo, desenfadado;

vestía una sotana de seda, tan rigurosamente modelada al cuerpo que se diría que tenía corsé, tanto así estrechaba su talle, y, hacía sobresalir, sus ancas enormes, como las de un paquidermo;

en uno de sus viajes á Roma, había comprado uno de esos títulos pontificios, que allá están siempre en mercado; era Camarero Secreto y Prelado doméstico de S. S., y, por eso era llamado Monseñor, y ornaba su sotana de vivos y botones rojos y, usaba medias color violeta, un primor de medias caladas, que á través de

la seda tenue, dejaban ver la piel blanquísima, de los pies enormes, descomunales, penosamente aprisionados por zapatos de charól, con grandes hebillas de oro;

su traje talar, largo por detrás, rozaba la alfombra, con un ruido de traje de corte, ó de capa pluvial; tenía tórax hípico, que pedía á gritos una cruz pectoral; hombros hechos para la púrpura cardenalicia; había nacido para Príncipe de la Iglesia;

y, lo era á su manera, en aquella extraña y lejana ciudad gótica, donde el fanatismo regurgitaba y, las más bárbaras preocupaciones sociales, tenían un espesor de leguas;

nadie, había sobre Narciso Labial; nadie, ni el Arzobispo, que le veía con miedo, porque sospechaba en él su sucesor;

había renunciado la mitra de una Diócesis lejana, asustado ante la idea de dejar, su vida sibarita, en su ciudad amada; había rechazado deanatos y canonjías, y, ni un simple curato, se dignaba ejercer;

predicaba de vez en cuando, en fiestas de gran tono; no gustaba de hacerlo, porque se

sabía, un orador mediocre; aunque tenía la memoria de las imágenes y de las palabras, lo que se llamaría la imago-evocación-verbal, no poseía el don de la dicción;

ante esa dificultad de enunciación, aumentada al contacto con el auditorio, por un miedo invencible de aquél fracasaban todos sus conocimientos de Cicerón y Quintiliano;

se conformaba de esta derrota de su orgullo, refugiándose en la conversación, en la cual sobresalía por su gran memoria anecdótica, y, una rara manera impertinente de contar, y un gesto. entre autoritario y burlón, que desconcertaba con frecuencia á sus oyentes;

como todos los voluptuosos y los felices, no era malo, Narciso Labial;

su egoísmo natural, se mantenía en los límites del de todo hombre mediocre; y, en cambio, tenía bellos gestos de generosidad monetaria, que le daban un gran prestigio;

su generosidad, se ejercía, especialmente, en proteger jóvenes desvalidos, ó hacerlos asistir gratuitamente á sus clases;

de resto, no era sino, un mundano;

no era aristocrático, un matrimonio que él, no bendijera; un joven que él no hubiera educado; una familia que él, no frecuentara; un hombre que no fuera su amigo;

profesaba cierto escepticismo político, diverso del criterio de los curas del lugar, todos de un fanatismo hosco y bozal, y, de una agresividad de bestias, solo comparable, con su ignorancia, que hacía oleaje...

eso, predisponia los ánimos, en favor de Narciso Labial, y, hacía, que tirios y troyanos, se disputasen su amistad y, el honor de que fuese el Maestro de sus hijos;

no tenía colegio, ni internado, verdaderamente dicho;

daba lecciones en su casa, y, hospedaba galantemente, algunos discípulos, ya para hacerse compañía, ó ya por ausencia ó ruego de las familias;

ese era el más alto honor á que un joven de la buena sociedad podía aspirar; casi podría decirse, que era un premio, que todos se disputaban;

León Vives quedó verdaderamente descon-

certado, ante aquella sociedad, tan distinta de la que había visto la noche anterior en la casa de huéspedes;

nada de aquel ruido populachero, y, aquellas risas vulgares, y, aquella atmósfera de machos refolgantes, que se desprendía de sus compañeros de posada;

allí todo, hasta la luz, era discreto y elegante,

la claridad, penetraba á través de los *stores* corridos, y, los visillos de encajes, que la tamizaban como en una dilución; las grandes rosas rojas de la alfombra, parecían revivir á sus caricias, cerca á los ibis de un biombo de laca, que parecían abrir las alas al contacto de esa luz deliciosa, que se diría hecha de una evaporización de ámbar;

el púrpura, el verde, el jaspe veteado, de los libros que llenaban la Biblioteca de caoba, daban el capricho colorista de sus encuadernaciones, en el fondo de esa luz lechosa, como en la transparencia de un acuarium;

y, esa luz de sutilidades paradójicas, bañaba las siluetas delicadas de los jóvenes, que parecían adolescentes del Luini, y, besaba cari-

ñosamente, los pies de Narciso Labial, en el oro de cuyas hebillas, hacía irradiaciones bermejas, que llenaban de puntos de oro cálido, el lila violáceo de las medias, en un madrigal de colores episcopales ;

y, allá, en el fondo, tras el rojo purpúreo de los cortinajes, se alcanzaba á ver el lecho, adornado, como un altar;

una atmósfera de elegancia deliciosa y capciosa, se exhalaba de todo esto, y, llenaba el alma de León Vives, de un bienestar extraño;

los jóvenes, lo miraban con una benevolencia de la cual, no desaparecía por completo la arrogancia, y, lo hallaban bello, aun bajo la imperfección de sus vestidos sin elegancia ; la acuática verdura de sus ojos, la palidez de almendra de su cutis, más intensa bajo el azafrán óxido de sus cabellos, en los cuales ponía reflejos metálicos la enamorada luz del sol, hacían temblar las manos de Narciso Labial, que conservaba aún en las suyas acariciadoras, las manos de León ;

y, éste, miraba con sus impasibles ojos de halcón, las siluetas distinguidas y refinadas de

esas grandes flores de aristocracia, que en su exquisita cultura, le recordaban sin embargo, los perfiles no menos bellos, de sus compañeros de internado;

uno había sobre todo, que con su acentuada belleza de miniatura pastelizada, le recordaba enormemente, la siempre obsesionante figura de René Gil, aquel divino pájaro de belleza, que había muerto en el calor de un beso...

y, por una extraña asociación de ideas, evocó la sombra rubia y pálida, de su Profesor, el Padre Plácido, y miró los grandes labios carnudos de Narciso Labial, que en aquel momento se los refrescaba con la lengua, en un gesto felino y voluptuoso, que le era habitual;

se habló del viaje de León, y, de sus próximos estudios;

fué una sorpresa inenarrable, para aquellas ocas ciudadanas, saber que el joven provinciano sabía el latín y, hablaba el francés, y, que el inglés no le era extraño;

Narciso Labial, que por sus constantes viajes á Europa, tenía la pretensión de hablar francés, hízole algunas preguntas, en una lamentable

imitación de ese idioma. León, las contestó con propiedad, y, el asombro subió de punto, ante el conocimiento de los autores latinos, que esta vez, León, no quiso ocultar, por el secreto placer de humillar sus nuevos amigos, y, deslumbrar á Narciso Labial, de cuyo patrocinio había necesidad;

¿dónde había aprendido ese joven, tan bien y, tan múltiples cosas?

— Yo no creía, dijo, mortificado Narciso Labial, que en nuestros Seminarios de provincia, se enseñasen tan bien esos idiomas.

— Yo, no los aprendí en el Seminario, repusó León.

— Entonces?

y, contó sus estudios hechos con Lucio Pica, é hizo una calurosa apología de su Maestro, no omitiendo severas críticas sobre su falta de fé, y, grandes lamentaciones sobre su trágico fin;

comprendiendo, lo útil que le sería emocionarse en esos momentos, llamó á sí, el infinito arte, de las lágrimas, que poseía á maravilla, y, grandes gotas de llanto, le llenaron los ojos, y, corrieron lentamente por sus mejillas...

todos se enternecieron;

Narciso Labial, que era todo corazón, verdaderamente conmovido. le estrechó con cariño las manos, diciéndole :

— No llores, mi querido niño; ya trataremos de ser para tí, algo de lo que fué tu Maestro;

y, pensó para sí. que una alma que así se conmovía, recordando á aquel que había sido su Iniciador en el mundo intelectual, era una bella y noble alma, digna de ser amada y, dijo alto :

— La gratitud es la más bella de las virtudes... y calló, orgulloso de haber dicho la cursi trivialidad ;

León Vivés, había quedado soñador, como si el peso doloroso de sus recuerdos lo abrumase ;

como para disipar esta atmósfera de pesadumbre, que el noble dolor del joven había esparcido en las almas, se habló de fijar el día en que León debía tomar sus matrículas, en la Universidad Católica;

dos eran por entonces, las Universidades, que ejercían el privilegio de educar la juventud de aquel país : la Universidad Nacional y la Universidad Católica;

eran una misma, en esencia, pero, se disputaban á muerte, el dominio de las almas;

en este pugilato de cretinización, solo los caciques de la política, hacían su agosto;

y, como era á la Universidad Católica, que iban los fanáticos de profesión, era aquella la naturalmente destinada para León Vives;

pero, antes había que pensar en la indumentaria, porque el aspecto del joven forastero, era de un mal gusto deplorable y, de una más deplorable antigüedad;

— Vosotros, que sabéis de eso, dijo Narciso Labial á sus discípulos, pensad dónde debemos llevarlo;

— *Muller and son*, dijo Ovidio de Rentería, el mayor de ellos, un pollo que ya galleaba en la voz, alto, delgado, con ojos de oliva y tinte mate, los cabellos castaños partidos en dos, sobre la frente estrecha, y, vestido con tan suprema elegancia, que se diría un estudiante noble de Westminster, haciendo vacaciones en Londres;

— Muller? dijo con cierta *morgue*, Julio Alcázar de Cifuentes, gordo, mofletudo, con

grandes ojos bovinos, y, labios carnudos de hipopótamo. Muller, no es ya *chic*, el sastre *fashionable*, el verdadero sastre de la *high life*, es Doran Wickly;

— Sastre de *sportman*, murmuró la voz atiplada de Eduardo Ormuz y Callejas anémico encorvado, con un color de higo maduro y, unas ojeras tan enormes, que se dirían pintadas. El verdadero sastre, el sastre de sensación, es Monsieur Bregeon, que acaba de regresar de París, con los últimos géneros de la estación: una maravilla

en tanto Arcadio Méndez, el niño blondo, de dulces facciones, y, rostro varonil, que había llamado la atención de León Vives, rememorándole la delicada silueta de René Gil, y, sobre el cual fijaba tenazmente los ojos, permanecía callado, ajeno por completo, á esa conversación de modistas, vuelto el rostro hacia la gran luz del balcón, que lo bañaba en transparencias fluidas de oro opalino, como un serafín nimbado luminosamente, por un Maestro colorista de Fiesola, en el Siglo XV;

en esa luz de nácar, toda diáfana, como un

cristal de Mestre, el noble grupo de jóvenes, se diseñaba con una indescriptible pureza de líneas y de matices, con una precisión armoniosa de flores, lleno de una gracia fresca y atractiva; la silueta de Narciso Labial, con los reflejos amatista de sus vestiduras, daba un tono grave, á aquel cuadro, que sin él, habría sido alegre, como una primavera boticellana;

— Y, tú, ¿qué dices,? Arcadio, le preguntó el prelado, como para sacar al niño de su ensimismamiento;

— Yo? respondió éste, con una voz grave, demasiado grave para su edad; una voz honda, como si respondiese á muchos ecos interiores de cosas en que pensaba, cuando fué interrogado...

— Mi padre, encarga nuestros trajes á París, á un sastre que tiene nuestras medidas, y, de cuyo nombre exacto no me acuerdo;

— Este no sabe nunca nada, dijo el abate cariñosamente.

— Desde que está enamorado, se ha vuelto un tonto, dijo Ovidio;

Arcadio, enrojeció, y, sus ojos se hicieron malos, mirando al delator;

León Vives, escuchaba extrañamente interesado.

— Enamorado tú? dijo Narciso Labial, con una voz que quería ser bromista, y, que sin embargo parecía temblar;

— Yo, no, Monseñor, respondió tímidamente el joven con una voz llena de cóleras interiores. Son cosas de Ovidio, Usted lo conoce, y, lanzó sobre el joven hablador, una mirada severa, llena de reproches;

— Sí, enamorado de Dora Folchi, la hija del Ministro italiano, un primor de criatura, catorce años, ¿no es verdad? dijo Ovidio cuya impertinencia no se desarmaba fácilmente;

— No. Y, ¿por qué dices eso?

— Pero ¿ignoras que Magdalena mi hermana, está en el mismo colegio de la Inmaculada, con tu hermana y, lo sabe todo. Las mujeres, son así, dijo con aires de suficiencia, como de un viejo *viveur;*

— Ya sé ahora, por qué va éste, todos los domingos á misa de siete, á la Concepción, dijo Julio Alcázar, con su voz pastosa como de rumiante.

— Yo, lo sabía, dijo Eduardo Ormuz, desde el otro día que los ví conversar en el Parque de Viveros;

— Vosotros no sabéis nada. ¿Es que yo me mezclo en vuestros asuntos? Es, que yo te pregunto á tí, Ovidio Rentería, á dónde te pierdes los domingos por la tarde, cuando sales de aqui? y, á tí Julio Alcázar, te he preguntado algo de tus amores con tu prima, Obdulia Terán? y á tí Eduardo Ormuz, te he hecho esperar alguna vez, las cartas, que por mi conducto te envía Paco Lorena, desde Londres?

desconcertados por esta ruda acometida, que no esperaban, los jóvenes interpelados, vacilaron en responder, no sabiendo cómo defenderse, con la inexperiencia propia de su edad;

Narciso Labial, cortó neto la disputa, con gesto imperioso, que demostraba una cólera sorda.

— Callaos. Habláis de amores, como si fueseis hombres. Y, no sois, sino unos mocosos.

Todos bajaron la cabeza, bajo la cólera del Maestro, pesarosos de haberla ocasionado.

— Por ahora, dijo el abate, lo importante, es llevar á este niño, á una sastrería, donde

pueda vestirse de nuevo, y, luego, se escogerá el sastre, que deba hacerle ropa. Vosotros Ovidio y, Julio, encargaos de eso, dijo, mirando al primero con un gesto de reproche tan amargo, que éste palideció, aún más de lo que era habitualmente y, ensayó desarmar con la ternura de su mirada, la de Narciso Labial, que permaneció severa y llena de rencor;

el ambiente antes plácido, estaba ahora lleno de cosas hostiles; las almas inquietas, se curvaban en el silencio, bajo la fatalidad de las palabras dichas;

León Vives, lo comprendió todo, y, permaneció callado, con una serenidad de estanque, pero él también había sido tocado por las flechas del combate; ajeno al paraíso de la sinceridad no lo era al de la pasión;

solo el sentimiento estaba muerto en él, pero lo demás, todo lo demás vivía;

inquieto y adolorido, por todo el fango que esas cosas habían removido en su corazón, se puso en pie para partir.

— Estos niños te acompañarán á la sastrería, dijo Narciso Labial, cuya acritud no se desar-

maba ante sus discípulos; y, abrazó cariñosamente á León, y, lo besó en los labios; León palideció y sus grandes ojos abiertos, se llenaron de tinieblas;

ya, en la calle, marchó entre sus dos compañeros, con cuya elegancia nativa, hacía un visible contraste;

al principio guardaron silencio, como bajo la impresión de aquel diálogo en el cual habían revelado cosas de sus almas;

pero, la juventud olvida pronto, y, bajo el incendio luminoso del cielo, que un sol de medio día, llenaba de reverberaciones prodigiosas, con esplendores de una alucinación, y, á las caricias del aire tibio, que tenía ternuras de mujer y, el encanto voluptuoso de la hora, llena de perfumes que las brisas arrancaban á los jardines cercanos, toda la pena de los corazones se extinguió, y, hablaron de nuevo, en el delicioso calor de la edad, y, el ardor de sus palabras, tenía vibraciones metálicas, en la claridad del paisaje, que tenía con sus almas afinidades fraternales;

León, los escuchaba hablar, y, desde las

cimas de su inteligencia, gozaba en ver el volotear, de estas almas de niños, ligeras, multicolores, en el fondo frágiles y, bellas, como mariposas espirituales, voloteando en torno al lis entreabierto de la Vida;

y, las envidió, y, un rencor sordo sintió contra ellas, de verlas así felices y cantantes, como arpas humanas, que el aire de la ventura, hacía sonar al pasar entre sus cuerdas;

ellos eran felices, esos niños de la alta sociedad, orgullosos de sus nombres, que adornaban de partículas genitivas, felices de su origen, y de su estirpe; ellos habían tenido madre, y, se habían dormido con sus caricias; tenían padres, y, se honraban de su amor; tenían hermanos, amigos...

y, él?

pobre hongo, nacido al acaso entre las piedras de un presbiterio; sin poder decir quién era su padre; triste flor de vergüenza, ocultada siempre como un crimen; pobre paria, sin madre, sin familia, á quien el Destino, para privarlo de todo, lo había privado de tener un corazón;

¿qué decir á las preguntas lacerantes, que la natural curiosidad de esos jóvenes le dirigía?

¿Su pueblo era bello?

á ellos, su ciudad natal, les parecía espléndida;

¿había sufrido mucho al dejar á su madre?

ellos temblaban á la sola idea de tener que dejar un día las suyas; hablaban de ellas con tal ternura, que se les humedecían los ojos;

¿Su padre era muy severo?

los de ellos eran tan buenos!...

al saber que era huérfano, redoblaron su ternura, y, le ofrecieron sus almas, como en una dolorosa fraternidad;

sus casas serían las de él, y, en el corazón de sus madres, hallarían el viejo surtidor de la ternura que ya no regaba su corazón;

la soledad, la infinita soledad del pasado, parecía surgir en torno de él, circundándolo como una atmósfera, llena de las hostilidades que habían hecho tan triste, tan desamparada, su adolescencia cercana, silente y, profunda, como un gran lago misterioso, en cuyo fondo, se veía la sombra altanera de su alma grande

y miserable, enormemente luminosa y triste, como un crepúsculo;

y, de las raíces profundas de su ser se alzaba una aspiración honda y desmesurada hacia la Venganza; ¿contra quién? ¿contra qué? contra la Vida; contra el mundo; contra aquellos que ahora intentaban consolarlo:

esas ternuras generosas irritaban su corazón, porque le recordaban su miseria;

no quería ser conocido, porque no quería ser compadecido;

la idea de inspirar lástima, lo exasperaba hasta las lágrimas;

la compasión es un ultraje, se decía él, un ultraje cobarde, del cual no podemos defendernos; ¿cómo rechazar esa mano, que se extiende hacia la desnudez de nuestro corazón? ¿cómo defendernos de ese gran gesto falso y perverso que se llama: la Amistad?

de todas las sombras de Maldad y, de Traición, que se proyectan sobre el abismo inerte de nuestro corazón, ninguna más pérfida, ninguna más sembradora de dolores, que ella; el Hombre, todo el Hombre con su innata perver-

sidad, y, su abismo de miserias, se encierra en esa mentira, mil veces más infame que la mentira del Amor...

¡ay! de aquel que rompe la armonía sublime de su corazón, dejando entrar en él, ese asesino enmascarado que se llama : un amigo...

y, León Vives, cerraba su corazón, lo cerraba ante esos nuevos seres, que llegaban á su alma, tendiéndole manos cariñosas;

y, cerraba también sus labios; fortaleza del Silencio ; mudos á toda confidencia ;

dejaba charlar á sus nuevos amigos, felices, despreocupados, como pájaros que cantaran bajo la luna ;

y, él, se envolvía en su pasado, taciturno, menesteroso de Olvido, sintiendo la necesidad de ocultar su historia, la miserable realidad de su Vida ;

¿cómo decirla?

¿cómo?

y, se replegaba en sí mismo, como en un cielo lejano ; y, sentía que el pasado, el inexorable recuerdo del pasado, remontaba en su corazón, violento y, vindicativo, tumultuoso,

como un mar entre los arrecifes de la costa;

y, la misteriosa fuerza interior de sus rencores, que venía del desamparo inmenso de su alma, lo llevaba á insurreccionarse contra la bondad, un poco altanera, de los jóvenes aristócratas, que parecían hacerle un honor, con recorrer á su lado, las calles de la ciudad, donde sus siluetas gráciles y, elegantes, hacían marcado contraste con la suya, campesina y, sin desbrozar;

el gran dolor de la humillación se abatía sobre él, como una garra;

el sentido de la Vida, que desde niño había tenido en su corazón, se hacía ahora, más claro, más neto, más preciso, é iluminaba su horizonte moral, con un fulgor extraño; como un desierto, sobre el cual se alzara una luna de desolación;

y, se hundía en la realidad dolorosa de la Vida, como para ver mejor en ella; y, en las palabras de sus amigos, calurosas de interés, su rara perspicacia, su hábito del análisis, no vieron, sino la curiosidad malsana, de penetrar en su corazón, de saber algo de él, de

explorar ese tipo extraño, que la bondad de su Maestro, les obligaba á pasear por las calles, en busca de una sastrería elegante, donde vestirlo á la moda;

se habló de *Sport*, y, sobre todo de carreras, que por aquel entonces, ocupaban seriamente la juventud y el mundo elegante;

las modas y las palabras extranjeras, imperaban en las costumbres y en el lenguaje de aquel pueblo remoto, deformadas y estropeadas, por aquellos mismos, que desde Europa, las trasplantaban allí, más por un exotismo cuasi de advenedizos, que por el placer de solazarse en sanos ejercicios corporales;

León Vives, que ignoraba el tecnicismo de las pistas y de los Hipódromos, y, no había visto nunca, una de esas fiestas hípicas, no podía seguir la conversación con sus compañeros en ese terreno, y, se limitaba á oirlos; pero, quedó convenido entre ellos, que el domingo próximo irían juntos á las carreras, donde un caballo de Ovidio de Rentería, debía correr.

— Tu padre tiene muchos caballos?

— En tu hacienda debe haber magníficas

yeguadas y bellos sementales; las llanuras del Norte, son espléndidas para eso;

— Hay carreras en Santa Tecla?

— Tu madre se opone, como la mía, á que tú mismo, montes tus caballos en la pista?

— Son ingleses los yokeis, por allá?

tal era el aluvión de extrañas preguntas que caían sobre él;

¿qué responder?

él, no tenía padre, no tenía hacienda, no tenía madre, no tenía caballos, no tenía yokeis...

¡qué iba á tener! si era un pobre guiñapo social, un ser sin nombre, arrojado por el huracán de la Fatalidad, sobre el pavés de la Vida;

pero ¿cómo decirlo? ¿para qué confesarlo?

el rencor sellaba sus labios;

un rencor amargo, hecho de humillaciones y de Envidia; un fermento de Despecho y de Odio que le subía de las entrañas, con un amargor de cinamomo;

y, esta cicuta moral, le envenenaba el alma; esa alma, que no tenía necesidad de veneno, para hacer estallar la inmensa desproporción

de todos sus atavismos pasionales tan poderosamente orientados hacia el Mal;

y, era así, frente á la legitimidad, á la riqueza, á la ventura, que su ojo experto de hombre, educado por el dolor, veía bien, todo lo que el Acaso de la Vida, le había robado : hogar, nombre, ventura, nada tenía él; todo eso había sido eliminado de su vida, para dejarlo solo, solo ante sí mismo, solo ante los otros...

y, el rápido resplandor de esas verdades, fulguraba en su corazón, con rudos esplendores, y, uno como viento de borrasca, llenaba de brumas misteriosas, sus horizontes internos;

él, no tenía padres, no tenía nombre; el Misterio era su cuna, la culpa de los otros su única herencia;

y, he ahí que sus nuevos amigos, eran bellos, aristócratas, ricos; llevaban nombres legítimos, que pronunciaban alto y con orgullo; hablaban de sus padres, con un respeto conmovido y casi admirativo, y, cuando nombraban á sus madres, su insegura voz de adolescentes temblaba, como en una onda vibratoria de ternuras, y, sus ojos expresaban tal pasión de

ternura, que se diría la de un amor celeste;

esta ventura de los otros, llenaba su corazón de turbaciones violentas, y, de temblores crueles;

¿qué había hecho él, para carecer de esa ventura?

los otros lo tenían todo; ¿él?... él, no tenía sino dolores y vergüenzas, por todo abolengo; ¿cómo hablar de su padre, el Cura egoísta y lividinoso, que había violado á su madre, en una sacristia, y, de cuya violación había nacido él?

y, su madre... ... ¿cómo nombrar, como recordar con la más leve sombra de ternura sobre los labios ó sobre el corazón, aquella loba mística, de entrañas rocallosas y, corazón de mármol, que atrofiada por el misticismo, no tuvo para él, una sonrisa, una de esas flores enormes del corazón, que sólo florecen, en los labios de la maternidad, ni lo meció en su seno, que fué inclemente, como un nevado, ni humedeció sus labios, con el néctar de sus pechos, ni le dió jamás la limosna misericordiosa de un beso?

la imagen odiosa de aquella gran criminal mística, marmolizada en el desamor, por las manos de la Religión, hacía temblar su voz, pero de cólera, de una cólera salvaje, contra aquella que le había impuesto la Vida, añadiendo á ella la Vergüenza;

y, como traído violentamente hacia atrás, por la fuerza de su fatal identidad, sintió la impresión del desastre y del encarnizamiento de las cosas de la Vida contra él, y, los soplos desencadenados de la cólera soplaron en el desierto infinito de su corazón, con una furia de huracán; ni veía, ni oía; el rumor de sus tormentas interiores, lo llenaba, con los gritos desmesurados del Abismo;

¿había luz en el cielo? él, no podría decirlo, tanta era la sombra de cosas malas y fatales, que nublaban su cerebro, y, lo hacían marchar como á tientas bajo la implacable fatalidad de su pasado;

y, sin embargo, el día era bello; el cielo de un azul inexorable, con partículas de un oro blondo, irisadas de matices infinitos;

gérmenes de perfumes y de vida se escapaban

de los jardines olorosos, que ornamentaban grandes palmeras, pensativas en su belleza prisionera; en la tibieza acre de la hora, la ciudad se mostraba bella en su vetustez, envuelta en brumas azulosas, en el simétrico alineamiento de sus edificios, casi todos silenciosos, llenos de una vida familiar, protegidos por celosías, reveladoras de altas y calmadas ternuras interiores;

pero, nada de eso halagaba á León Vives, insensibilizado, en el misterio de sus tinieblas interiores, llenas de gritos siniestros;

así llegaron á la sastrería;

Ovidio y Julio, entraron en ella como en su casa, por entre los saludos de los empleados, que acudieron á rodearlos, como orgullosos de su visita;

Ovidio, con esa encantadora impertinencia que le era habitual, se hizo mostrar cuantas novedades últimas habían llegado en materia de telas y de trajes; y, como perito en elegancias — que Petronio y no Ovidio, debió llamarse — discutía acerca de ellos con los empleados, que hallaban justas las observa-

ciones de aquel joven, que hacía venir sus trajes de Londres, y, era el hijo del más acaudalado banquero de la Capital;

y, como urgía vestir inmediatamente á León, compraron, un traje hecho, del mejor gusto y último modelo, *last style*, que dijo Ovidio, ó á la *dernière*, como más burguesamente, opinó Julio Alcázar, dejando allí las medidas, para que nuevos trajes le fuesen hechos;

una visita al mejor zapatero, al camisero idem, y, al sombrerero de la *high life*, como se llamaba á sí misma, esa aristocracia rural, completaron el ajuar de León Vives, que ordenó llevar eso á su casa, y, se despidió de sus nuevos amigos, no sin citarse, para el día siguiente, en casa de Monseñor Labial;

y, cuando León Vives, regresó á su posada, le parecía que un espantoso vaho de vulgaridad, se escapaba de ella;

la visión y el perfume de las cosas que había visto, lo seguían como una obsesión;

el salón de Narciso Labial, todo rojo y. oro, como un bosque en la tarde, incendiado por el sol; las penumbras discretas de los cortinajes,

llenas de sugestivas complicidades; los ibis pensativos de los biombos, destacados en lontananzas acuáticas, plegado el argento de sus alas, en un hieratismo triste, entre los lotos simbólicos, ajenos al misterio de las escenas que se sucedían detrás de ellos, ultrajantes á su serena divinidad; la molicie otomana de los sofás y los sillones, incitativos en la docilidad de sus resortes y, el grana de sus telas, historiadas con escenas pastoriles de un bucolismo lascivo; el espesor de las alfombras, que apagaba todo ruido, hacía insonora la marcha, y, destacaba las figuras con vaguedades lagunares, cual si se marchase sobre un Tiberiades de fuego, bordado de lises de oro; y, en el fondo de toda esa decoración, de supremas y, refinadas elegancias, la figura imponente de Narciso Labial, con la seda crujiente de sus vestiduras ornadas de escarlata, ceñidas rigurosamente al talle como un traje de mujer, llenas de reflejos sedeños, sobre sus ancas movibles y voluminosas; sus manos abaciales y perfumadas, como dos palomas que fuesen de ámbar; su rostro rosado y oval, como el de un abate de

Grossio; su boca lasciva y, orgullosa, hecha para decir madrigales del amor, y, referir los cuentos de Bocaccio, á un círculo de adolescentes curiosos, más bellos que las damas del Decamerón; y sus ojos, esos ojos atractivos y, enigmáticos, llenos de una dulce magia; y toda su figura imperiosa, y alucinante, llena de un abominable encanto;

y, el coro de dicípulos, siempre en torno del Maestro, atentos en su interrogante y desconcertante actitud, bellos y perplejos ante la Vida, como detenidos en sus umbrales y, ansiosos de penetrar en ella, aspirando con un placer ávido, esas rosas contrahechas del jardín del Engaño; felices sin embargo de apurar la locura del beso, en la copa monstruosa que la sabia sensualidad de su Maestro les brindaba; todos bellos, elegantes, refinados, conservando un extraño fondo de inocencia, en esa amable atmósfera de voluptuosidad, cambiante y difusa, como un ópalo;

el aspecto de esas faces, no le era extraño en el precoz y doloroso cansancio que expresaban;

ellas, le recordaban las del Seminario de San

Nicolás; la misma extinción de los colores sobre las mejillas núbiles, pálidas, con una palidez de lirios acuáticos; la misma inquietud fosforescente, en las pupilas, llenas de las reminiscencias de un sueño, como del aire de una música extraña, en la cual vibrara la lenta ascensión de las visiones voluptuosas; el mismo cerco negro y profundo bajo los párpados, como el negror de una nube bajo la languidez de una estrella; los mismos labios exangües, como una rosa en invierno; sí; pero aquellos adolescentes rurales, no tenían esa delicadeza sugestiva, esa distinción orgullosa, ese dominio de los matices y las palabras, que distinguía á los imperiosos y atractivos adolescentes de Narciso Labial;

y, el recuerdo de esa distinción, de esa elegancia, le subía al alma, como el perfume de un jardín recién abandonado; y penetraba hasta las más profundas raíces de su alma con un raro contagio de sensibilidad;

y, todo el fermento de sus lecturas psicológicas, su manía de analista implacable, bullía y se despertaba en él, marchando al asalto de

aquellas almas, para ensayar en ellas todo el arsenal de observaciones psicológicas de que estaba lleno su cerebro, sorprenderlas en su gesto definitivo, y, poder analizarlas y revelárselas mediante el orden superior de sus observaciones;

y, quiso recordar hasta las menores actitudes de aquellos niños y, de su Maestro, y, no le costó trabajo, revelárselos, porque ellos se reflejaban con extraña similitud sobre el espejo de su vida anterior, despertando en él, la embriaguez de lejanos recuerdos, y, una emoción, que era como el reflejo de emociones interiores ya sentidas, y, de las cuales le venía una como ventura silenciosa, semejante á una caricia, á la cual se abandonaba con una deliciosa melancolía, que era como un perfume de días lejanos...

el beso apostólico de Narciso Labial, le había recordado, el del Padre Plácido, su antiguo Profesor en el Seminario de San Nicolás;

tenían ambos sacerdotes, la misma gracia triste y sensual; la misma belleza casi femenina; el mismo encanto ambiguo y, fatal, sólo

que, en Narciso Labial, todo era más refinado, más culto, más intenso;

sus discípulos, le recordaban, es verdad, á los compañeros de cautividad que acababa de dejar en el Seminario provincial, extrañas flores claustrales, de una perversión cuasi inocente, obligados á ahogar su Vida en los largos silencios angustiados de su corazón;

el mismo gesto interior de aquellas almas, parecía reflejarse en estas, y, revelarse, en los gestos, en las actitudes, en las ternuras de estos adolescentes urbanos, en sus miradas llenas de un mudo deseo, en la sonrisa amable y triste de sus bocas de Madona, que no habían probado el beso, el beso verdadero, el beso de la mujer, aquel que salva y que condena, que pierde y, que redime; porque el beso del Amor, es como el fuego: consume y, purifica;

aquel jardín de lises reales, con sus bellas actitudes elegantes y, sensuales á la par, con su gracia muy culta y, sin embargo, encantadoramente ingenua, la dulce melancolía de sus facciones, y, el ensueño un poco serio de la Vida, flotando en sus pupilas, llenas de una

tierna claridad ideal, todos envueltos en la apoteosis y, la gracia de la juventud, como en una atmósfera, habían despertado en su corazón, el fango dormido de sus recuerdos de colegio, la inconfesable voluptuosidad, que residía en su corazón, como una lepra; ¡ la tristeza de la Voluptuosidad, la más amarga, la más insaciable de todas las que devoran el corazón del Hombre sobre la tierra; la miseria de la voluptuosidad, que se abre sobre el corazón y bajo el corazón, como un cielo y un abismo ; la voluptuosidad, sin la cual, la Vida, sería un Crimen, y por la cual, la Vida, es un Dolor; la voluptuosidad, única parte por la cual permitimos á la Vida que entre en nuestro corazón, con su enorme contagio de tristezas, que nos llenan de un duelo inconsolable !...

y, los parajes de la Voluptuosidad, resplandecieron á sus ojos, y, deseó ver en ellos, ver aún, y, vió, como en un sueño lejano, las huellas incendiadas de los días pasados ;

y, fué feliz á causa de ellos; á causa del esplendor trágico y malo, que arrojaban sobre su corazón ;

y, se durmió pensando en eso;

y, se abrazó á su sueño;

y, lo besó en su noche, como si fuese un lis;

y, amó su pasado; inexorable, inmóvil, como una Divinidad;

y, se dejó supliciar por él;

¿quién ignora esa forma del placer, que es dejarse torturar por el recuerdo?

nuestro corazón, tiene la piedad para los otros; no tiene nunca piedad de nosotros mismos;

y, León Vives, se durmió pensando en su pasado; feliz de haberlo vivido; deseoso de vivirlo aún...

y, extendía sus labios, como para besar una sombra;

del fondo de su corazón podrido ¿á quién besaba?

¿á qué?...

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En su cuarto desmantelado de estudiante, carente de todo lujo y aun de toda comodidad,

no podía menos de evocar con amargura, el recuerdo del *confort*, imperante en casa de Narciso Labial;

los muros y los suelos desnudos, los muebles desvencijados, todo el aspecto lamentable de su posada, parecía lanzar un grito agudo de miseria, un saludo burlón á su juventud ambiciosa, llena de sueños enormes de grandeza y poderío;

y, la imagen tentatriz del lujo, apenas entrevisto, lo obsesionaba, y, caía bajo la dominación de ella, y, se sentía infeliz en su pobreza, y, tenía una sensación semejante, á la de encontrarse desnudo, bajo el azote del frío, en un sendero desierto;

y, codició la riqueza, la comodidad, la elegancia de los otros, y, vió cómo es bello vivir, la vida así, en esa atmósfera aromática, de grandes salones y lechos perfumados, que exaltan los bellos sueños y las bellas acciones, y, bajo cuya caricia sedativa, se siente mejor la inspiración de los sublimes cantos y, las prosas armónicas, serenas como un preludio, infinitamente calmado y, grave;

y, pensó que las obras Maestras, no pueden producirse en la Miseria, sin que lleven el sello de la imperfección, que ponen en ellas, las manos trémulas del Hambre y del Dolor;

y, la obscura agitación de sus apetitos, fué como un gesto real, hacia el sueño obsesionante, hacia la riqueza entrevista en las posibilidades del futuro, y hacia la cual se tendían su alma y sus manos, como hacia una presa tangible, esquiva y muy lejana...

y, el exceso de su emoción lo hacia tan triste, que lloraba de verse pobre, tan pobre...

y, en su tristeza colérica, sollozaba amargamente, ante los muros escuetos, los suelos desnudos, los muebles desvencijados de su mísero cuarto de estudiante;

y, sentía más que nunca la garra de la Vida, que se posaba sobre su corazón; y, se veía como desterrado en una inmensidad, más vasta que todas las inmensidades; la de su propia miseria;

pero, no tembló; se alzó más fuerte en su tenaz Orgullo, en su Voluntad heroica de vencer, de marchar al encuentro de la Vida y subyugarla;

y, sus labios se contraían dolorosamente, como lanzando un desafío imperial, al Imperio de la Vida, que aún no era suyo;... pero que sería;

sería;

y, reinaría entero, en él, con todo el poder de su grandeza oculta;

así lo juró á su corazón;

la distinción natural de su espíritu le hacía establecer comparaciones, y al hallarse de nuevo en contacto con sus compañeros de posada, le parecía que un vaho de insoportable vulgaridad se desprendía de todos ellos;

el perfume de sus otros amigos, le seguía hasta allí; sus siluetas elegantes, sus modales cultos, hacían un contraste desesperante, con aquellos estudiantes de pueblo, gritones y bochincheros, vestidos sin gusto, ajenos á toda elegancia, que parecían enemigos personales de toda distinción, con sus gestos impulsivos y bruscos, y sus charlas tumultuosas llenas de palabras y dichos populacheros; y, veía que las cosas y los modos exquisitos y refinados, son una tendencia y una necesidad de toda

alma superior, y, que la vulgaridad, no redime, ni excusa nada, ni al Genio mismo, si alguna vez se diese la antinomia de un Genio que fuese vulgar, ó si el Genio, pudiese florecer siquiera un día, en otra atmósfera que la de las cosas cultas y exquisitas del espíritu, porque el refinamiento mental, es una necesidad vital de las almas colocadas más allá del rebaño semipensante; almas superiores, que tienen el privilegio, de sobrepasar á su tiempo y sobrepasarse á sí mismas, en un gesto de insuperable energía y, de luminosidad sapiente, encerrando en el prodigio de su Vida, el milagro, de crear para la Belleza, cosas de excelsitud, contra el querer ambiente de la Vulgaridad, amante de formas efímeras y ruines, hostil é incapaz de comprensión, frente á las cosas únicas y eternas, que el Genio crea, fuera del radio ubicual, que la Mediocridad tiraniza con su Imperio; almas que en esa impureza de torva vida colectiva, saben con el maravilloso instrumento de su Genio, fecundar la soledad, poblándola de sus creaciones, estrellas de su Voluntad, solitarias y luminosas, como una armonía sidérea;

pero, aunque León Vives, era un inteligente y un refinado, no era un Artista, en el puro y alto sentido de la palabra;

no era hecho para pastor de estrellas, sino para pastor de hombres;

el lado mediocre de su talento, era su lado político, como en todos los grandes hombres, que consienten en descender en medio de las turbas, abriendo sus ojos á las estrellas, acostados de espaldas entre el rebaño;

de ahí, que, aun siendo un *aislado mental*, como todos los espíritus superiores, no pudiese ser un *solitario social*, sino un comunicativo, sintiendo el instinto de mezclarse á los otros hombres, para estudiarlos, para dominarlos y, para destruirlos, ese instinto violento que precipita sobre los pueblos y los rebaños, á los sicólogos, á los tiranos y á las fieras;

y, de ahí, que aun comprendiendo que la soledad es la marca definitiva de la grandeza, único Imperio en el cual la soberanía de las cosas personales é íntimas permanece pura, en su intangible limpidez ideal, no quiesiese ni pudiese practicar el culto de la Soledad y del Si-

lencio, tan beneficioso á las almas de selección, y, antes bien, buscase la ocasión de mezclarse al tumulto de las otras almas, dado á la inquieta tarea, de ver y observar el fenómeno de las otras vidas, sintiendo la atracción irresistible del vértigo, frente al océano pavoroso y sugestivo del alma humana;

y, no sufría sino gozaba con el contraste que ofrecían á sus ojos los discípulos elegantes de Narciso Labial y los huéspedes tumultuosos de doña Casilda;

y, se mezclaba á ellos con una acre sed de absorber sus espíritus, de hacer una travesía por el ciclo de esas almas, todas nuevas, pero ya representativa de la obscura fuerza social, que él, se preparaba á estudiar y, á dominar;

esas vidas, todas laminadas en el estrecho molde social, que hace imposible cualquiera forma de individualismo, y nivela todas las existencias, aplastándolas bajo la rígida monotonía de los usos propios á ese industrialismo, á esa burocracia y á esa burguesía, que forman la sociedad automática y brutal, era un grande y admirable laboratorio, donde un espíritu tan

comprensivo como el suyo, podía estudiar sociología analítica sobre la pasividad automática y la mentalidad estereotipada, de esa juventud que era el porvenir de su país, en el cual se preparaba á actuar él, como una invencible fuerza;

oyéndoles hablar en la mesa y fuera de ella, fué como tomó conocimiento de las cosas de la política y de crónicas de la ciudad y supo cuanto que saber había sobre los hombres públicos y las mujeres públicas, que por igual infestaban entonces, la atmósfera moral, con el comercio activo de sus vicios: muchas cosas oyó del Parlamento y de los prostíbulos, de los senadores y de las rameras, de escritores y generales, de aristocracia y democracia, y sintió los vahos de la descomposición social, subir hasta él, del fondo de ese abismo estercolario, que se llamaba la sociedad de su país;

aquel mirar certero de águila que le hacía abarcar de un solo golpe de ojo, hasta las más brumosas latitudes del alma humana; el conocimiento anticipado de esa ergástula de lloros, que es la Vida, el eco de cuyos sollozos recorre hasta las postreras extremidades del planeta,

aun allí donde no hay hombres, porque la tierra misma gime, del dolor insondable de vivir; la energía desmesurada de su pensamiento, unida al extraño poder contemplativo, que le hacía asir y grabar con igual fuerza, las palabras y las cosas en su pensamiento, dándoles en el acto el contorno visual de las realidades definitivas, le hicieron apercibir y comprender muy pronto, todo lo que de aquel murmullo de almas, subía hasta la suya, y, lo que le dijo ese eco bestial y multiforme, se grabó en su alma desnuda, como en una piedra sagrada, y quedó en el fondo misterioso de su corazón, como los versículos definitivos de todos los cultos, esparcidos en torno de él, desde el de Venus, hasta el de Mamnon, y, desde el de Marte hasta el de ese puerco con cabeza de tigre, que era el alma social de su país;

convencido de que el hombre es un animal, como los otros, y, que lo que se llama la Sociología, no es más que una rama de la Historia Natural, veía con un secreto placer científico, los gestos materiales y, mentales de ese encantador bípedo que es el Hombre, esbozados y

multiplicados por aquellos retoños de la burguesía provincial, que se preparaban á ser los amos y los señores de su época;

eran documentos humanos, que mostraban bien el estado de espíritu de esas generaciones, que entraban en la Vida, llenas de concepciones falsas ó pequeñas sobre los problemas vitales y, sociales; todos ellos ignorando el realismo científico de su época, y, enfermos de un espiritualismo romántico que los hacía soñadores, y, por consiguiente, inhábiles para vencer, en la gran lucha homicida que es la Vida; atiborrados de ideas arcaicas ó incompletas, sobre este choque de átomos, que es el Universo; puestos á horcajadas sobre la Quimera Religiosa, y cabalgando por consiguiente en el vacío; haciendo á Dios el centro de la Vida, y, no al Homdre; esperándolo todo de la Fatalidad y nada de sus propias fuerzas; fatalistas cristianos, mil veces más fatales y más estériles que los fatalistas musulmanes; faltos del poder para ir á lo desconocido; no encontrando en sus antecesores sino un ejército derrotado, de heridos sin esfuerzo y de vencidos sin gloria;

enfermos por el ejemplo; ganados por una decadencia precoz, que les venía de las fuentes profundas de la raza; esclavos por persuasión; incapaces de creer nada, de negar nada, de afirmar ni de dudar nada, entregados al espectáculo cambiante de su vanidad; generación de insubstanciales, sentados á la orilla del camino, de espaldas al peligro, sin prever en su indiferencia, la espada del Conquistador, que hiriéndolos por la espalda, vendría un día á atravesarles el corazón;

y, él, los veía vivir, observándolos con una tenaz premeditación, dispuesto á no excluir nada, no perder nada, del estudio minucioso de aquellas almas, con esa terrible sed de Verdad, y, esa voracidad de saber, que eran la base de su espíritu científico, inquisidor é implacable;

frente á los grandes problemas del espíritu, él, no era una alma, era un escalpelo; la psicología, era en sus manos, una cirugía mental, que ejercía con una larga fruición, mezclada de ferocidad;

por una de esas rarezas, peculiares á su Des-

tíno, él, tenía á su alcance, como cogidos en cada una de sus manos, los dos extremos sociales de esa juventud, los dos eslabones finales de la cadena social; uno como calor colectivo le venía de ellos, y, esa corriente mental agitaba extrañamente su espíritu, que se impregnaba del fluido de esas almas, cual si estuviese dotado de una rara porosidad intelectual; y, era, como todo verdadero sociólogo, un polo positivo de las sensaciones ambientes;

en los salones y en el externado de Narciso Labial, él, veía el retoñar elegante y, perfumado de las clases privilegiadas, la plutocracia, la alta banca y, el comercio, que formaban la aristocracia capitolina, llena de vicios amables y, seductoras hipocresías;

aquella juventud, era ligera, insubstancial, mentalmente mediocre y, moralmente deformada, pero, encantadora de exquisiteces y de elegancias, creciendo y floreciendo como un rosal ateniense, bajo los ojos plácidos y, devoradores, de ese Sócrates sin genio, con una alma de Alcibiades, que era Narciso Labial;

allí, la política estaba excluída de los discur-

sos y, aun de los pensamientos; ¡puf!... eso era algo mal oliente y, tumultuoso, que no debía entrar en ese cenáculo elegante, en esa capilla prismatizada, llena de tantas cosas misteriosas y, amables, donde la voz ceceante del Pastor, contaba extrañas parábolas, á los niños catecúmenos, bajo los tiernos ojos de Antinoo, y, cerca á la fuente de Narciso;

el Amor, la pasión fisiológica y, carnal, tal como la practicaban y la charlaban á diario los comensales epicúreos de Doña Casilda, la pupilera de León Vives, se ignoraba ó se ocultaba al menos, en aquel como gineceo de adolescentes, que el beso apasionado de Monseñor Labial, preparaba al culto de extrañas iniciaciones;

el espíritu sin velos, de León Vives, veía claro en el horizonte circunfuso que lo rodeaba;

los grandes espíritus como las aves de presa, tienen el don innato de las orientaciones definitivas y, el golpe de alas certero;

supo comprender desde un principio, todo lo que la intimidad de Narciso Labial, y, sus debilidades, hábilmente explotadas, podían servir á su ambición sin escrúpulos, pronta á todo para

triunfar; y, así se aproximó á él, y, le pidió su protección y, su cariño, y, sus grandes ojos, imploradores de secretas alegrías, fascinaron el alma del Maestro, que sintió engrandecerse su neurosis, y, temblar en el silencio de su corazón, los lagos asfaltites del Deseo;

y, llegó á ser bien pronto, el Discípulo preferido, aquel en quien el Maestro, puso todas sus complacencias;

su aire de inocencia cándida, adquiría proporciones enormes, en la superchería creciente de su carácter, lleno de comicidades irritantes y provechosas;

cuando por primera vez, Narciso Labial, lo había besado, como acostumbraba hacerlo con todos sus discípulos, él, ultrajado y, mancillado por tantos besos anteriores, se había hecho rojo, de un rojo alarmante; prestó sin voluntad sus labios esquivos, que permanecieron inermes; sus ojos, llenos de perversidades se entenebrecieron de pudor, y, sus párpados se bajaron, casi hasta cerrarse, como una protesta muda de su virtud; tembló todo su cuerpo; sus manos abandonaron las del Maes-

tro, y, no devolvió el beso, que aquél ambicionaba;

hábil en el disimulo, y, dispuesto á llevar su comedia á los últimos extremos, para dominar á aquel, que debía ser una gran fuerza entre sus manos, le había suplicado ser su Padre Espiritual, su Confesor, y repitiendo la comedia de su primera confesión en el seminario de San Nicolás, le había contado su vida, una vida llena de candideces y, de inocencias, perdida en las perplejidades de una sexualidad sin mancillarse; en esa nueva farsa, sus tendencias al misticismo, sus escrúpulos morales, fueron tan grandes, tan desesperados los temores sobre la salvación de su alma, que el confesor engañado por ella tuvo que apaciguar su espíritu, aplacar su conciencia alarmada y sus palabras sedantes tuvieron el privilegio de calmar, á aquel gran niño que lloraba allí, anonadado y roto por la contrición;

la pradera de virginidades y, de ignorancias, que era esa alma de adolescente, incontaminado, encantó los ojos absortos del Prelado, y, le dió una sed exótica de ajarlas;

el primer domingo, que había asistido á uno de esos almuerzos íntimos, con que Narciso Labial, obsequiaba á sus discípulos, su aspecto de candidez infantil, y, de inocencia sorprendida, había sido tan grande, que había cohibido en parte los arrebatos de cariño excesivo, y, de equívoca fraternidad, que eran habituales entre los concurrentes;

eran los habituados á esas fiestas, los escasos internos, que por especial preferencia, Narciso Labial consentía en tener, y, cuatro ó cinco de los que él, llamaba, « los antiguos » que habiendo abandonado las aulas de Monseñor, conservaban todo su cariño, y, eran invitados por turno, á estos ágapes dominicales;

allí, todo era íntimo, *chic*, con el misterio de un jardín cerrado, donde el perfume de rosas corrosivas, se expandiera en el aire tibio, que se diría, lleno de tiernas complicidades;

se almorzaba opíparamente, se bebía bien, y del fondo de las copas, donde los reflejos azurinos del vino, hacían extraños cintilleos, parecían salir traviesos silvos lascivos, que decían á los oídos adolescentes, cosas apasio-

nadas, llenas de una impaciente nerviosidad;

las tiernas faces rosadas ó pálidas se congestionaban; bajo el nimbo áureo, ó el casco broncíneo de los cabellos, se hacían rientes, de una encantadora perversidad; relámpagos de malignidad hacían fosforescencias en las pupilas, como animadas de una frenética voluptuosidad; las audacias del gesto y, del lenguaje, crecían en expresiones devoradoras, como si un magnetismo extraño completase los pensamientos ocultos; y, la crisálida de algo innombrado se abría, como una prodigiosa flor de sueño, en las mentes voluntariosas de aquellos niños golosamente hambrientos de vivir y de gozar;

la voz sedante y ceceante de Monseñor Labial, dominaba todas las conversaciones, con su acento sin virilidad, lleno de extrañas sugestiones; era una maravillosa voz de caricia, que se diría más bien el gesto de una mano, ó el calor de unos labios, que acariciasen lentamente, en exploraciones atrevidas, llenas de un magnetismo animal desconcertante; una voz insexual de matices y de cadencias cálidos, tal, la confidencia de una mujer, en la hora pre-

cisa del espasmo ardiente, en que la noción de la Vida se pierde, y, el ser todo se funde en un suspiro ;

esta voz, la conocían sus discípulos, porque como una nube de pasión, había pasado por el azul de sus almas, envolviéndolas en su caricia caliginosa y voraz ; los matices feéricos de esa voz, eran para ellos como el Símbolo musical, del placer que esos labios, predicaban y daban, con apasionamientos igualmente febriles ; era un divino colorista de los paisajes del Vicio ;

un charloteo insubstancial interrumpía y, aun ahogaba á veces, la voz del Maestro, que callaba para escuchar los diálogos de sus discípulos, que semejaban, el canto de los pájaros, ebrios de Voluptuosidad ;

poco á poco, el misterio de las almas se aclaraba, los velos del pudor se hacían leves, como una trasparencia, y, las almas aparecían desnudas, con una franca desnudez de dioses ;

las voces medio roncas, llenas de turbaciones felices, ensayaban ritmos obsesionantes y, acariciadores, los ojos se hacían más brillantes, alumbrados de más bruscos deseos, las caricias

se hacían más atrevidas, entre el humo azuloso de los cigarros, que hacía en la estancia una como noche azul, voluptuosa y turbadora;

algunos tocaban el piano, ó fraseaban en sordina, canciones tiernas, de una ternura ardiente, como la de sus almas, enfiebradas de amor;

el champagne, hacía hervír en las copas su blondez risueña y el centelleo de sus burbujas de oro que los labios apuraban, con una nostalgia loca de otros besos mejores.

Monseñor Labial, recostado en la otomana roja, seguía con su voz de violoncelo, bromeando con sus discípulos, recordando anécdotas picantes, ó dulces minutos, demasiado breves, cuya memoria, tenía el encanto obsesionante de un perfume de harén, mientras sus manos erráticas, acariciaban la piel dulce y, la cabellera abundosa, del discípulo preferido de aquella hora, y, sus labios se posaban sobre él, con una ternura sin palabras, fuerte como el silencio;

poco á poco, los niños se declaraban fatigados, y, desaparecían por parejas hacia los dormitorios;

y, ese domingo, León Vives, aturdido por el vino, ensordecido por el gritar de sus pasiones bastardas, había quedado solo, al lado del Maestro, que le acariciaba apasionadamente y, le besaba en los labios y en los ojos, mientras el fulgor de la tarde opulenta, llena de presentimientos estelares, invadía la estancia, con vaguedades de crepúsculo, y, la silueta de los árboles del jardín, se perfilaban en el fondo rojo de los cortinajes y las alfombras, como cadáveres de ahorcados, sobre un lago de sangre;

y, fatigado de tantas emociones, había reposado en el lecho de Narciso Labial, hasta hora tarda de la noche, en que regresó á su casa, rojos los ojos, por el llanto que había vertido haciendo tiernos reproches á su Maestro, en el espanto de su virtud sorprendida y ultrajada; tenía la tristeza y la palidez de una rosa desflorada;

y, el fondo de su alma era alegre, alegre como en una hora de triunfo;

ya Narciso Labial, era suyo, por el dogal de la complicidad, que aprieta y estrangula; ya no lo soltaría;

y, la sangre le subía en enérgicas oleadas al cerebro, y, tendía y distendía las falanges de sus manos fuertes, como si tuviese entre ellas la garganta de Monseñor Labial, dispuesto á no soltarla ya ;

y, pensó dulcemente, tiernamente en su gloria futura, y, en todo lo que para la adquisición de esa gloria, podía valer un hombre como Narciso Labial ; ¡ qué prodigioso instrumento sería este ser amable y plácido, en sus manos ávidas de Dominación ! ¡ qué caudal de Fuerza, le aportaría esta Debilidad !... ¡ los vicios y las anormalidades de esta sociedad decadente se cristalizaban en él, y, se lo ofrecían como un instrumento de su propio degüello ;

él, lo utilizaría ;

una embriaguez divina, le subía al corazón y, á los labios, y, lleno de una altanera esperanza, miró el gran cielo, infinito y alto, como su orgullo, el cielo espléndido y mágico donde en las graves ondas azules, las estrellas, semejaban pájaros crueles, devorando el espacio en una divina calma de monotonía ;

y, pensó que la Vida, era bella; bella para los seres de Esfuerzo y de Voluntad; que el derechó á la Vida, no se tiene, se conquista; que la inflexible ley de selección, elimina los débiles, los incapaces; que ser fuerte, es el primer deber, fuerte como la Vida; la Vida, no tiene escrúpulos; todo lo destruye para vencer; así el Hombre, fuerte;

y, pensando en ello, sentía la Ambición, que se desbordaba como un gran río en el silencio de su alma; de su alma altanera, pérfida y sensual, llena de sueños inconfesables.

Y, así fué ;

el amor y la protección apasionada de Monseñor Labial, le abrieron de par en par, las puertas de la sociedad aristocrática de la Capital;

las familias, aun las más orgullosas, lo admitieron con cariño, seducidas por esa dulzura angelical, esa timidez atractiva, ese aire de inocencia cuasi infantil, esa amabilidad de novicio, obsequiosa y servil, que él sabía extremar á maravilla ;

su exagerado fervor religioso, que no admitía atenuaciones en las prácticas del culto ; su sed de proselitismo que exuberaba en su palabra, llena de unción y de fervor, le abrieron amplio campo, en aquel medio social, más imbécil que culpable, y la fama de su Virtud, como la de su talento, llenó pronto los salones

y los hogares, desarmados ante tanta supercheria, y, ya vencidos por ella, y, León Vives, fué, como en el Seminario el modelo ofrecido á la admiración, y á la imitación de todos los jóvenes de su medio y, de su edad;

su inscripción en las Matrículas de la *Universidad Católica*, á donde fué, llevado por Narciso Labial, en persona, y, recomendado por carta especial del Arzobispo, que veía en él, *una esperanza de la Iglesia* y *del Estado*, según sus propias palabras, había sido de una amable solemnidad, no estilada con otros alumnos;

allí, se le conocía ya, por sus vehementes artículos, publicados en « El Mensajero de la Virgen » el periodiquillo de su pueblo natal, y, por su lucha encarnizada contra el Magisterio laico, encarnado en la personna de Lucio Pica, su Maestro, el « pequeño grande hombre », como lo llamaba despectivamente, fingiendo por su memoria, una ternura alevosa;

se le instó vivamente, para que colaborase en el « Estandarte Religioso » periódico asalariado de la Curia, y órgano de los estudiantes de aquella Universidad;

no se hizo de rogar para ello; y, bien pronto, sus artículos, de una elegancia principesca, de una perfidia sinuosa y, una acometividad casi marcial, lo señalaron, á la admiración de los ultramontanos, y, al odio de la juventud, liberal, que desde otro periódico « El Verbo Libre », órgano de la Universidad Republicana fustigaba los monigotes del « Estandarte »;

ni amigos, ni enemigos, se engañaron; todos vieron en él, al escritor de grán raza, cuyos períodos macizos llenos de una sabia perversidad, pletóricos de un clasicismo indigesto y ostentoso, denunciaban al gran arquero de mañana, cuya prosa sería terrible, cuando aligerada de tanto inútil ornamento retórico, hecha más sutil, más elástica por la diaria gimnasia del Espíritu, llegara á la plenitud de elegancia agresiva, y de certera acritud, que hace ese estilo con garras y con alas, que es propiedad exclusiva de los grandes libelistas;

la crítica se abatió sobre él, en un vuelo feroz; el ridículo hizo presa del escritor novel; y, el *persiflage* le silbó en los oídos como la carcajada, ruda y agresiva de un mozo de cordel;

sus contrarios, eran ricos en esta clase de argumentos ; su prosa sin refinamientos, de una brutalidad campesina, tenía la fuerza y el vigor, de los jóvenes leones ; prosa de una acometividad feroz, en cuya vulgaridad despampanante, se mezclaba á torrentes, no la ironía, sino la burla, una burla implacable, que aplastaba, como el pie de un paquidermo, é irritaba, como la ponzoña de un áspid ;

León Vives, era más escritor ; sus adversarios, eran más periodistas ;

éstos, lo bautizaron pronto, con el mismo apodo de la *Pucelle*, que sus compañeros de posada le habían puesto, haciendo las más hirientes alusiones á las maneras claustrales y los aires de anfibio clerical, que caracterizaban á León ;

éste, les contestó, con su altanería despectiva, y, una fría soberbia, llena de tácitos desprecios, pero cuidando siempre de no extremar el dicterio, y, sobre todo, de no personalizarlo, por miedo á los puños de sus contrarios, porque el miedo, era la más violenta pasión de su espíritu, pero un miedo raro, que consistía en una audacia inverosímil de las ideas, y, un

temor desconcertante de las responsabilidades ;

estas luchas, que él apellidaba desdeñosamente *vahos del estercolero*, agriaban su espíritu, díscolo y puntilloso, sensible hasta el delirio á todo lo que hiriera su vanidad, pero no lograron apartarlo del comercio diario, con sus libros y con sus ideas ;

tenía ese raro don, concedido sólo á las almas superiores, de poder aislarse mentalmente, en medio de la multitud de los otros espíritus ;

cruelmente inquieto, devorado por una especie de fiebre interior, y, un deseo frenético, de luchar y de vencer, se refugiaba en el estudio, como en una soledad, donde fabricaba la base intelectual de su estabilidad mental, con un acopio de ideas, que dominadas y adaptadas por su espíritu, habían de engrandecer enormemente su *Yo*, imperante, avaro de emociones espirituales, reacio á quedar inerte en el torbellino de vida intelectual, que lo rodeaba;

conocedor de almas, sabía ocultar la suya, en la torre inexpugnable de su egoísmo, un egoísmo amable, que se parecía á la timidez, y, era en el fondo, una asechanza ;

se replegaba sobre su propio corazón, y, no daba de sí, sino la partícula que quería dar á los otros, más como una limosna, que como una ofrenda;

los grandes silencios letales de la ciudad, estancada y morbosa, silencios que hacían una como atmósfera de cloral, llena de peligros para la actividad mental, eran, más bien un acicate, para su inmoderado amor á las lecturas, y su infinita sed de perfección mental;

su alma sangrante de deseos, hallaba en estas horas de estudio, un lenitivo, y durante ellas, las velas de su ambición quedaban un momento inertes sobre el mástil enorme del Silencio; *para verse vivir;*

y, era en esos momentos de ensimismamiento, lejos del tumulto de la vida ambiente, en plena posesión de su *Yo*, abierto como una flor, en los jardines de la Soledad, que él, gozaba en estudiar y en estudiarse, en descubrirse á sí mismo, en explorarse, con una energía extraña, y, una necesidad imperiosa de realizar el sabio precepto: « Conócete á Tí Mismo »;

conocerse á Sí Mismo, indagarse, valuarse,

levantar la tabla comparativa de las aptitudes y de los valores, ver las corrientes ocultas de energías latentes que hay en el propio corazón, para luchar contra las hostilidades crecientes de la Vida, y, las maquinaciones arteras, de ese enemigo del Hombre, que es, el Hombre ; *homo est homini lupus;*

orientarse, dar un fundamento práctico á su actividad mental, y, un derrotero fijo á sus energías morales; no cristalizarse nunca en una actitud sino ensayarse en todas aquellas que puedan convenir al plan ulterior sabiamente combinado, y, pacientemente practicado, para dulcificar y dominar la Vida, haciendo de este erial, de cosas agresivas y feas, una pradera florecida, donde el Hombre vencedor de los Hombres, pueda expandirse en toda la fuerza de Su Felicidad, es decir en la Apoteosis de su *Yo;* era, según él, la meta y, el objeto de todo hombre superior ;

vivir, es vencer, se repetía, y, en sus largos soliloquios organizaba mentalmente sus batallas, que como una Via Triunfal, debían llevarlo á la definitiva exaltación de su *Yo;*

y, mientras los otros dormían, él, velaba, y, su lámpara era la última que se extinguía, cuando ya la luz del sol, asomaba pálidamente, tiñendo el azul diáfano, de un ligero resplandor bermejo, que se extendía como una caricia, sobre los techos ocres de la ciudad dormida;

la fecundidad de esos silencios, no hacía sino templarlo para la Vida, y, como sabía que el reposo no es la atmósfera de los fuertes, se ensayaba en todos los temas de actividad, para aquilatar su energía, al ponerla en contacto con el inevitable escollo de los otros;

en su existencia íntima, seguía su regla de soledad inflexible;

pasar cerca del amor sin tocarlo; era su tema;

de la mujer, el fruto, se decía, y, nada más que el fruto;

la Amistad, que es acaso más fuerte que el Amor, porque es más pura, era un desfallecimiento que no tocaba su corazón;

del amigo y de la vid, el jugo, se decía, en la serie de proverbios que había hecho para su uso;

aquel que te sea más útil, ese es tu mejor amigo, y, á esa máxima ajustaba el ritual de sus

amistades, con desprendimientos altaneros, ó con obsequiosidades serviles;

y fiel á esas máximas, eran los del círculo aristocrático de Monseñor Labial, los amigos suyos que merecían sus mayores atenciones;

el fermento de su alma plebeya, se rebelaba contra ellos, y, quería igualarlos, para dominarlos;

en poco tiempo se hizo ún joven *fashionable*, en toda la extensión de la palabra;

hecho bello, de una belleza exótica y mística de novicio exclaustrado, llevando con una elegancia natural, no exenta de timídez, sus nuevos trajes de corte irreprochable, que la esplendidez de Narciso Labial, empezaba ya á pagar, pudo competir, si no en distinción, al menos en lujo, con sus nuevos amigos, y, su gran talento de adaptación, lo hizo asimilarse su lenguaje y actitudes, con una rapidez que tuvo del prodigio;

habló el mismo argot aristocrático, esmaltado de galicismos y anglicismos, que era el de aquella juventud dorada, amablemente nula: supo de *foot ball*, y de *bis ball*, de coches

y de caballos, aprendió el lenguaje de las carreras y de las pistas, al igual de cualquier lacayo de cochería y, nada del *Sport*, le fué extraño ;

como en aquel círculo de almas extraviadas, que la mano de la educación clerical, tenía en su puño de hierro, lejos de la vida sana y real, y de las grandes corrientes del amor, no se hablaba nunca de mujeres, sino veladamente, y en el sentido espiritual de los amores románticos, fué el confidente de muchos de aquellos corazones ya enfermos del mal inconsolable del Amor, del amor sentimental, que gangrena los espíritus é impide el desenvolvimiento armónico y rítmico del verdadero amor, el cual no puede residir y, no reside, sino en el goce sagrado de la sexualidad ;

una extraña sensación tuvo su alma, con esta visión del sentimentalismo, vista en las almas de los otros; y vió en ellas una selva inexplorada, para su corazón...

¿cómo se podía amar así, fuera del grito ensordecedor del amor, extendido sobre el lecho?... fuera de ese Amor, crucificado de deseos, y,

traspasado por las flechas de los besos ¿qué era el amor?... un Deseo... un Deseo, enorme, mórbido y delicado, como el morir de una tarde sobre los cielos verdosos...

¡cómo esas almas eran diferentes del alma suya!... ¡extrañas y lejanas, como una estrella!

y, he ahí, que él, no las comprendía, á esas almas, que le mostraban el espectáculo desgarrador de sus propias torturas;

porque aquellos niños sufrían, sufrían en su simplicidad dolorosa, que él no podía ni comprender, ni consolar;

y, en su espíritu pasaban y repasaban las formas de sus antiguos amores, las lejanas afecciones que consolaron su adolescencia: Rosina, su prima, como una flor de ámbar, en la lejanía confusa, y, la penumbra discreta del jardín crepuscular;...

y, Victoria Pica, con sus cabellos en bandas luminosas, cayéndole simétricamente sobre las mejillas cándidas, aureoleando de un resplandor de cima matinal, la frente serena, y, la pomposa majestad de los ojos, tenazmente pensativos;

y, he ahí que él había amado á esas mujeres, con su temperamento excesivo de voluptuosidad, gozando de ellas, lo que para él, era todo su ser, el cuerpo; sin preocuparse de sorprender ó descifrar el secreto de sus almas, el abismo de Misterio que hay en lo desconocido de los seres;

el alma... ¡bah! qué era el alma, para él, para quien la Vida no era sino una sucesión de asimilaciones y, desasimilaciones, un fenómeno de Química orgánica?

su imaginación, le representaba sin emoción ninguna, la visión indecisa de los gestos de aquellos seres, los besos de aquellos labios, como cosas extrañas, muy lejanas, perdidas en un pasado incalculable...

por un fenómeno que le era peculiar, se sentía aislado de aquellas cosas, roto con su pasado, extraño á su existencia anterior;

y, miraba esos dramas de su pasado, como cosas materiales é inertes, que hubieran muerto, y, no le inspiraban ni la piedad siquiera de las cosas insepultas;

cuán distinta era su alma de la de esos adolescentes, para quienes el amor sentimental,

tenía el relieve y, la realidad de un hecho, y, la sensación de una herida, que hacía sangrar sus corazones;

¡cómo es miserable la vida del sentimiento, se decía, ¡cómo es estéril! no engendra sino cenizas en el abismo informe de nuestro corazón; ¿cómo arrodillarse ante otro ídolo, que no sea nuestro propio Yo, abriendo sus ojos resplandecientes, en la grandeza infinita de la sombra? ¿por qué exponer nuestro corazón á la intemperie que viene de lo desconocido de otras almas? ¡nuestro pobre corazón, lleno del deseo de vivir! ¿por qué le damos la Muerte á devorar? porque eso, no más, es el Amor; es la mentira de la Vida; es la Nada; es la Nada que toma formas vivas para engañarnos; ¿por qué abrazarnos á la Muerte? amar la Muerte es ya empezar á morir;

no hay vivo sino el Placer, ese que engendra y da la Vida; el Placer, que está todo en las formas exteriores y tangibles del amor; el amor que besa y que procrea, y, que haciendo el gesto de perpetuar la Vida, vence á la Muerte, y, es superior al tiempo y al espacio;

oyendo las confidencias de sus amigos, su vida interna se aceleraba en una sensación de superioridad, y, sus ojos, se llenaban de la visión de su propio orgullo, sintiéndose extraño y, superior á esos seres, porque él, no sabía amar; y, sólo el hombre que no ama, es el *Hombre Libre*, sobre la tierra; todo amor es una Esclavitud;

el sentimiento es una inferioridad, y viéndose libre de ella, sentía que un estremecimiento de mar le subía en ondas de soberbia al corazón y, una nube de efluvios interiores lo envolvía como en una atmósfera; y, sentía crecer su corazón, su corazón inclemente y, duro; duro y alto como un pico de roca, diseñado en el azul;

demasiado inteligente para hacer sentir su orgullo á los amigos que lo rodeaban, cuya amistad era una salvaguardia para su porvenir, era cerca de ellos, obsequioso, sumiso, de una amabilidad servil, que lo hacía un camarada encantador, para aquellos jóvenes ligeros, insubstanciales, llenos de una vanidad, pueril y, de exóticos caprichos;

las almas se abrían bajo el encanto de su

sonrisa, como cálices de flores al efluvio de un sol suave, en una mañana primaveral;

fué el consejero, y, como el confesor laico, de sus amigos, y, por ellos supo los extraños secretos de aquellos hogares, que se entregaban abiertos y desarmados á su ojo inquisidor;

y, en un silencio recogido, agradecía á su Destino, esas cualidades interiores que había puesto en él, y, lo hacían apto para el comando espiritual, para ser un jefe de almas, un Dominador, para cuya misión comenzaba ya á ensayarse, con su habitual agilidad de espíritu y la vivacidad elegante de su palabra, en el Cenáculo de Narciso Labial, en cuyo recinto, todos, desde el Maestro, hasta el último de sus discípulos, eran más que los cortesanos, los prisioneros de su Verbo;

sólo una alma había permanecido extraña á aquel contagio, y si no hostil, indiferente al menos, á aquella superioridad, aislada en un orgullo que era un desprecio, cerrada herméticamente á toda confidencia, ante aquella alma de buitre, llena de una voracidad brutal de los ajenos secretos;

esa alma, fué, la de Arcadio Méndez;

el extraño niño, voluntarioso y silencioso, tenazmente viril, en el círculo de afeminaciones, violentas que lo rodeaban, era un aislado, á quien todos, inclusive Monseñor Labial, hacían el homenaje de una escasa simpatía;

hijo de un prohombre liberal, de mucha nombradía, se hallaba en aquel colegio, porque su madre, una santa mujer, asustadiza y mediocre, hija de confesión de Monseñor Labial, y, muerta muy joven, lo había confiado á él, á la hora de la muerte, haciéndole jurar que lo educaría y, obteniendo del padre la promesa, de confiar el niño á su confesor, para librarlo así del peligro de ser entregado á los colegios laicos donde las doctrinas anticatólicas podrían contaminar su espíritu;

y, Arcadio, fué desde el primer día, una excepción, en la melosidad ambiente y acariciadora del colegio;

era como un cachorro de felino, ajeno á ciertas domesticaciones;

bastaba ver el azul obscuro de sus ojos, estriados de rayas negras, bajo el arco tupido de sus

cejas espesas y unidas en el pliegue imperioso de su frente, para adivinar en él, esa virtud de la Voluntad, que en el alma del hombre verdadero, es más que un precepto, la forma exacta y rigurosa de toda su conducta;

prisionero en aquel medio de elegancias mórbidas, y, de predilecciones equívocas, supo bien pronto imponerse, por la tenacidad de sus rehusas, y la sequedad despectiva de sus gestos, á toda tentativa de intimidades contaminosas, inclusive la de Monseñor Labial, por el cual ostentó siempre el más riguroso desprecio, apenas contenido por los respetos reglamentarios, de la buena educación;

no se dejó nunca mancillar por sus caricias excesivas, y, sin devolver el beso socrático de sus labios, no ocultó jamás la repugnancia que ese beso le inspiraba;

Narciso Labial, hubiera hecho todo, por desprenderse de él, pero la alta posición de su padre, y, el voto hecho á la madre muerta, lo detuvieron siempre, en vísperas de una expulsión, que hubiera deseado hacer sonora y solemne;

y, se resignó á guardarlo, con un temor secreto por aquellos ojos que todo lo escrutaban y, aquella sonrisa irónica, que parecía mofarse de todo;

y, su táctica fué aislarlo, aislarlo de todos y de todo, porque no convenía que aquella boca, que permanecía pura del beso socrático, hablara á los oídos adolescentes, que habían sentido el terrible soplo de la pasión mortal, pasar en ellos, como un divino viento de locura;

y, para ello, regó las más absurdas leyendas, sobre su conducta, y, sobre la depravación de sus costumbres; y contaba á los otros, bajo, muy bajo, cómo aquel adolescente apenas púber, frecuentaba ya las casas de mujeres públicas, y, había adquirido en ellas, enfermedades que podían ser contagiosas; y, todo eso lo decía paso, muy paso, en el mismo aire de Don Basilio, en « El Barbero » alarmando con esto la ignorancia incauta de aquellos que él quería apartar del trato del rebelde;

y, con ese pretexto, temeroso de que fuese una centinela, demasiado alerta en los dormitorios, lo relegó á una pequeña habitación, al

final de ellos, alegando que sus gestos y sus palabras eran demasiado atrevidos para los ojos y los oídos, tan inocentes de sus compañeros;

éstos, lo tomaron pronto en más miedo que aversión, miedo que aumentaba la vivacidad del carácter, y, la brutalidad agresiva de los puños de aquel *enfant terrible*, cuyo corazón era noble y fuerte, lleno de energías ascensionales, y, de ternuras secretas, que elaboraban en el secreto divinos sueños de amor, de una inmensidad difusa, como un cielo;

porque desde los doce años, Arcadio amaba, con un amor absorbente y serio, como todas las cosas de su corazón, á Dora Folchi, la segunda hija del Ministro italiano en aquel país, y, en cuya intimidad había crecido, por ser contiguas las casas de las dos familias;

y, Dora lo había amado, con esa sinceridad lánguida, con que el divino amor de la niñez da al sombrío corazón humano, profundidades de cielo, en que el resplandor de un divino azul, hace azules las almas y las cosas; y, es como una inmensidad, que corona otra inmensidad;

y, él, consolaba su orfandad, con esta limosna

de su Destino, que si no era el Olvido de la madre muerta, era, como una divina transfiguración de ese infinito amor inolvidable;

y, aquel amor, que había balbuceado en su niñez cosas tan tiernas, le decía en su adolescencia ya avanzada, las mil palpitaciones armoniosas, que la pasión hace sentir, y, bajo las cuales tiembla dulcemente el corazón, envuelto en una como dulzura blonda, dulzura de miel, suave como una caricia, de mil manos, tendidas hacia la desnudez de nuestro corazón;

y, como este amor absorbía su vida, era indiferente, cuasi ciego, á la atmósfera de fría hostilidad que lo envolvía en el colegio, como una vaporización de cosas bajas, que lo magnificaba á causa de su origen;

orgulloso, desdeñoso, voluntarioso, él paseaba su elegancia altanera, llena de cosas viriles, por el círculo afeminado de sus condiscípulos, no sin una gran piedad, por aquellas almas de niños, naturalmente buenas, que las debilidades maternales, entregaban á la deformación lenta de la educación clerical, cristalizada en las manos suaves y untuosas de Narciso Labial,

en las cuales las más raras liviandades, se abrían con un perfume de flor;

la soledad moral, es insoportable, á esa edad de la vida, en que por ignorarla, sentimos la necesidad de otro corazón á quien decir nuestras palabras, si es que no descubrimos ante él nuestros secretos, porque el silencio absoluto parece que anonada nuestros sueños y necesitamos hablar para constatar nuestra vida y revelarnos, y exteriorizar nuestros gestos mentales, sin lo cual nuestra vida interior, nos parecería una cosa ínfima, olvidada, casi muerta;

la juventud ignora el misterio encantador de la Soledad y del Silencio, y, necesita el prestigio de las cosas exteriores para expandir en él, el miraje de sus sueños, vagos é ilimitados, como el espacio; la mentira de la Vida la rodea; de la Vida, que es la Nada;

y, por eso, para huir de esa soledad Arcadio, tenía un amigo único: Juan Ulloa, un mozo campesino, ya rayano en los veinte años, fornido como un toro y tosco como una piedra, cuya figura y cuyos modales, desentonaban

enormemente, en aquel círculo de elegancias melifluas y actitudes, refinadas que era el internado de Narciso Labial, y, al cual, éste, se había visto obligado á admitir y lo tenía allí, porque siendo hijo de la más antigua de las amas de llaves, y, — sobrino por consiguiente, — del Obispo de Palestro, que había sido, su protector, en días amargos, no podía rechazarlo;

de una fealdad casi estorbosa y, de una rudeza primitiva desconcertante, Juan Ulloa, hubiera tenido que sufrir mucho del espíritu cáustico y burlón de sus condiscípulos capitolinos, si sus puños de jayán, no los hubiera desde el principio puesto á raya, cuando casi desquijaró á uno y estuvo á punto de saltarle un ojo á otro, en los primeros encuentros que tuvo que sostener para hacerse respetar;

desde entonces se le temía como á una epidemia, y, se le huía, como á tal; pusiéronle por mote *el Cólera*, y, el miedo y el desdén, lo aislaron, como si en realidad fuese el terrible azote;

Arcadio Méndez, se rebeló contra este abandono, y, se acercó á él, para consolarlo;

el corazón de un joven es ávido de afectos, ávido como la vida, encarnizada y mendiga y, Juan Ulloa, se encariñó tan terriblemente á Arcadio, que fué algo como su sombra, perpetua y cariñosa;

la indeleble aristocracia de maneras, y, la elegancia varonil, de Arcadio, no se creyeron mancilladas, con pasear los domingos, por las calles de la capital, con aquel estudiante burdo y campesino, á quien el uniforme del aristocrático Instituto, contribuía á hacer aún más desairado y casi ridículo;

y, esos domingos, que eran los únicos días de salida, esos domingos, que antes eran interminables, en la soledad y el abandono, los pasaba Juan Ulloa al lado de su amigo, paseando por la ciudad, ó refugiados en la casa de éste suntuosa y señorial, donde la sombra de la madre muerta, parecía velar por el hogar abandonado, y extendía, una como sombra de soledad, sobre las frentes pensativas de los huérfanos, especialmente de las tres niñas, tres rosas de dolor y de belleza, sobre las cuales el desamparo se extendía como un cielo, ese desamparo

moral, vasto como el espacio, esa forma de la Muerte, que se llama : la Orfandad; porque ser huérfano, es ya una forma triste de ser muerto;

y, en la soledad tan densa de esa casa, los dos jóvenes dialogaban, casi siempre en el cuarto de Arcadio, donde el retrato de la Madre, persistía en velar aún, con su mirada dolorosamente infinita, que parecía esparcir su espíritu, por todas partes, como un óbolo de su Misericordia, en aquellos corazones sin calor, que estarían solos para toda la vida, solos á causa de su muerte;

Arcadio, tenía el culto de su madre, que era para él, un goce íntimo, del cual aspiraba la grandeza y la bondad, en un infinito, que le llenaba el alma;

con una melancolía, superior á su edad, él, hablaba á Juan del amor de aquella muerta, que era todo su dolor, y, del amor de la viva, que era toda su esperanza;

le hablaba de Dora;

y, el otro, lo escuchaba dulcemente, beatamente, con una especie de ilusión en la mirada,

cual si por primera vez volviera sus ojos, hacia ese abismo de luz que es el corazón;

y, lo oía, como en una adoración, cual si adorase lo que aquél adoraba, y, el reflejo de los ídolos, tiñese dulcemente su alma, de una divina luz consoladora;

mirar la ventura de aquellos que amamos, es una suave manera de embriagarnos de esa dulce ventura que es la nuestra; el abismo de nuestro corazón, no se colma, pero se ilumina, al ver reflejarse en nuestra sombra, la aurora de otro corazón; y nuestras entrañas se estremecen; porque comprender el amor de los otros, es una forma de sentirlo;

y, sentados, el uno al lado del otro, Juan oía de labios de su amigo toda la historia de su amor cándido y triste, lleno del fuego casto de una pastoral amorosa; y, así supo, cómo se habían conocido niños, cómo se habían amado y se amaban aún, sin otra sombra, que una naciente oposición de la madre de ella, que por razones de familia, querría casar su hija, con un primo, recientemente venido como *ataché* á la Embajada, y, al cual por mutuo convenio de

familia, le estaba como prometida desde la cuna;

pero, todo esto, era un humo de paja, que se disipaba ante la voluntad tenaz de la niña, que había declarado su intención resuelta, de no sacrificar á ese ridículo pacto familiar, su corazón ya decidido é irrevocablemente dado, al amor sin violencias y sin tumultos que había llenado su niñez y, empezaba á llenar su adolescencia, embalsamándola con su perfume pasional, como un ramo de violetas, en la blancura difusa de una cámara de virgen;

el Embajador, apoyaba la actitud de su hija, ya por no violentar su corazón, ya porque hallaba un partido muy aceptable para ella, el de aquel joven rico, bello, sano, de una alta posición social, y llamado á un sereno porvenir;

el primo, no era pues, un peligro, así lo decía riendo Arcadio, leyendo las últimas cartas de Dora, que no le llegaban sino los domingos, porque en el colegio le era prohibido recibirlas;

y, se embriagaba de la ventura de esas car-

tas, que eran como un diario de toda la semana, en el cual el alma exquisita y delicada de la joven, vertía el caudal de sus ternuras, las emociones delicadas de su espíritu, y, eran como una serie de estados de alma, una colección de paisajes psíquicos, desarrollados en el fondo de su ser moral, á la luz velada y ardiente del divino sol de su inocencia;

y, Arcadio, devoraba esas cartas, repitiendo los vocablos cariñosos, con una rara intensidad de fiebre interior, agitado por ondas de sensibilidad, que lo hacían temblar como si tocaran todas las cuerdas ocultas de su organismo;

y, las leía á su amigo, que las oía extasiado, como si bañasen su alma, todos los esplendores de aquel amor, cuyas profundidades, veía sin comprender, como veía el cielo y el espacio, que lo rodeaban sin revelarle la significación profunda de su ser;

y, alzaba su cabeza adoradora, en la luz patética y misteriosa de aquel grande amor que se mostraba ante él, desnudo en la radiosa desnudez de las almas, que no tienen necesidad de ocultarse, porque no han visto el Mal, alzarse

del fondo de las profundidades, para devorar su corazón;

y, callaban á veces, como enfermos del mismo sueño, y, sus corazones latían al unísono, llenos de extraños estremecimientos, en una como tortura lenta y suave, que los hacía quedar inertes, cual si la sangre se escapase gota á gota de sus corazones;

y miraban casi sin ver, el jardín, que se extendía más allá de la ventana, en una calma religiosa, llena de cosas graves, dormido en su soledad odorante, en la austeridad pictural de sus senderos solitarios, sobre los cuales, parecía tender vuelos inciertos, el alma adolorida del paisaje;

libres de esas melancolías exquisitas, salían á las calles y, dábanse á vagar por ellas, como ebrios de luz y de libertad, orgullosos de su juventud sana y, fuerte, pletóricos de vida, sintiendo bajo el gran sol radiante, el hervor de sus pasiones animales, recorrer su cuerpo todo, en una sinfonía de deseos;

y, eran entonces las ojeadas ardientes, á las mujeres hermosas, que pasaban cerca de ellos,

y, el chicoleo galante y, tímido, y, el irresistible impulso de la sangre joven, que los hacía deslizarse en ocasiones, hacia alguna casa hospitalaria, donde apagaban la sed de sus pasiones, como dos toros jóvenes en el abrevadero plácido, á la hora del sol canicular;

á las cinco, que era la hora en que Arcadio iba á ver á Dora, Juan quedaba solo, de centinela en la esquina, esperando á su amigo, hasta que éste salía, y, regresaban al colegio, un poco tristes, como apesarados de no ser libres, silenciosos, en la hora en que el crepúsculo empezaba á envolver la ciudad en uno como vapor ideal de mansedumbre; y, la sombra de sus pensamientos, parecía dar á los cielos, como á sus almas, una mayor profundidad;

y, entraban á esa soledad moral de los claustros escolares, como dos presidiarios después de una tentativa de fuga fracasada, apoyándose el uno en el otro, llenos de una invencible repugnancia por los seres y, las cosas que los rodeaban, y, sintiéndose en medio de ellos, solos, enormemente solos, aislados en el culto

de sus pensamientos íntimos, en la hostilidad muda que los envolvía; engrandeciente y, agresiva como un desierto;

fué entonces que León Vives, llegó al colegio, y, quiso aproximarse á Arcadio Méndez, y entrar en su intimidad;

vano empeño de aquel pensamiento tenaz, dado á osarlo todo;

aquel niño, orgulloso y, viril, no se apercibió ó fingió no apercibirse de aquel vuelo de cariños bastardos que querían entrar en su corazón, y, tuvo por ellos, la indiferencia del cielo purísimo, por el vuelo de las alas torpes que se abren debajo de él;

y, cuando se apercibió, tuvo un placer brutal de rechazar aquella amistad advenediza que quería entrar en el santuario de sus secretos, y, sintió una aversión violenta, por aquel campesino intruso y, zalamero, que buscaba el calor de su corazón, con ondulaciones rastreras de reptil;

fué violento en su actitud, de una violencia insultante;

el orgullo de León Vives, — un orgullo

inconfesado, que nunca se revelaba, ni se rebelaba, — se empeñó más en el asalto de aquella intimidad rehusada;

y, fueron entonces las intrusiones lentas, y amables, las obsequiosidades zalameras, las atenciones obstinadas y serviles y, todo el arsenal de medios posibles para el asalto de aquella fortaleza moral, cuyo hermetismo y cuya altura, lo seducían como un imposible;

¡vano intento!

esas afinidades electivas, que forman el fondo de toda amistad verdadera, no existían entre ellos;

el corazón, más que el cerebro de Arcadio, veía lo que de miserable y, de espantable había en ese estercolero luminoso que era el alma de León Vives, y, lo rehuía;

la entraña profetisa, el Mago de las voces interiores, le decía: « Guárdate de ese asalto; no es la Soledad lo que espanta, es la compañía del hombre malo, sobre la tierra; huye de ella; la soledad es virgen, y, ella purifica con su virginidad; la amistad, la falsa amistad, es la gran prostituta, hecha á desflorar la candidez

de los corazones; ella tiene en sí el vértigo de todos los males; la soledad es una cumbre y, tiene la pureza de todas las alturas; pureza y luz; la sociedad del Hombre, es el peligro, y, la pendiente y el abismo: ... guarda la soledad de tu corazón; guárdalo para el Amor, que ya florece en él; guarda tu huerto de ternuras; huye al Tentador; »

y, oyendo la voz de su corazón, Arcadio, lo huía, no con temor, que es el gesto de las almas débiles, sino con desdén, que es el estado natural de las almas fuertes; y, como no sabía vivir en la Mentira, lo rechazaba brutalmente, haciéndole sentir bien, que no existía entre ellos, esa atracción del ser al fondo de otro ser, que forma la amistad de los corazones;

el hombre que lleva la Sinceridad en su corazón, es como si hubiese robado una estrella: morirá de su tesoro; porque la Sinceridad, es una de esas formas de Superioridad, que los hombres no perdonan; la Sinceridad es una desnudez de alma, que deslumbra al mismo sol; por la virtud de la Sinceridad, el corazón se cambia en astro; y, tiene que sufrir el odio

de las orugas ; pero; ¿quién escapa á su Destino? ¿quién?... la Vida es una intemperie ; y, el único día feliz de la Vida, sería aquel en que no hubiéramos vivido ;

el gesto luminoso de la Amistad, ese gesto que abraza y que confía, que hace á dos almas refugiarse la una en la otra, apretadas y medrosas, como dos niños huérfanos á la sombra del mismo muro, viendo crecer la noche ; ese sentimiento tan dulce, tan silencioso, que hace temblar dos vidas con el mismo estremecimiento, mezcladas la una á la otra en las dramáticas peripecias de una fraternidad sin nubes, y tiene la fuerza de apaciguar, y, hacer felices las horas y los días ; ese gesto ascensional hacia todas las abnegaciones y, todos los sacrificios ; ese gran vuelo de todas las purezas tiernas y heroicas, no puede hacerse, en la miserable sombra de la Vida, sino entre dos almas gemelas ; he ahí por qué la Amistad, es, más santa y más fuerte que el Amor ; el Amor, es siempre un gesto de sexualidad, cualquiera que sea la veste con que se le cubra ; y, la Amistad no tiene sexo ; es insexual, como

un astro; la pureza, es, la negación del Amor; Amor sin el Deseo, no es el Amor; y, la Amistad, es, un gran gesto de pureza, que tiene necesidad de afirmarse por el desinterés; es la Gloria del corazón; luminosa, como el Amor, pero sin la sola sombra de un Deseo; el Amor, cualquiera que sea el misterio de que se le revista, es el gesto de un cuerpo hacia otro cuerpo; la Amistad, es el gesto de una alma hacia otra alma;

y, el gesto luminoso de la Amistad, necesita almas que sean iguales, para resplandecer en ella, como un sueño que busca el alma de otro sueño para recorrer un cielo sembrado de estrellas; he ahí por qué la Amistad, es más rara y, más fuerte que el Amor; porque es más pura; y, la pureza, forma la fuerza y la belleza del corazón, como la del diamante;

ese gesto de armonía completa de dos almas, no podía existir entre seres tan desemejantes, como Arcadio y León, dos almas antípodas, á quienes separaba todo el mundo moral del Sentimiento;

pero, León Vives, no se daba por vencido

ante el desdén tenaz, de aquella alma viril y voluntariosa, que se rehusaba obstinadamente, y, á veces con brutalidad;

y, el esfuerzo de su tenacidad, tuvo por mucho tiempo los heroísmos propios del cariño:

y, no se fatigó, meses y meses de seguir á Arcadio, por doquiera, siempre y, á todas horas, en la clase, en la calle, en el recreo; invitábalo á paseo, uníase á él en la calle, aguardábalo en balde los domingos, en los almuerzos ó los tés, con que Monseñor Labial, obsequiaba á sus discípulos preferidos; no lo vió venir jamás; y, habiéndole preguntado alguna vez á éste, el por qué, de esa ausencia, le respondió con esa desconcertante sinceridad, que era un cinismo:

— Ese, no es de los nuestros; es un tonto...

y, al oído le dijo, algo, que hizo grave al Maestro, y, dejó extrañamente soñador á su discípulo;

su deseo de Amistad, se hizo aún más agudo, ante aquel joven, que al decir de su Maestro, ya conocía el Amor, y, lo practicaba, pese á las rigurosas prohibiciones del Cenáculo;

su psicólogo-manía, se hacía exasperante, ante el deseo de conocer aquella alma, — tan exótica en ese medio, — el cual á pesar de sus complicidades, él, ya empezaba á despreciar;

y, sentía, no ya el deseo, sino la necesidad de entrar en aquella alma, de hacerla suya, explorarla, poseer sus secretos...

así, no perdía ocasión de mezclarse á los círculos en que Arcadio conversaba, insistiendo siempre en tomar parte en esas conversaciones;

y, un día en que Ovidio de Rentería, con su atolondramiento habitual, hizo en un círculo de amigos, en que estaba Arcadio, alusión á los amores de éste, León Vives, creyó llegada la ocasión para intervenir preguntándole;

— ¿Cómo se llama tu novia?

Arcadio, lo miró fijamente y, con voz agresiva, le dijo:

— Eso, ¿qué te importa á ti? ¿es que yo te he preguntado alguna vez, cómo se llamaba tu padre?

León Vives, palideció bajo el insulto, y, calló;

y, un rencor sordo se apoderó de su corazón: ¡Ah!, conque ya sabían la obscuridad de su origen!... y, ese rencor se tornó todo contra

Arcadio Méndez, con una fuerza tan grande, como la de su pasión anterior por acercarse á él; y, fué desde aquel día el ojo avizor de sus menores acciones, la voz acusadora y delatora, cerca de Narciso Labial, y, no se detuvo en nada para calumniar á aquel, que había proclamado su bastardía, en presencia de sus amigos; la amargura de su alma le sugería las más atroces ideas; y, eso duró por meses y meses; esa tarea cobarde de su odio;

y, he ahí, que un domingo, habiendo seguido á Arcadio y á su amigo, los vió entrar en una casa, que él, calculó ser una de lenocinio, y, habiendo averiguado que sí lo era, esperó á que salieran, oculto en una puerta vecina;

al salir, Arcadio, fué el primero en apercibirlo, cuando trataba de evadirse, y, lo llamó;

León, se detuvo, pálido de miedo, tendiendo sin embargo, sonriente, la mano á sus amigos:

— Nos espiabas, eh? le dijo Arcadio. Anda á contar á Monseñor Labial, lo que has visto. Anda. pero, toma;

y, uniendo el gesto á la palabra, por dos veces le abofeteó la cara;

León Vives, cayó al suelo, y, se levantó un momento después, con el rostro ensangrentado;

Arcadio, quiso repetir el golpe, pero Juan, se lo impidió, llevándolo lejos;

aquella misma tarde, todo en lágrimas, León Vives, contó á Monseñor Labial, lo acontecido, añadiendo que no podría volver á su casa, mientras Arcadio Méndez, estuviese en ella;

esto, era superior á las fuerzas del Prelado, que no se resignaba á esa ausencia, estando, como estaba, en ese momento con respecto á León Vives, en uno de esos accesos de afección loca, que lo adherían terriblemente á sus discípulos;

esa noche al regreso de Arcadio, hubo una escena terrible entre los dos;

Monseñor Labial reprochó á éste, su conducta en términos vehementes, y, cuando lo acusó de frecuentar las casas públicas, Arcadio le respondió:

— Yo, no hago sino cambiar de lugar, porque ¿qué cosa es esto sino un lenocinio al revés?

Narciso Labial, temblando de coraje, avanzó sobre el joven para castigarlo;

éste retrocedió, y, tomando una gran regla de madera, que había sobre la mesa, se defendió con ella;

á las voces de Labial, acudieron sus discípulos, y, las gentes del servicio, que se interpusieron, evitando mayor escándalo;

— Vete de aquí, asesino, excomulgado, que has alzado la mano contra un sacerdote. Vete, yo, te expulso. Y, la Iglesia también te expulsa de su seno.... gritaba el Maestro;

y, diciendo esto, se echó á llorar, con un temblor de nervios, hasta caer en acceso histérico violento;

la noticia de la expulsión de Arcadio Méndez, fué un gran escándalo, para aquel círculo de familias adineradas y religiosas, donde Narciso Labial, era como una especie de Papa, y su Internado, un lugar de exquisita distinción;

el padre de Arcadio, hombre serio y de intelecto, no tuvo ningún reproche para su hijo, y, antes bien, vió con gran placer, aquel acontecimiento que lo libertaba de seguir cumpliendo, el voto de una muerta, y, cuando escuchó la relación de lo que pasaba en el internado, la rabia

y, el desprecio se disputaron el imperio de su ánimo, y, tuvo piedad, una gran piedad, por esa sociedad y ese país, donde la educación clerical, envenenaba y agotaba la raza, en las más puras fuentes de la Vida;

pero, no pensó así la madre de Dora, que aprovechando esta ocasión buena para sus planes, prohibió terminantemente á su hija, toda relación, con aquel joven, cuyos vicios lo habían hecho expulsar del mejor colegio de la Capital, y, que había osado alzar su mano sobre un sacerdote, y, estaba así bajo la doble excomunión de la sociedad y de la Iglesia;

por mucho que fuese el pudor de la virgen, su instinto adivinó las causas de la expulsión, y, se sintió herida en su amor propio de mujer; y, como su religiosidad era aún mayor que su pudor, llegó á concebir un verdadero horror, por aquel cuya mano sacrílega, se había alzado contra un Ministro del Señor;

Monseñor Labial, temiendo las delaciones del joven, que ya empezaban á trascender en público, trató de limar asperezas, negando haber sido agredido por su discípulo, pero, era tarde;

ya la excomunión social estaba dictada; todos los padres de familia prohibieron á sus hijos, andar con aquel que era á sus ojos como un leproso moral, y, el saludo le fué negado aun por aquellos de sus condiscípulos que le eran más cercanos;

su padre, pensó en mandarlo á Europa, pero él, sin valor para separarse de aquella que era todo su amor, pidió una tregua, creyendo desarmar á aquella alma cándida, á quien el fanatismo había ya inficionado con su virus de odio intransigente;

Dora, fué inflexible, y, el matrimonio, con su primo el *attaché* de la Embajada, fué pronto una cosa resuelta;

ante este naufragio absoluto de los más nobles sueños de su vida, Arcadio quedó como anonadado;

los ojos maternales, que lo miraban clementes desde el fondo del retrato, lo vieron largas noches insomne, sollozar amargamente;

y, en una amargura sin acritud, escribió largas cartas á su Amada;

todas le fueron devueltas sin ser leídas;

y, entonces, sintiendo así marchitas, todas las flores de sus sueños, desencantado en la precocidad de su corazón repleto de ternuras, lleno de locas laxitudes y de un mudo horror á la Vida, pensó en la Muerte y, en su serena paz;

y, el mismo día, de los esponsales de Dora, al pie del retrato de su madre, se quitó la vida, en un esfuerzo heroico hacia el Olvido y, hacia la Nada;

la sociedad fué inflexible con el suicida;

pero, Narciso Labial fué generoso; él, llevó á sus discípulos hasta el cementerio acompañando el cadáver; y, allí en la última morada, León Vives, fué encargado de decir el último adiós, á aquel que había sido el amigo y el compañero de todos;

su emoción fué tan grande, que los suspiros y, las lágrimas ahogaban su voz; y, mientras su corazón cantaba un himno de alegría por la desaparición de aquel que lo había ultrajado, su voz temblaba, al decir « ¡ adiós ! hermano mío »; y, sus ojos eran un río de llantos;

ese muerto era suyo; él, lo había matado; ¿no era esa muerte, una victoria suya?

La delicada mano prelaticia de Monseñor Labial, abriendo las puertas doradas de los grandes salones aristocráticos de la Capital, á León Vives, le había abierto por consiguiente, la primera de todas, la de la opulenta familia de los Rentería y, lo había introducido al seno de esa familia, donde había conocido á la exquisita y triste Magdalena de Rentería, la virgen epiléptica, que era como la flor enferma del agotamiento de una raza; rubia y pálida, como una evocación ossiánida; con ojos azules, en cuya infinita transparencia, parecía divisarse ya el alba naciente de la Idiotia; tarda en su desarrollo y en su palabra; cuasi nula en su mentalidad, sobre la cual el terrible mal, extendía ya sus sombras lejanas é intangibles, que el tiempo haría inexorablemente negras como la

Noche; y, sin embargo, deliciosa aún, en su delicadeza de arco-iris, en la nieve impoluta de sus quince años, en su suave florecer de lirio, como una flor fantasma, alzando su cáliz de nácar, sobre una agua azul en soledad;

el hombre práctico que había en él, se había despertado súbito ante aquella aparición, con el instinto del carnicero ante la presa;

aquella niña enferma, abúlica, cuyos ataques de epilepsia, la sumían horas enteras en convulsiones y, en letargos, destinada á un fin prematuro, adorada de su familia, nacida en alta alcurnia y heredera de millones, ¿no sería la mejor presa que el Destino, podía poner entre sus manos?...

sí; era su Destino, quien alzaba á la vera de su senda, aquella encantadora flor de neurosis, tan joven y tan pálida, inconsistente y fugitiva, como una visión de luna;

y, lentamente, cautamente se dió á cultivar su sueño, sembrando su imagen en el fondo de aquella alma enferma;

y, vió con placer, cómo á sus palabras, el Amor crecía como un pámpano cristalino, en la

viña de aquella alma virgen, que temblaba en el estupor inmenso de la Vida, ante la acre noche que la esperaba;

y, procedió arteramente, sigilosamente, celando á todos, aquella aventura de amor en la cual fincaba todo su porvenir y su fortuna;

é impuso su voluntad y el silencio, á aquella niña, débil como todo neurasténico, y, que ya sufría su terrible influencia, con la mansedumbre de una hipnosis, y, la resignación de un niño enfermo, que se duerme en las rodillas de la Muerte;

y mientas tanto, frecuentando esa sociedad, admitido como familiar, en los grandes salones de la aristocracia, se ocupaba en estudiar de cerca el jardín de los privilegiados, el mundo de los arrivistas, hechos amos por el poder del tiempo y el del oro;

y, veía allí, el áureo fulgor de los grandes banqueros, los grandes plutócratas, los amos de las finanzas y del país, exuberantes en la ociosidad, felices en su grandeza de larvas financieras en aquella larva de República, raza agotada por el lujo y los placeres, que se expandía y se per-

petuaba penosamente, en una generación de amables cretinoides, con todos los estigmas de la degeneración, pronta á desaparecer ante el advenimiento y el empuje de razas más fuertes, surgidas del fondo del pueblo, ó venidas de más allá del Septentrión, empujadas por el huracán de la Conquista;

y, los observaba con tenacidad, encariñándose é interesándose en el estudio de esas figuras, que venían á enriquecer su Museo mental, y, su caudal de observaciones, en relación á esa sociedad, representante de un pasado obscuro, que él se empeñaba en reconstruir, sobre esos especímenes sobrevivientes, de su vieja osatura ancestral; y, se daba con placer, á ese *cuvierismo* sociológico, muy querido á la disciplina espiritual, en la cual se preparaba, para el sueño interior de su Dominación;

la ascensión armoniosa de su espíritu en torno de ese Enigma vivo, de ese algo indescifrable que es el Hombre, no se detenía allí sino que se ocupaba en verlo evolucionar, en ese otro medio social, en que sus reducidos recursos pecuniarios, lo obligaban á vivir : la

posada de doña Casilda, que á cada mes y, á cada año, se poblaba de nuevos moradores;

allí continuaba en ver á sus anchas, producirse y, gesticular, el proletariado intelectual y político, que subía rumorosamente como una marea, á veces taciturna, á veces tumultuosa, si un soplo de huracán pasaba sobre ella;

aquellos peregrinos de las provincias, llegados á la Capital, con el deseo de conquistarla, tenían toda la variedad y, el multicromismo, de las razas, que poblaban, aquella República versicolor y pintoresca;

había negros enormes, venidos del litoral, hercúleos é indolentes, con ademanes simiescos, y, gritos estrepitosos, labios desmesurados y ojos tristes, llenos de una nostalgia de búfalos prisioneros; eran inteligentes, rumorosos, dispuestos á la elocuencia populachera, y, á la versificación fácil y, quejumbrosa de las razas primitivas;

los había, indios, amarillos y taimados, con color de viejos ídolos de hueso, cabellos lacios, y, ojos casi oblicuos, de pura raza mongólica; éstos, eran silenciosos, socarrones, dados á po-

cas palabras, como si hablasen aún los dialectos monosilábicos de sus antecesores; tenían gestos lentos de raza esclava, y, bajo una aparente mansedumbre de rebaño, ocultaban el desmesurado orgullo, y, la terrible duplicidad, que son como los caracteres específicos de la raza;

los había mestizos, de español y, de indio, de la neta raza criolla, que poblaba casi todo el país, bellos especímenes de moros, que se dirían arrancados á un lienzo de Doumier, con largas cabelleras onduladas y, feroces ojos de llamas, que parecían soñar aún, en el estupor de los mirajes orientales; figuras de guerreros mogravitas, ó pajes jóvenes de la corte de un Sultán; en algunos de ellos, en los cuales, el caudal de la raza conquistadora era más pura, había perfiles dignos del Grecco, y, tipos nobles, que habrían estado bien en la Corte de un Felipe; de ellos, unos y, otros, tenían gestos acentuados pero sin ímpetu; actitudes calmadas, y, una cómica gravedad, rayana en lo ridículo;

á sus ademanes pedagógicos, unían una

voz lenta de cátedra, con la cual querían imponer la autoridad de sus ideas, cual si el viejo ritmo de la sangre inquisidora, se agitase y subiese por sus venas jóvenes, en un sordo tumulto de dominio;

las discusiones en la mesa, que versaban todas sobre política y filosofía, asumían á veces caracteres amenazantes, y, llegaban á un grado de tumulto enloquecedor;

si en el círculo de Monseñor Labial, León Vives, era escuchado con respeto, por su posesión del francés, del inglés y del latín, y, su conocimiento de cosas eclesiásticas, en aquel otro círculo, era oído con interés, porque se le sabía paradógico y, mordaz, indagador y atrevido, lleno de un caudal de erudición no despreciable;

se le zahería rudamente, por su clericalismo militante, se le burlaba siempre, se le apostrofaba de continuo, más que todo con el fin de hacerlo hablar, porque gozaban en escuchar sus paradojas corrosivas, como un ácido, sus apotegmas cortantes como una espada, su dogmatismo orgulloso, sus veredictos implacables so-

bre los hombres y, las cosas, dichos con esa voz opaca y rechinante al propio tiempo, que producía la impresión del ruido de una lima rompiendo un metal precioso;

se le oía con placer, se le contradecía con vehemencia, y, se le hacía enmudecer siempre bajo la mofa y, el sarcasmo;

las burlas más crueles, le estaban siempre reservadas; y, completamente engañados sobre el fondo de aquella alma, inviolable y, taciturna, creían mortificar su espíritu religioso, diciendo delante de él, las más horribles blasfemias, y, creían ajar su castidad, contando en su presencia, las más nauseabundas, escenas de la crápula;

y, él los oía, ora al parecer displicente, ora fingiéndose enojado, pero, gozando, en el fondo, y, despreciando altanero, esas mentalidades que él veía tan inferiores á la suya, llenas de hábitos mentales caídos en desuetud, fieles á modos y estilos filosóficios, poco menos que abolidos, y, creyéndose sin embargo innovadoras, trascendentales, y, llamadas á hacer una Revolución, con hombres, con méto-

dos, y, con ideas, ya entradas en decrepitud;

¿qué podían ser, qué podían significar, ante sus ojos de águila, hechos á dominar los horizontes de la Historia, y, remontar la corriente obscura del río vertiginoso de los tiempos, esos núcleos de hombres, que aspiraban á regenerar una sociedad, y, seguían creyendo en Dios, en la Familia, en el Estado, en todas las formas de la Esclavitud, que hacía tanto tiempo, él, había abolido ya de su cerebro?...

y, gozaba en anotar la multiplicidad de esos fenómenos, y, en constatar la autenticidad de esos datos, sobre el enorme *documento humano*, que así se exhibía á sus ojos, en sus constantes saltos de simio, empeñado en creerse dios;

y, quedaba á veces inmóvil, pensativo, ante ese obscuro miraje del corazón humano, tan voluble, tan frágil, y, tan ruin;

y callaba, y, parecía no tener ya palabras, como si sintiese la inanidad de las cosas dichas, como la inanidad de esa cosa inexistente, enloquecida de Esperanza y de Imposible, que es la Vida;

y, al verlo silencioso, sus contrincantes, lo creían vencido, y, reían de él;

— Habla, Juana de Arco, habla, le gritaban.

— Habla...

— Virgo fidelis...

— Virgo veneranda...

— Predica, le decían...

— Virgo prædicanda, Virgo prædicanda, le gritaban en coro;

y, él reía, reía sin cólera, en un sincero gesto de desdén; era una risa que desbordaba, como la baba que se escapa la boca de una víbora;

pero ¡ay! la leyenda de esa virginidad se había roto estrepitosamente, en un tumulto de jocundia, una mañana, luminosa, en que uno de los estudiantes teniendo necesidad de un libro, entró á la habitación de León, para pedírselo;

contra su costumbre, porque era un madrugador, León, dormía á pierna suelta, y, á su lado, medio desnuda, la más joven sirvienta de la casa, dormía también;

la luz del alba, caía sobre sus cuerpos ágiles y robustos, cuasi desnudos, en la actitud de un

vencimiento glorioso, envolviéndolos en la túnica trasparente de sus rayos, que más servía á denunciarlos que á cubrirlos;

el estudiante, salió sigiloso, en puntas de pies, y, fué á avisar á sus compañeros;

bien pronto, éstos estuvieron levantados y, acudieron gozosos, ansiosos del espectáculo que les esperaba;

entraron todos, sin ser sentidos, y, rodearon el lecho;

uno de ellos, dando una recia palmada, en las asentaderas, descubiertas de la criada, le gritó:

— Álzate, Narcisa!

— Levántate, Monseñora!

y, mientras, con grandes risotadas, todos hacían coro, á la sangrienta alusión, otro haciendo igual caricia, en idéntica parte, á León Vives, le decía;

— Juana de Arco, empuña tu estandarte;

— Álzate, ex Virgo Infidelis;

y arrojaban sobre el lecho, todos los azahares, de que habían despojado, en un minuto los árboles del jardín;

los dos dormidores, abrieron los ojos asustados;

la sirvienta ocultó el rostro entre las manos y se puso á llorar;

León Vives, se tiró del lecho, y, recibió impasible, el baño de agua fría, que sus amigos le propinaban, gritándole :

— Purifícate, purifícate!

— Virgo Prædicanda!

— Virgo Veneranda!...

— Ora Pro Nobis...

— Ya no hay cielo, decía otro falsificando el texto, mientras la maritornes escapaba, ante la ducha fría, y otra de algo menos puro que se le echaba encima;

había en esa manifestación, mucho de gozo y mucho de despecho; de gozo, porque la caída de León Vives, los satisfacía enormemente; de despecho, porque todos ellos, habían, en vano requerido de amores, á esa niña campesina, de poco llegada á la casa, que había permanecido hasta entonces, sorda á todo requerimiento de Amor;

¿cómo León Vives, que no la hablaba nunca,

y, parecía no verla siquiera, había logrado, tan completo triunfo?

ignoraban que mientras ellos, íbanse de noche, á picos pardos, en aventuras equívocas, León, permanecía en casa para rezar el rosario con la Señora, jugar una partida de cartas, y, andarse al lecho temprano, según era su hacer habitual;

y, en este rezar de los rosarios, y, decir de las letanías, entre un misterio gozoso y otro doloroso, sus manos no andaban quietas, y apurruñaban, por aquí y, pellizcaban por allá, no dejando la camándula de la una mano sino para hacer con la otra esas silenciosas manifestaciones de su piedad;

doña Casilda, que aún no era vieja, jamona bien conservada y apetitosa, más que rica de carnes, exuberante de ellas, coloridas las mejillas y opulentos los cabellos, era con sus curenta años ya sonados, aún tentadora y apetitosa, sobre todo para el gusto joven, que ama estas frutas ya maduras, fáciles de devorar, y jugosas de habilidades y, pericias, y había sentido la mirada untuosa de León, implorarla

entre prez y prez, con un seráfico arrobo, y, alguna vez en sus rotundidades, la mano tentadora, sin protesta;

estos rezos y estos tocamientos se hicieron habituales, y, entre novena y, novena, baraja y, baraja, pedaleos bajo la mesa, y, una que otra copilla antes del sueño, la intimidad se había establecido, la jamona se había incendiado, y León, huyendo hoy, aproximándose mañana, entre temeroso y audaz, se había dejado seducir, y, una noche había caído en el lecho y, en los brazos de su patrona, no sin llorar al despertarse, por aquel pecado, que le arrebataba, con su flor natural, todas las probabilidades de gozar el paraíso;

la Señora, lo consoló de lo mejor posible, mejoró en mucho sus alimentos, le hizo cocina especial, y, fué una querida maternal, llena de prevenciones y cuidados;

León, se hacía de rogar, siempre por motivos de conciencia, para satisfacer los ardores, ahora más despiertos, de la viuda, pero, accedía al fin, no sin hacerle serias considera-

ciones sobre los horrores del pecado y, las necesidades de la enmienda;

y, ya iban muchos meses transcurridos de esta ligazón, cuando estalló el escándalo de la criada, aquella mañana fría, en que los dos amantes fueron bañados y burlados tan estrepitosamente;

León resistió impávido, el chaparrón de aguas y de burlas, y, habiendo logrado medio vertirse, decía á sus compañeros...

— Siempre me habéis inspirado mucho desprecio, y, ahora venís, á confirmarlo. ¿Qué me criticáis? haber hecho lo que vosotros, no sois capaces de hacer;... vosotros, sois los teóricos del Amor; tenéis el sexo, en la boca.

— ¿Es una alusión á Narciso Labial? interrumpió uno.

— Envidioso, dijo León Vives, desdeñosamente, y sus labios se distendieron en el más ultrajante gesto, que quiso ser una sonrisa.

— ¡Viva Hermafrodita! gritó uno.

— ¿Victoreas tu raza? le dijo León. Se ve que tienes antecesores en la Mitología. Pero, todo degenera hasta el atavismo. Hoy, tus parientes, no se llaman así...

gravemente, solemnemente, como para anonadarlo, un estudiante de Medicina, ya casi Médico, que ocultaba su nulidad, bajo unas barbas capuchinas, y, unos lentes impenetrables, mugió :

— Estamos convencidos, que tú, no respétas sexo...

— *Tú lo dices*, le respondió León Vives, fríamente, pero no con la mansedumbre, con que el Cristo dijo esas palabras, y, añadió luego, con un cinismo glacial, que quiso hacer gozoso;

— ¿ Es una delación ? ¡ qué indiscreto ! Hubieras debido guardar mejor nuestro secreto. Yo me declaro culpable de un delito contra la Estética. Pero, viéndote esas barbas, yo, pido que se me declare Héroe ; y, rompió en una carcajada estridente ;

ante el ultraje sangriento y calumnioso, tan firme y, desvergonzadamente hecho, el hosco cachorro de Galeno, se puso fuera de sí, erizáronsele barba y melena, gruñó un insulto feroz, y, aferrando un largo bastón, se abalanzó sobre León ;

los amigos, á quienes, comenzaba ya á diver-

tir aquel pugilato de palabras, se interpusieron, y, se armó con ese motivo, un verdadero Cafarnaum, cuyo vocerío se escuchaba hasta en la calle;

doña Casilda, que estaba en misa, regresaba en aquel instante, y, asustada ante los grupos de gente, parados en el portón y al pie de las ventanas, temiendo alguna desgracia, entró precipitada, hasta el aposento donde los estudiantes pugnaban por arrancar á León, de manos del Médico, que al fin había logrado asirlo por el cuello, y, amagaba estrangularlo;

la Señora se interpuso entre ellos, y, logró libertar á León, y, calmar un tanto los excitados ánimos;

cuando quedaron solos, la Señora, miró, fijamente al culpable;

de aquél se desprendía, tal aire de abatimiento, que daba pena verlo;

cruzaba las manos sobre el pecho, y, los ojos, tenazmente fijos en el suelo, húmedos de lágrimas, que hacían aun más triste, el gris autumnal de sus pupilas, así como un cielo del cual hubiese llovido mucho;

su actitud lamentable, era como para desarmar cualquier corazón, que no fuese el de una mujer celosa;

doña Casilda, se había dejado caer sobre el sofá, y, permanecía inmóvil, cual si hubiese perdido la noción de todo movimiento, pero, en el colorido vivo de su rostro, en el resplandor de sus ojos fosforescentes, y, en el temblor vibrante de sus labios, que se rebelaban al silencio, se veía bien la tormenta de su vida interior, pronta á estallar;

ella, también lloraba, pero sus lágrimas atestiguaban toda la energía expresiva de su rencor;

en los amores, desprovistos de todo valor espiritual, no es la tristeza, sino la cólera, la que domina, en la hora de las grandes crisis; es el ser inferior, el que se revela, airado sobre las ruinas de la sexualidad;

ese ser fatal de pasión y de Muerte, que es la mujer, esa rica fuente de lujurias y, de dolores, que es su cuerpo, se veía en toda su miserable desnudez moral, en aquella querida ya madura, ávida de caricias, ahora celosa y, entristecida

ante aquel ser joven é imberbe que había devorado con sus besos :

— Mírame, mírame, si te atreves, dijo al fin ella, con una voz que estrangulaban los sollozos.

— ¿ Por qué no ? murmuró él, levantando sus ojos cándidos para mirarla fijamente, con la tristeza miedosa, de un niño castigado, que tiende los brazos al cuello de la madre ;

aquella mirada, precipitó el río de los reproches, en la boca de doña Casilda, y, se escaparon en vibraciones violentas, en las crispaciones móviles de la cólera desbordante ;

León, seguía todos esos actos, todas esas palabras, en la actitud desolada, de un reo, que vé gesticular á un Juez ;

doña Casilda furiosa le gritaba :

— Explícate, defiéndete...

— ¿ De qué ?

— De lo que has hecho. De lo que acabo de saber...

— ¡ Ah ! ¿ tú también me calumnias ? ¿ tú también crees ?... ¿ quién entonces, me protegerá contra mis enemigos ? ¡ Estoy, solo ! ¡ Estoy solo ! ¡ Dios mío ! gimió León en tal acento de

desolación que ultrapasaba el eco de todos los dolores...

y, como si hubiese sido tomado de un terror instintivo ante sus enemigos, hechos visibles, continuaba en gemir :

— ¿Tú también? ¿tú también?; y, lo decía con una vivacidad nerviosa, que se esforzaba en hacer patética ;

la viuda, lo miró en el rostro, como desconcertada ante aquella actitud, con ese mirar inquieto y, tierno á la vez, de los seres que no piden sino ser convencidos, y, con esa voz, infantil y ceceante, que las mujeres maduras, usan con sus amantes jóvenes, y, que las hace tan lamentablemente ridículas, continuaba en gemir, muy paso :

— ¡Ingrato! ¡Ingrato!

y, á través de sus lágrimas, fingiendo no verlo, devoraba al joven, con una de esas miradas voraces, que son como una larga caricia, furiosa y centuplicada ;

él, previéndola vencida, se inclinó hacia ella, dobló una rodilla en tierra, tomó una de sus manos que aún eran bellas, y, yacían inertes,

como dos rosas tristes, abandonadas sobre la negrura del traje, y, la besó suavemente, lentamente en un largo beso ultrasensible, paseando sus labios, llenos de fluido carnal, á lo largo de los brazos desnudos, hasta el codo, apoyando la boca dulcemente, tenazmente, cual si lamiese la forma esbelta de las venas azulósas, mientras con su otra mano inquieta y nerviosa, acariciaba los senos protuberantes, hasta hacerlos saltar fuera, rotos los agrafes del corsé; y, se prendió á uno de ellos, como un mamantón hambriento...

doña Casilda había cerrado los ojos, temblaba bajo las caricias, ahogada en los estremecimientos de una voluptuosidad insaciable;

León, que como todo casuísta y teólogo, conocía bien, el animal Hembra, y, sabía del solo poder que lo doma, ascendió en la vagancia de sus labios hacia el cuello fuerte y carnoso que martirizó suavemente, y pasó su lengua felina por los lóbulos rojos de las orejas, y, por la nuca hasta perderse en las profundidades selváticas de los cabellos perfumados...

y, después, con la precipitación y, el encarni-

zamiento de una ave carnicera, se abalanzó sobre los labios, y, se los besó vorazmente, furiosamente, mordiéndoselos con furia...

y, la poseyó, con una violencia animal, en una crisis de lujuria exasperada, que venía de lo más profundo de su ser...

la viuda no se defendía, y, ella también, loca de caricias, besaba la cabeza pálida, que la emoción, hacía aun más bella, y, los cándidos ojos mentirosos, que aun en aquel instante tenían una vaga expresión de castidad; y, sollozaba delirante, ebria de aquel amor, que la hacía tan felizmente vil;

la magia del placer, que doma todas las mujeres, domó á doña Casilda, que vuelta en sí, ya no hizo ningún reproche;

entonces, él, le contó, cómo había sido víctima de una conjura de los estudiantes, que habían sobornado á la criada, para que se pasase desnuda, desde el lecho de uno de ellos, en donde había pasado la noche, al lecho de él, que estaba dormido, y, que había dejado su puerta sin cerrar, inocente de lo que se maquinaba contra su reputación; y, era así, como

habían entrado luego, y, hecho aquel escándalo solo para deshonrarlo, para perderlo, para arruinarlo moralmente...

ahora, ya no podía quedar en esa casa, en poder de sus enemigos, expuesto á sus ultrajes; con la muerte en el alma, él, se iría de allí, buscaría otra casa más seria...

á la sola idea de la separación, doña Casilda tembló. ¿Irse él? ¿abandonarla? ¿á dónde iría el querido niño, en esa ciudad llena de tentaciones? ¿á dónde? Ah, no. Eso no. Primero pondría en la calle, esa ralea de estudiantes; primero se arruinaría;

y, lo abrazaba, diciéndole cosas apasionadas, temblando todavía, bajo lá impresión de las caricias recibidas;

León, la agradecía, con una pálida sonrisa sobre la boca fatigada, pero callaba, sin retirar su amenaza de partir;

ese silencio, exaltaba á la viuda, que en su fantasía, se veía ya abandonada, sin aquel acre é intenso placer animal, de devorar á un joven, que es el más bello sueño de las mujeres, en el tramonto de la edad;

y, abrazándolo con violencia, besándolo con ternura, como para arrancarle dulcemente de los labios la raiz de la promesa, le imploraba para que no partiera;

León, se dejó convencer al fin, y, convino en quedarse, pero, á condición, que inmediatamente se despidiera la criada cómplice, se pusiera en la puerta al Médico barbudo, que quería matarlo, se le cambiase la habitación, por otra más reservada, y, se le sirviesen aparte sus comidas; él, no quería nada con los estudiantes;

doña Casilda, no se lo hizo decir dos veces; antes del anochecer, la sirvienta había sido despedida, el Médico puesto á la puerta de la calle, por doña Casilda misma, que tomó en esa ocasión, actitudes de fiera; León, que guardaba cama, por miedo al Médico, fué trasladado á una habitación cerca de la Señora, y, que hasta entonces había sido salón, y se resolvió que tomaría sus alimentos, con la patrona misma, para evitar escenas en la mesa;

el concubinato, se hizo así, aun más estrecho, pero siempre oculto tenazmente por la in-

superable habilidad de León, que por nada abdicaba la aureola seductriz de su Virtud, pues fué inflexible en asegurar ante todos, que el asunto de la sirvienta, había sido organizado por sus enemigos para perderlo; y, en cuanto á sus relaciones con la patrona de casa, las negaba ostensiblemente;

« yo soy católico, decía él, á los que lo bromeaban acerca del cariño extremado con que lo distinguía la Señora; soy católico de cerebro y de corazón. Mi catolicismo, no es, como en muchos, un gesto externo, que tiene más de hábito que de creencia. No, en mí, es una convicción interior, honda y profunda. La Religión, es, en mí un sentimiento y, un pensamiento á la vez: ocupa todo mi Yo; Soy, un ser religioso por temperamento. De ahí mi castidad que vosotros insultáis como un vicio. En mí, todo es religioso, hasta el sexo. Nada hay más racional que mi continencia; y, nada menos violento. Mi sexo razona, como el de San Jerónimo, como el de San Agustín, como el de todos los grandes convertidos de la Historia, pero, más feliz que ellos, yo, he razonado antes de pecar,

como San Luis Gonzaga, como San Alfonso de Ligori, como San Francisco de Asís. La Castidad, es, el verdadero estado natural; por eso se nace: Virgen. El Vicio es una Violencia. La Iglesia al ordenar el Matrimonio, no hizo sino someterse á la Ley Humana, organizando, ese gran Dolor, que es el Amor. Permanecer casto, no es solo un Deber, es un Placer. El Orgullo de haber vencido lo más miserable que tenemos: eso es la Castidad... ¿Cómo creéis que con esas ideas, iría yo á cometer el pecado que me inventáis? ¿Como creéis que yo, que preservo, mis labios, del contacto de los de otras mujeres jóvenes y bellas, iría á darlos al amor de esta buena y, respetable Señora, que me ama como una madre? Sí, porque ella suple en este mundo, á mi noble y, santa madre, que Dios tenga en su gloria;

y, una lágrima perlaba casi siempre sus ojos al final de este discurso;

además, decía con cierta unción, en la voz y, en los modales, que hacía aparecer en él, ese aspecto sacerdotal, que no lo abandonó nunca:

— ¿No veis cómo yo, me acerco al Santo

Tribunal de la Penitencia, y, á la Sagrada Mesa Eucarística, todos los domingos? ¿Cómo podría hacerlo, si viviera en el estado de pecado en que vosotros, me creéis? Dios, no me lo perdonaría...

— Ni Monseñor Labial, tampoco, dijo alguno, en una ocasión:

— Cállate, cállate, desgraciado, no profanéis ese nombre. Es el de un Santo... El Demonio mueve la lengua de la Calumnia, pero, Dios la corta...

y alzaba la mano y los ojos hacia el cielo, en la actitud inspirada y, resuelta, de un joven Misionero, pronto á ser devorado por los salvajes;

estos discursos, no convencían á nadie, y, en cuanto á los estudiantes, éstos continuaban en sus chacotas estrepitosas, firmes en la creencia de que León, mezclaba amablemente el amor divino y, el amor humano, devorando por igual, las hostias y, la manzana del paraíso, entregándose por las noches á otros brazos que no eran los del Ángel de su Guarda, á otros éxtasis, que no eran del todo místicos, y, á

otras beatitudes y aun actitudes, que no tenían nada de metafísicas;

y, bromeaban de lo lindo á Fray Casildo y, la Monseñora, como llamaban ahora á la feliz pareja;

León Vives, vivía temblando, de que esas calumnias, como las llamaba él, llegasen un día á oídos de Narciso Labial, y despertando sus celos, perjudicasen, el otro extraño lado de su doble idilio;

y, así, no dejaba de amenazar á doña Casilda, hablándole de la necesidad de cambiarse á otra casa más seria, donde no hubiese estudiantes, ó entrar como interno á un Seminario, ó á casa de Monseñor Labial;

doña Casilda, aterrada por estas insinuaciones, resolvió cortar por lo sano, y, fué despidiendo, uno á uno, los traviesos estudiantes, substituyéndolos por sacerdotes residentes en la Ciudad, ó de paso por ella, curas que venían á hacer oposiciones, y, algunos seminaristas externos, aspirantes á la tonsura;

bien pronto, todo se transformó en la fonda antes alegre y rumorosa, ahora hecha quieta y

mansa, llena de calmas lagunares; al antiguo ruido estudiantil, sucedió el silencio claustral; por aquellos corredores, antes llenos de risas y, de bromas, ahora silentes, plenos de gravedad, ya no se veían las figuras pintorescas y juveniles, repitiendo alto sus lecciones, sino formas negras y austeras, musitando los rezos del Breviario; los muros del comedor, antes desnudos, ó sólo adornados de cromos llamativos y amables, y, ahora recién blanqueados, y, llenos de estampas religiosas, presididas por un retrato del Papa, no escucharon ya las acres y rumorosas polémicas, que en antes, llenaban los espacios con sus voces asordadoras, sino que sólo oyeron el cauto parlotear de los presbíteros, en torno siempre á temas religiosos, ó, á los recientes hechos políticos;

érase uno como Seminario, de cuyo refectorio, lleno de forzados ó aparentes mutismos escolares, no estaba ausente el diario hablar de la política, y, el violento encariñarse á ella; solo que, de aquellos labios, como quemados por una fiebre oculta, apretados, como para evitar la explosión de sordas cóleras, las palabras

salían cautas y, como encadenadas, llenas de una intensa pasión misteriosa, que se diría subterránea, — lava voraz, en las obscuras venazones de aquellas almas vesúbicas — pero no por insonoros, carecían de acritud el pensamiento, y, de vehemencia la frase, que antes bien teníanla como triplicada, en la agudeza envenenada del concepto, y, la pérfida insinuación, llena de cosas ocultas, tenebrosas se dirían, tenebrosas, como el Mal;

y, en aquel círculo, todo eclesiástico, todo piadoso, lleno de pasiones recónditas, y, odios de una violencia inconfesable, León Vives, era como un oráculo, cuya superioridad inaccesible, y, cuyos decires pitagóricos, eran aceptados, sin vacilaciones y, sin distingos, por aquella turba de almas, llenas de ese instinto gregario, que hace por igual, los rebaños y, los pueblos, los creyentes y los esclavos;

y, cual si fuese la influencia de un planeta, sufrían ellos, la de aquel, que sabía entenebrecer sus frases, lo bastante para darles un remoto sabor metafísico, querido á su alma nocturna, y, que era como la floración tenebrosa

de un jardín envenenado, y, sabía esparcirla sobre la sombra de sus propias almas, con una gracia maléfica, que tenía el raro poder de un encantamiento;

sugestivo y vehemente, rico de la enorme aglomeración de cosas superiores de que había poblado su espíritu, sabiendo dar á sus frases la exactitud y, el relieve de las cosas vivas y, palpables, sin quitarles por eso, aquella virtud del Misterio, que envuelve los hombres y las cosas superiores, como una atmósfera aislatriz y engrandeciente que los prolonga cual en un espejo infinito, con todas las seducciones del sueño y del miraje; pleno de aquella combustión interior, siempre latente en aquellos que han pensado mucho; sabiendo de la ciencia exquisita, de convertir en imágenes, sonoras, las visiones interiores de su espíritu, dándoles el sello de su estilo personal, cual si grabase en monedas su propio Genio, imponiéndoles su efigie, porque tenía esas dos virtudes mentales inherentes á los espíritus superiores; era imaginífico y, personal; dotes sin las cuales, no se podrá nunca ser un Poeta, sobre la Tierra, ni

tener la vasta altura, y, la grandiosidad clamorosa del Genio;

no que León Vives, fuese elocuente, en el sentido extrictamente *oratorio*, de la palabra; no; le faltaban la armonía de la voz y, la amplitud panorámica del gesto; sus medios de expresión, eran sensiblemente inferiores, al poder colosal, de su concepción; sus gestos interiores, no encontraban la manera adecuada de traducirse, de revelarse, en un gesto exterior de Belleza, unisono á la vasta fulguración de su espíritu, que á pesar de su exaltación luminosa había de quedar á veces incomprendido, por deficiencia de aquel órgano admirable de transfiguración, que es, la Palabra;

pero, si no era hecho para la conquista del Triunfo impertérrito de las multitudes; si como toda naturaleza superior, como todo espíritu seleccionado, en quien el pensamiento sobrepasa la sensibilidad hasta hacerla inexistente, se había orientado directamente hacia la soledad, mental como único terreno apropiado para hacer evolucionar y, engrandecerse, las fuerzas desproporcionadas de su Intelecto, subiendo dia-

riamente de nivel, y, tenía como todos los solitarios, mentales, el horror á las multitudes y, el desdén intuitivo de domarlas, por la palabra dicha, sino por el acre y soberano poder de la palabra escrita, no carecía por eso de las formas adecuadas de persuasión y, aun de seducción de los espíritus, sino que las tenía, pero para las almas apasionadas y meditativas, en el atractivo opaco, de una elocución fácil,sin sonoridades, en la acritud elegante de sus metáforas refinadas, que tenían como el perfume de una exquisitez principesca, en sus sentencias paradógicas, llenas siempre de una enorme cantidad de pensamiento, que las hacía un tanto obscuras, pero ricas de esa tenebrosa belleza, que se difunde en el pensamiento del Hombre, cuando toca con sus alas, las cimas irreveladas del Misterio;

pero, el prestigio peculiar, insuperable, de su frase hablada, como de su frase escrita, estaba en la mordacidad corrosiva de ella, en el ácido letal que destilaba, por entre la escultura sin pompa de su estilo; todas ellas se dirían grabadas al agua fuerte; otras se dirían vaporizaciones

de vitriolo, sobre las carnes desnudas; otras, arabescos dibujados al hierro rojo, en los bordes de una herida; cauterizaciones artísticas de un refinamiento, lleno de lentitudes asesinas; otras, como enormes rosas fúlgidas, dibujadas por un pirósofo paciente, sobre un campo de azur, en un milagro de sabia pirografía;

latinista consumado, sabio en la ciencia del epigrama antiguo, laboraba con primor exquisito estos terribles dardos del espíritu, llenos los suyos, de una sutil ironía, refinada y cruel, que los hacía desesperantes;

era Maestro en sentencias, no carentes de esplendor, y, llenas de vitalidad en su forma lapidaria, esa forma tan querida á los pensadores fuertes, que desdeñan en sus obras, los brocados opulentos de la Retórica Oratoria;

su *persiflage*, ó, mejor dicho, su dicacidad, fría é implacable, que se podría decir profesional, porque era un gesto invariable de su espíritu, siempre tenso en la más acre ironía, perjudicaba las otras dotes más altas y bellas de su espíritu, pero lo hacía insuperable como polemista y, como dialéctico, lleno de lucidez calcu-

ladora y, de una fría agresividad de esgrimidor;

era un discaz elegante, lejos de toda vulgaridad y, sus caricaturas verbales, daban la impresión, de dibujos al diágrafo, llenos de una implacable precisión :

todas esas condiciones que lo habían hecho el colaborador insuperable de los mejores diarios católicos del país, y, comenzaban á crearle una real nombradía, entre la clientela piadosa de aquellos periódicos, y, el público clerical de la República, eran más que suficientes, para hacerlo, el oráculo mental indiscutido, en la obscura *coterie* de los tonsurados de doña Casilda;

y, León, que veía bien, entre esos levitas semibeocios, los futuros graneros de su gloria, y, los factores de su popularidad, en los días no muy remotos, en que se lanzara á la política y, fuera por los campos electorales, en cosecha de votos, ponía gran cuidado en cultivar esa admiración naciente, con aquella su decisión fría y calculadora, llena de buen sentido, que ponía en todas sus cosas;

y, como comenzaba ya á madurar el plan de la creación de un periódico suyo, exclusiva-

mente suyo, que fuese la palanca del clericalismo del país, á cuyo esfuerzo había de engrandecerse, se esmeraba en la diaria exposición de sus fórmulas políticas, del más intolerante ultramontanismo;

y, era de ver la atención enternecida, cuasi extática, de aquellas almas opacas, sin otra luz que el sol absurdo de la Fe, ante esas metáforas vehementes contra el espíritu del siglo, despectivamente tratado de semisabio; las sonoras tiradas contra la ignorancia pretenciosa y, la perversidad oculta de las doctrinas racionalistas y, los escasos hombres que las sustentaban; la necesidad de imponer y, revivir el muerto esplendor de la Fe, olvidada y profanada por el esfuerzo de los Enemigos de Dios, refugiados en las sentinas inmundas de la Filosofía materialista, la Literatura realista y, la Política anarquista; la necesidad imperativa de volver la vista y, enderezar el rumbo hacia el Pasado, después del fracaso estrepitoso de la falsa Libertad, la falsa Ciencia, el mentido Progreso, que habían hecho todos, quiebra fraudulenta, arrastrando los pueblos en su ruina, por el

satánico deseo de buscar la Libertad, la Ciencia y la Ventura, fuera de la fuente inicial de todas ellas, que está en la Iglesia Católica... ¿cuándo se convencería la petulancia de los hombres, de que en este Mar de la Incertidumbre que es la Vida, fuera de la barca de San Pedro, no se halla sino el naufragio? No hay más estrella que la estrella de Belén. Y, esa está en el Pasado. Hay que remar hacia Occidente. Es allí que está la luz. La verdadera luz, que nunca muere...

esta balumba desatentada de anatemas y, de lamentaciones, era como un Evangelio nuevo, fresco y, florecido, para los intonsos corifeos, que lo escuchaban, los cuales, disponiendo á su vez de un rebaño de almas semejantes sembrarían en ellas, con amor, un día, el virus de esas ideas, que habían de envenenar un pueblo todo, el cual, idiotizado por la Fe, no sabría hallar nunca el camino de la Libertad, y, castigado por la Tiranía, no sabría huir de ella, sino para caer entontecido, en brazos de la Conquista;

si bien era cierto que, con las prédicas de León Vives, y, la transformación conventual de

la posada, la clientela había cambiado, también fué cierto, que esa clientela requería mayores gastos, y, una suma mayor de comodidades;

y, de ahí, los afanes económicos de doña Casilda, que hubo de agotar en esta mutación, sus muy escasos ahorros, y, comprometer su viudedad de Capitana, que era magra;

pero, no bastaron esos sacrificios, y, León Vives, que á ellos la empujaba, vino entonces, arteramente en su ayuda, pidiendo para ello dinero á Monseñor Labial;

una y dos veces la sirvió, y, á la tercera, fingiendo grandes inconvenientes para el exiguo empréstito, hízose hipotecar los muebles nuevos y, los enseres todos de la casa, bajo el pretexto de salvaguardiarlos del prestamista que lo había servido;

y, para vigilar la administración é inversión de los fondos, en cuya consecución estaba empeñada su firma, al decir de él, llevó por sí mismo la Contabilidad, que antes no la había, hizo y recibió los pagos; y, asumió la administración de la casa, en la cual, la pobre señora, que hasta entonces había sido dueña, no apa-

recía ahora sino cual una encargada, para librarla, decía León Vives, de la creciente ola de los acreedores;

la venda del Amor que cegaba á doña Casilda no le dejaba ver el precipicio;

el Amor, posee el don divino de engañarnos, porque el Amor es una ceguedad;

y, esa ceguedad tiene dentro de sí, tal riqueza de paisajes interiores, que es superior á toda contemplación;

mejor, diríase, que es un deslumbramiento, y, el alma, herida de atonía parcial, no tiene ojos, sino para la Adoración;

las almas que ven de cerca el Amor, como las pupilas que ven de cerca el sol, quedan momentáneamente ciegas...

así, ella no veía nada, no podía ver nada, en ese deseo de las caricias, que era su vida toda, sino la figura blanca y dulce de León Vives, como el astro de su Destino, brillando en algo más profundo que la Noche: su propio Corazón.

Como todo tipo de Hombre Superior, de Hombre Fuerte, colocado por la sola razón de serlo, fuera de los límites convencionales de la Ética, en esa zona sin fronteras, donde el Bien y, el Mal, no son ya sino deliminaciones, imaginarias de un espacio libre, León Vives, sobrecargado de su sola fuerza, no viendo en todo sino una refracción, consciente de ella, iba derecho hacia su Destino, á la perfección de su estado material y mental, á la conquista de su triunfo personal, con esa audacia fría, que es, en los grandes criminales, algo como la embriaguez de su propia fuerza ; eso que han llamado los hombres Genio, cuando ha estado en manos, de la Victoria, como en Napoleón ; ó Crimen, cuando ha sido vencido, como en Catilina ;

todos los caminos y, todos los medios, eran

buenos, para su alma sin impedimentos, que había ya vadeado y dejado atrás el río estorboso del Escrúpulo;

la vía amplia y, el atajo, la puente, como el meandro, todos eran caminos abiertos al andar desbocado de su Ambición, que como suya, era una pasión tenaz, que no reconocía otro obstáculo que la Muerte;

y, esa ambición, se condensó pronto en una sola, que las subordinaba todas: la de un matrimonio de conveniencia, que dándole riqueza personal, le diese su independencia, redimiéndolo del proletariado intelectual, que es el castigo del Orgullo y la ergástula del Genio; su fórmula, era la de Swift: RIQUEZA, ES, LIBERTAD;

y, para ser rico, él había puesto ya sus ojos, en Magdalena de Rentería;

sus asiduidades de lacayo, desarmaban toda sospecha, en la familia cándida y, acaudalada, que le había abierto las puertas de su hogar y, lo sentaba con frecuencia á su mesa:

doña Beatriz de Rentería, vieja señora marisabidilla y bachillera, llena de una lectura deplo-

rable, toda hecha de Eucólogos y Hagiografía, con una mezcla irreverente de novelas sentimentales, era el tipo perfecto de lo que llamaban *dama cultivada*, en aquel lugar del mundo, de cuyo nombre, como de aquel otro de la Mancha, mejor es no acordarse;

novenas, sí que sabía, y, las Visitas del Santísimo, decíalas de memoria sin trascuerdo; del Corazón de Jesús, cuanto se ha escrito; íbase por el Almanaque, biografía en mano, relatando sin detenerse, todo el Año Cristiano; de la « Perfecta Casada » hablaba con dilección; « Fabiola » le era muy querida; y descendía mansamente por el río de su ignorancia, hasta Pérez Escrich y, doña Pilar Sinúes de Marco...

con este bagaje literario, que no habría fatigado los lomos de una liebre, se creía en mucho superior á su marido, y, se empinaba quince codos sobre el nivel mental de aquellos que la rodeaban;

de ahí que en aquella Beocia, deliciosa y lejana, conversar con doña Beatriz, era un privilegio muy disputado y, por ende concedido á muy raros mortales;

León Vives, clavó su ojo frío de anatomista, sobre aquel zancarrón macilento, lleno de desplantes y figuras exóticas, capaces de hacer reir á un avaro que acabase de ser robado ;

sabiendo que adular la debilidad de las criaturas, es la manera mejor de dominarlas, hízose el cortesano del *talento*, de doña Beatriz y, su propagandista entusiasmado ;

fingíase extático cuando peroraba la vieja, con voz de títere, sobre la última prédica del Padre Berrinches, ó el último milagro del Bienaventurado San Casiano ; hacíale corro y reclutábale admiradores ; traíale Revistas piadosas, y, toda clase de periodiquillos y aun de anuncios que se rozasen por cualquier modo, con cosas de clerecía ; poníala la primera, cuando de citar había, las damas de sociedad, en alguna crónica del « Estandarte » ; impulsábala á hacer versos deplorables, que luego él, corregía, hasta dejarlos como nuevos, y, no solo aceptables, sino estimables, y, como estos eran siempre disparados contra un Cristo inofensivo, ó una cualquiera Virgen, milagrosa, colgábase de la ocasión el zarandilla, para compararla

con Santa Teresa de Jesús, y, decirla superior á Sor Juana de la Cruz, en achaques de inspiración y misticismo ;

regodeábase la vieja en aquellos decires laudatorios, y, momentos hubo, en que regurgitando de gratitud, hubiese querido abrazar, y, aun ir á mayores, en cariños, con aquel mozalbete pegajoso, que así cosquilleaba su vanidad ;

pero, deteníanla, la seria continencia, y, el seráfico aspecto de León Vives, con su aire misticón, de novicio ;

y, decíase para sí, como repetían todas las madres y aun las niñas, de aquel grupo social : « es un Santo » ;

de tal manera preocupábase del albor de esa virtud, que cuando los domingos, en la hora del comer, al cual, León, era casi siempre un invitado, el Señor de Rentería, viejo corrompido y amable, dado á echar por igual, regüeldos y chascarrillos, se extralimitaba en alguno, subiéndolo de color, doña Beatriz, no se inquietaba por los castos oídos de Magdalena, que alelada y, semitonta apenas si comprendía, y, menos por los de Ovidio, de cuya castidad asen-

dereada, ella ya tenía noticias, por las quejas de algunas sirvientas lesionadas, pero cuidábase de León, que sabía había comulgado aquella mañana, y, preocupábase, de las alarmas que sufrir pudiera aquella alma tan pura, orientada tenazmente hacia la Castidad, como hacia una estrella;

y, hacía entonces señas á su marido, y, le mostraba á León, que inmóvil, en su palidez cuasi cristalina, alzaba los grandes ojos vagos hacia, el techo, permaneciendo absorto en contemplar las luces del gas, cual si escrutase los misterios de la lampadomancia;

todos reían, solo él, permanecía serio, serio y triste, como si huyendo todo contacto con el ambiente espiritual, que lo rodeaba, se refugiase dentro de sí mismo, como para escuchar las músicas interiores de su pensamiento, solo, en el refugio de su propia alma;

se diría que sufría la tortura, tal era la expresión desolada de su rostro, los labios pálidos contraidos y, las manos exangües, cruzadas sobre el pecho;

el Señor de Rentería, urgido por las miradas

fulgurantes de su mujer, concluía bien ó mal, el chiste, y, mortificado por aquella insinuación, decía :

— Ahora, que hable el Señor Vives.

— ¿Qué quiere U. que yo diga? murmuraba éste, humildemente, como si volviese de un sueño, los ojos y, la frente bañados de un mismo resplandor de limpidez.

— Cuéntenos la Vida de un Santo, uno de esos cuentos, que hacen llorar á mi mujer.

— Las Vidas de los Santos, no son cuentos, son Historias, decía con voz recia doña Beatriz, que empezaba súbito á tornarse en basilisco.

— Lo mismo da, que nos cuente una de esas historias, para convertirnos;

palidecido aún más, bajo la sátira, los ojos tristísimos, cual si todas las partículas de su alma, llorasen en ellos, con la mirada á la vez suplicante y, tímida, y, los brazos cruzados sobre el pecho, como si fuesen dos pobres alas, sin fuerza, León, decía, con esa voz sin entonaciones de alguien que quiere ser perdonado :

— Hoy, no, otro día.

y la conversación seguía su curso, atropellada

y difusa, como si todos tuviesen igual empeño en apartar del joven teólogo, ese cáliz de acíbar, que el escepticismo del dueño de la casa ofrecía á sus labios apostólicos;

las niñas mismas, las jóvenes casaderas, guardaban en su conversación, cuando estaban cerca de él, especialmente si del Amor se trataba, cierta reserva, como si hablasen delante de un sacerdote, porque para ellas, eso era León Vives, un joven monje, iluminado y, casto, de cuya boca de Arcángel, caería mañana la Verdad sobre el mundo;

todas lo creían destinado al sacerdocio, y, seguras estaban de que tarde ó temprano vestiría los hábitos talares.

— Parecerá un San Luis Gonzaga.

— Ó, un San Alfonso.

— Yo quisiera que se hiciese dominico, así se parecería á San Vicente Ferrer...

— Y, qué predicador!

— Un pico de oro.

— Como confesor... ¡hum! dejará mucho que desear.

— ¿Por qué?

— Porque no conoce el mundo.

— Habría ciertos pecados... que lo harían enrojecer.

— ¿Cómo decírselos?

— De cualquiera manera, porque no los comprendería.

— Es verdad.

— Es un Santo.

— Un Santo...

y, quedaban silenciosas, pensativas en aquella virginidad, que conmovía tan profundamente la suya...

y, toda la vibración de la Naturaleza, parecía converger hacia aquellos cuerpos núbiles, donde el torrente del deseo palpitaba con todas sus fuerzas salvajes, con la violencia de las cosas naturales, que saben ser eternas...

y, los labios se hacían resecos, por la sagrada fiebre, y, los ojos soñadores se hacían enormes, dentro los cercos violáceos ;

y, los erectos senos se estremecían como las aguas enfiebradas de un pantano, sobre el cual pasa un viento mortal ;

nuestra vida, nuestra pobre vida, no es sino

eso : la eterna mendicidad de una caricia. . .

. . . . . .

mas, cuando se sentían libres de la presencia de León, entonces comenzaba el charlotear encantador, en aquella pajarera humana ;

del *flirt*, se hablaba, del flirt y sus consecuencias, aun las más graves, y, como pájaros, felices de tender sus alas al sol, ellas tendían lasalas de la maledicencia, en todas direcciones, libres ya de la presencia obsesionante de la *Pucelle*, como llamaban á hurtadillas á León, dando curso en sociedad, á aquel mote, puéstole por sus adversarios en los debates de la prensa ;

algunas, las más serias, protestaban contra el sarcástico epíteto, y, otras con un mohín gracioso, reían, pero todas decían en coro :

— Pobrecito. Es un Santo.

y, lo decían sinceramente, esos bellos retoños parlantes, de aquella sociedad tradicionalista y bárbara, enamorada de la Fuerza y de la Hipocresía, y, hecha en virtud de sus atavismos de tribu, á adorar al caudillo y al Sacerdote, con igual servilidad, viendo en todo loco impulsivo

un Héroe, y, en cada loco pasivo, un Santo;

León, ignoraba ó fingía ignorar, el calificativo que se le daba, en esa sociedad de héroes y de santos, y, apenas tenía tiempo para desembrollarse de sus múltiples quehaceres;

además de sus estudios, que aunque ya para concluir algún tiempo le demandaban, se había en esos años empeñado en tantas cosas, que era de verlo como una hormiga enloquecida, ¡r de allá para acá, siempre cargado de papeles, y, en un constante trajín, bastante á rendir otro ánimo que el suyo;

ora, la clase suya, ó la que daba en un colegio cualquiera; ora el periódico; ora la Sociedad de San Vicente de Paul, de la cual era el Secretario; ora, la Escuela de Cristo, uno de cuyos vocales era; aquí exámenes de una escuela de monjas; allá la premiación en un colegio de curas; cuarenta horas en un templo, y, Velación en otro; la prédica de un Presbítero amigo que quería una gacetilla; la crónica sobre la Sociedad de «Hijas de María», y, más que todo la Secretaría *gratis et amore* de doña Beatriz, que era la Presidenta, ó Tesorera, de

cuanta Cofradía, ó Archicofradía, se fundaba en aquella Meca feliz de la Imbecilidad;

y, era de ver á León, andarse por entre las faldas más ó menos perfumadas de las viejas damas, obsequioso y discreto, leyendo informes y redactando Memorias, croniqueando sobre cosas de Iglesia, y, labrándose su panal para lo porvenir, con la seducción espiritual de aquellas viejas almas embrionarias ó degeneradas, todas con lenguas de viperas y una mentalidad de ocas;

y, cuando cumplida su misión, leídos sus Informes, dejaba el poco envidiable lugar, saturado de aromas animales, propio á esas viejas vacas de la Iglesia, y, el delicado perfil de su rostro pensativo, se perdía tras el pesado cortinaje de la última puerta del Salón, no se oía sino una sola frase, salir de los labios descolarados de aquellos vestigios humanos:

— Es un Santo.

pero, todas estas agitaciones, todas estas cosas, eran secundarias para León Vives;

él, no vivía sino en un solo pensamiento; el de su matrimonio con Magdalena de Rentería;

bastante conocedor del corazón humano y del medio social en que se agitaba, sabía bien todo lo imposible de su proyecto, al intentarlo por los medios normales ó convencionales, establecidos como leyes en el rebaño social;

ya había tenido tiempo de apercibirse del cambio súbito de actitudes, en una ocasión, en que su demasiada obsequiosidad hacia la joven epiléptica había sido notada;

en poco estuvo que perdiera para siempre la entrada á la casa;

felizmente, su astucia penetrante, logró parar el golpe;

se alejó discretamente, se fingió ofendido, y, se eclipsó, en uno como suave crepúsculo de Mansedumbre, que valió á hacerlo más interesante;

por necesitarlo urgentemente para asuntos de su secretaría; porque sin él, no podía hallarse el círculo de viejas damas, organizadoras de fiestas y bazares de Caridad; porque sin su consejo, nada podía hacerse y, sin su palabra, todo periclitaba, llamólo doña Beatriz, con maternal ternura;

excusóse por enfermo, primero y, por muy

ocupado, luego ; mas súpose que había ido á la Universidad, y, se le requería, otra vez ;

concurrió entonces ;

se le festejó cariñosamente ; como cotorras ebrias de sopas de vino, las viejas señoras lo agasajaron, y, alguna hubo que lo besó, con sus labios sexagenarios de un repugnante olor ;

la paz quedó hecha, pero, León quedó convencido de la absoluta imposibilidad de ser admitido como pretendiente á la mano de Magdalena de Rentería ;

no sería él, esa selección rara del tipo humano, hecho de audacia fría y, desprovisto de escrúpulos, el amoralista nato, el hombre libre de todo reato y, todo bagaje de ideas colectivas, cuya energía aumenta con la contradicción, y, lo hace mostrarse hombre superior, por la elección de los grandes medios, si hubiese retrocedido, ante el Imposible Social, que se alzaba ante él, y, que como todas las leyes sociales, no era sino una ficción, un convencionalismo, más bien ridículo que serio, ante la Voluntad, hecha pasión, en un hombre dispuesto á todo para vencer ;

él, se sabía, amado de Magdalena, amado, hasta la locura;

el fluido misterioso de su espíritu, que sabía domar tantas almas; todas las vitalidades de su ser, trasfundidas, en un magnetismo constante, por las pupilas y por las manos, en el temperamento más adaptable para la sugestión, como era el de aquel ente incompleto y degenerado, absolutamente abúlico, y falto de conciencia y de iniciativa, habían hecho de la joven, un instrumento pasivo, en manos de aquel terrible domador;

cuanto León le hubiese exigido, lo habría hecho; bajo su influencia, completamente hipnótica, habría ido con los ojos cerrados hasta, al Crimen; era como un medium, como una sonámbula, bajo el influjo del sugestionador;

León, pensó primero, en raptarla;

pero, y ¿el Escándalo?

quedaría moralmente arruinado...

él, León Vives, el Santo!

Imposible!

ese era recurso de hombre mediocre;

con frialdad pasmosa, concibió su plan, y,

escribió á Magdalena, una tarjeta, que él mismo le entregó, dándole una cita para el próximo domingo, á las seis de la tarde, en su propia casa;

él, sabía, que aquel día, á aquella hora, la joven estaría sola;

era el día, en que salía á paseo la servidumbre ; el Señor de Rentería y Ovidio, andaban á caza, ó, se entretenían, el uno en casa de alguna querida, el otro, en los tés de Monseñor Labial; doña Beatriz era fijamente en la Iglesia de los Jesuítas, donde había sermón...

y, así fué;

pretextando una indisposición, tan frecuentes en ella, la joven no acompañó á su madre á la iglesia, y, quedó en casa, esperando á León ;

Tramontaha el sol;

con la ausencia de éste, el cielo se bacía opaco; semejaba un lago, bajo la palidez del novilunio;

la gran casa alzada en la obscuridad, estaba como llena del infinito de la Tristeza y del Silencio; todo parecía dormir en ella, bajo el doble dominio impenetrable del Misterio y de la Sombra;

los laudos de la Soledad, cantaban su cántico de Desierto, en los corredores vacíos, donde miriadas de átomos vesperales, parecían alzar de los tapices florales, inesperadas visiones, y pasaban como una caricia inopinada, sobre el jardín glacial, que la tristeza de la hora, empezaba á teñir de un vago tinte nocturno;

se diría, que un gran dolor unánime respi-

raba en tantas cosas que morían, devoradas por la sombra ;

los cipreses inmóviles, daban como un delirio de tristezas, sobre el verde más tierno de los arbustos cercanos, que parecían ampararse, unos á otros, en un gran gesto de desolación;

las rosas, daban la plenitud de su alma, en el vago perfume con que embalsamaban el jardín, sonambulizado, y como petrificado, en la visión solar, desvanecida;

las mil cosas inertes parecían todas tener una alma, una alma muda y sin embargo anhelante de un vago deseo de respiración, y, como llenas de una ansiedad misteriosa por huir, por escapar á la mano fatídica de la Noche, que ya venía sobre ellas ;

una blondez estelar, muy tenue, se extendía, como una caricia áerea sobre el enjambre de pétalos, que el viento hacía caer uno á uno como alas cortadas, de pájaros invisibles ;

el, chorro de agua límpido, cayendo de la boca de piedra de un grifo deforme sobre la basca verde y limosa, murmuraba su ritornelo obsesionante, en esa calma que se diría hostil,

en torno á los juncos bárbaros de las blancas parásitas, que daban la gracia frágil de sus flores pálidas, al agua profunda del estanque, lleno de una calma estupefacta, de bestialidad;

esa embriaguez de inquieta tristeza, que en el jardín hacía palidecer las llamas rojas de los claveles, y, tornaba en espectral, la tenue palidez de los narcisos y, la encantadora gracilidad de los jacintos, se extendía y, se difundía, como una atmósfera por los corredores y, los aposentos solitarios, hechos como violáceos por los primeros rayos estelares, que difundiéndose en la sombra, les daba el aspecto de estanques de ámbar líquido, donde durmiese una alba solar;

todo era penumbroso y desolado, en esa hora de la noche ascendente, como llena de un vértigo de cosas pensativas, y, sobre la cual la luna alzaba su disco en creciente, como un broche de malaquita sobre la cima de los cerros lejanos, coronados de largas y lentas nubes, que los llenaba de un vértigo de misteriosa belleza;

León, atravesó los corredores desiertos, llenos de mudas imploraciones, y, entró en el

salón, cuya penumbra verdácea pajeteaba como un bordado, el oro de la Noche; y, lo atravesó audaz, indiferente, lleno de ese dominio de sí mismo, que lo hacía aislarse en su propio ensueño, como en una celda.

Magdalena, lo esperaba, en una cámara de recibo, adyacente al salón, la cual estaba paramentada de retratos y de *bibelots*, amueblada con un lujo sin elegancia, propia de su prole advenediza;

vestía de blanco, y, sobre los tonos extintos de la tapicería, su suave y misteriosa belleza, apenas visible en la penumbra, emergía como un lirio exquisito y, turbador, en cuyo cáliz de ópalo se hubiese posado un tenue rayo lunar;

su deslumbrante cabellera rubia que se diría una lluvia de oro del sol, sobre una estatua desnuda, le caía sobre los hombros, porque sus constantes neuralgias, le impedían recogerla sobre la cabeza, y, le formaba uno como manto áureo, que más semejaba el resplandor de dos alas enormes, plegadas sobre los hombros, de un arcángel del Boticelli, en éxtasis de adoración;

un ramo de claveles encarnados adornaba su busto, y, emergía de las blancuras, como un corazón sangriento, que se hubiese escapado del pecho;

al sentir pasos en la estancia vecina, se puso en pie, y, fué al encuentro del Amado, porque sabía que era él;

y, apareció en el cuadrilátero de la puerta, como una rosa blanca, en un paralelogramo de tinieblas;

y, le tendió sus dos manos, pálidas, de una palidez exangüe, en las cuales corría escasa la sangre con gérmenes de muerte y, sin embargo, bellas, como dos urnas votivas que contuviesen cenizas mortales;

León, las estrechó - presuroso, después, atrayendo la joven hacia sí, la tomó por el talle, y, la besó dulcemente en los labios;

era la primera vez;

ella, lo dejó hacer, en una languidez apasionada, feliz en sentir el rostro del Amado tan cerca al rostro suyo, y, el contacto de sus labios abrasarla en la vehemencia del fuego;

y, después, se sentaron sobre el sofá;

quien no ha entrado en el Amor, no ha entrado en la Vida, y aquella pobre alma de enferma, que parecía destinada, á pasar por la gran puerta del Paraíso, sin entrar en él, se precipitaba enloquecida, en el jardín sonoro de los besos, que las manos generosas del Amado, le abrían, triunfalmente...

¿qué cosa se dijeron?

¿qué cosa se hablaron, bajo el resplandor del cielo nocturno, que entraba por la ventana, con el esplendor ígneo de las constelaciones, y, el olor penetrante de los jazmines del Cabo, que se consumían en un búcaro cercano, llenando la estancia de perfumes de Voluptuosidad, que eran como una exasperàción sensual?

un beso y, otro beso, y otro más, era la orquestación misteriosa que se oía, en esa hora musical de dos almas, felices en el sueño de la Noche;

la virgen, consciente tal vez, del Destino lacrimoso que la esperaba más allá de su juventud, donde la acechaban el abismo de la Muerte, ó el Abismo aún mayor, de la Locura,

se amparaba como en un refugio, en aquella hora feliz, en los brazos adorados, sin huir á las manos tembladoras y tentadoras, que la acariciaban ya por todo su cuerpo, sumiéndola en un vértigo de voluptuosidad sin fin;

carne degenerada y enferma, más pronto que ninguna otra, á la caída, no defendió, el cáliz desnudo de su cuerpo ya pronto á la oblación;

y, se dejó poseer, en la rabia mordaz de los besos, bajo el azul y el oro de la Noche; porque la demencia, que estaba en todo su ser y, era vieja como su raza, se revelaba en esa hora, en esa fiebre extenuatriz del Deseo, voraz é inacabable;

plasmada para el placer, en la miseria de su propio Destino, sintió gemir en ella la obscura bestia lujuriosa que hay en el fondo de todo ser, pero, aumentada, exasperada por sus neurosis, hasta el espasmo de la Voluptuosidad;

y, él se dió á poseerla sabiamente, conscientemente, como quien cumple una obra de reflexión, sin frenesí sádico ninguno, porque tenía la rara virtud de la disciplina en todo, hasta en sus vicios; y, se puso á cumplir la

obra de la fecundación, en la carne que él no deseaba, pero que necesitaba ; no fué su Lujuria, fué su Ambición, quien la violó ;

sí, la violó para enriquecerse, con la misma frialdad con que la habría matado para robarla, si hubiese tenido necesidad de ello ;

la virgen, que en el momento de dejar de serlo, no había gritado, al sentirse ya mujer, por la obra de la Naturaleza, no resistió á la intensidad del placer, nuevo en su Vida, y, que sacudía sus nervios todos, sus pobres nervios trabajados por la epilepsia, y, con grandes gritos agudos, entró en una de esas terribles crisis que eran el tormento y la amenaza de su existencia ; los ojos desorbitados, el rostro contorsionado, la boca contraida, se agitaba en convulsiones violentas ; era un espectáculo repugnante y, conmovedor á la vez ;

León, le tapó la boca con las manos primero, y, luego, el rostro todo con uno de los cojines del sofá, para ahogar sus débiles gritos, que degeneraron luego, en un balbuceo ininteligible de idiota ;

tuvo la clara idea de estrangularla para que

callase, y, evitar el ser descubierto, pero se dijo ¿cómo estrangular, mi herencia?

terminada su faena, se sentó al extremo del sofá, contemplando á Magdalena;

la crisis había sido corta, y, pasada su violencia, la joven había quedado inmóvil, como si durmiese, pero las facciones de su rostro, conservaban la horrible huella del mal, la siniestra mueca de la locura; los ojos continuaban como hundidos en las órbitas, la boca torcida en un rictus espantoso; y, una baba asquerosa, le salía de ella, ensuciando el cuerpo y los vestidos, era lamentable y, sucio de ver;

León continuaba en contemplarla, con una mirada fría de asesino, y, temiendo que lo incompleto de su primer abrazo, no fuese bastante á la paternidad, y, todos sus planes fracasaran por eso, resolvió poseerla por segunda vez, más pacientemente, más detenidamente, ahora que la joven privada de todo conocimiento, no perturbaría su obra, ni siquiera con los estremecimientos del placer;

y, así lo hizo, con una serenidad calculada y, fría, á la cual obedecía maravillosamente su

sexo, que no era en él, sino un pensamiento más;

después, hizo descender los vestidos de Magdalena, sobre el cuerpo, desnudo de la cintura abajo, y, sin preocuparse de borrar huella alguna de su crimen, se alejó de allí, más como un vencedor, que como un culpable, orgulloso de su obra, que era un trayecto enorme, recorrido en el camino de su triunfo;

y, tuvo gratitud por su sexo, que aun traicionándolo, le era tan maravillosamente útil, y, pensando en esto último, pensó en Narciso Labial, y, en la cara que haría al descubrir esta aventura;...

y, tuvo un deseo loco de reir, y rió, lleno de una alegría mala, que le venía del orgullo de su traición;

y, las gentes pudieron ver á León Vives, atravesar las calles, sonriente y plácido, con su rostro arcangélico, lleno de una dulce expresión;

unos, lo saludaban respetuosos;

otros, decían por lo bajo, el consabido estribillo:

— Es un Santo;

y, las miradas lo seguían respetuosas ó enternecidas, hasta ver perderse su silueta negra y como sacerdotal, en las callejuelas estrechas, bajo el pálido rayo de la luna, que en su disco creciente, semejaba, un buque náufrago, encallado entre un archipiélago de nubes...

Magdalena de Rentería, guardó el secreto de su falta, demasiado consciente de ella, y, demasiado feliz; el estrago de sus carnes profanadas, más que un dolor, era un placer agudo, que ella gozaba en exasperar, con la rememoración constante del hecho, y, le parecía sentir aún el mismo estremecimiento, la misma inenarrable emoción, de aquel momento, en que se habían abrazado sin palabras, y, se habían besado, con besos llenos de demencia;

no tuvo el dolor de su falta, sino un deseo loco de vivir para ella; y, en la bruma de su cerebro enfermo, veía constantemente, como por una hendidura llena de luz, el bello rostro del Amado, embriagado de voluptuosidad, acercándose al rostro suyo, en la Hora Iniciatriz, para inocularle el contagio irresistible del in-

acabable Deseo... Y, le parecía sentir siempre el contacto de las manos violadoras sobre sus carnes núbiles, y, el calor de los labios en los labios y, el latir de las arterias agitadas, cerca á sus sienes, sudorosas de emoción;

guardó su secreto, hasta el día en que ya, no fué posible ocultarlo, porque la Naturaleza hablaba por ella, con sus inevitables manifestaciones;

entonces, escribió á León Vives;

éste, que había vivido en espera de esa noticia, se sintió feliz de ella, y, escribió á la joven, no para consolarla, ó para alentarla en su infortunio, sino para reprochárselo, como una falta...

« Hemos pecado, le decía, y, debemos sufrir el peso de nuestra culpa... El castigo de nuestra falta, es la Vergüenza. Suframos nuestro castigo. Y, bendigamos á Dios, que nos permite expiar en este mundo, el horror de nuestro pecado... Yo, he creído morir del dolor de mi falta. Pero, la he confesado, en el Tribunal Sagrado de la Penitencia, y, aquel que ata y desata las cosas de la tierra y perdona los peca-

dos del mundo, ha perdonado el mío. Mis lágrimas desarmarán su divina Justicia. ¡Ah! ¿por qué fuimos tan débiles? ¿cómo pudimos caer tan bajo en el abismo del Pecado? Estaba escrito que la Mujer tentaría al Hombre... Y, lo tentó... Y, tu carne fué el escollo de mi Virtud! ¡Oh, tú, mi naufragio! ¿por qué te alzaste en mi camino? Dios tenga piedad de ti, de tu alma tentadora! Dios, tenga piedad de mí, débil creatura, que no supe resistir la Tentación... ¿Por qué has tardado tanto en purificarte en el raudal sagrado de la Penitencia? Él, es inagotable de Misericordia, y, él, te habría ya limpiado de toda culpa... Cometer el Pecado, es el principio de la condenación, vivir en él, es, ya, la condenación definitiva. Las puertas de la Confesión y, las del Arrepentimiento, te están abiertas. Entra por ellas. Dios te perdonará. Yo, te he perdonado ya. Confiesa á tus padres, todo. No les ocultes nada. Ese será el principio de tu expiación. La Mentira no redime del Pecado, antes lo aumenta. No aumentes, tu pecado con la Mentira. Dí, á tus padres, hoy mismo la Verdad, toda la Verdad... Ellos, sabrán perdo-

narte. En cuanto á mí, aquel que podía hacerlo, ya lo ha hecho. Yo, le ofreceré mi vida en sacrificio. Huiré del mundo, y, en el retiro de un Claustro, no olvidaré mi pecado, pero lloraré tenazmente sobre él... Y, así, será mi alma penitente, hasta el terrible día, en que Dios la llame á cuentas... Entonces ¡desgraciado de mí! ; si no llevo á su divina presencia, el lirio inmarcesible de la Virginidad, podré poner á sus plantas la rosa blanca de la Castidad, cultivada en largos años de una vida de lágrimas sinceras... Olvídame, y, olvida nuestra falta!... Si así lo haces, yo, te bendeciré desde mi soledad, como Dios, perdonándote, ha de bendecirte desde el cielo »...

y, enviada esa carta, seguro de su efecto, fué á refugiarse, á una « Casa de Ejercicios Espirituales » para hombres, que los Jesuítas tenían en los alrededores de la Ciudad, y, donde hacían Retiros, en los cuales durante un mes, se vivía completamente aislado, preparándose con rezos y, sermones, á una gran Comunión Pública, que era una verdadera fiesta;

aquél, era un asilo seguro, donde podría escapar de las cóleras del padre y, del hermano de su víctima, que sin duda, en los primeros momentos, lo buscarían para castigarlo; sumergido mansamente en aquel retiro, nadie podría hallarlo; y, si lo hallaban, ¿quién sería osado á violar ese recinto del Arrepentimiento, para castigarlo, así, de rodillas al pie de los altares?

y, si su falta se trasparentaba, ¿no sería bastante á atenuarla y, aun á borrarla, ese gesto de humillación y de dolor, que le hacía buscar el agua lustral de la Penitencia, para purificarse en ella?

no dijo á nadie, su designio, de largo tiempo meditado; fingió un viaje al campo, y, aquella misma noche, entró á la « Casa de Ejercicios Espirituales ».

Magdalena, obedeciendo á aquel que la había perdido, y, obligada por las circunstancias, confesó todo á sus padres;

el Señor de Rentería, montó en cólera olímpica, contra el Santo; Ovidio, fué en busca de él, con la intención de matarlo, pero, León, se

había ya evaporado sabiamente y, se hizo inencontrable;

la que pareció verdaderamente inexorable, fué doña Beatriz, que en el fondo, había deseado, esa virginidad, que su hija había gozado; y, la Hembra, gritaba en ella, más alto que la Madre...

— Miren, la tonta, decía, abofeteando á la pobre idiota, que no osaba defenderse;

— ¿No. querían Ustedes, al Santo,? pues ya nos hizo el Milagro, decía el padre, con su burla cruel, y, en esa hora, llena de amargura.

— Es un canalla, gritaba el hermano, cerrando los puños en el vacío, con gesto exterminador.

pero, dominados los primeros ímpetus, serenados un tanto los ánimos, á fuer de gente educada y, viva, comprendieron que el primer deber era ahogar el escándalo, que nadie se apercibiera de lo acaecido, y, más que todo la servidumbre, ese teléfono trashumante, por el cual sabría pronto la vecindad y tras de ella, la Ciudad toda, el bochornoso suceso;

callar ante todo, y, por sobre todo... ahogar el Escándalo... ¿lo demás? ya se vería...

hacer abortar á la joven...

para ello, se necesitaban cómplices, un médico, una comadrona; ¿ quién los aseguraba de su silencio, en esa ciudad chismosa y, rezandera?

además, visto el estado de salud de Magdalena, eso era como matarla;

los padres no tuvieron valor para ello;

Monseñor Labial, á quien su enfermedad cardíaca, que empezaba á hacerse muy grave, retenía casi siempre en casa, fué el único confidente de la familia, que sin decírselo, lo culpaba de su calamidad, puesto que era él, quien había presentado en su casa á León Vives, que así pagaba su generosa hospitalidad;

el pobre prelado, quedó anonadado, abatido, como un hombre que hubiese recibido una cuchillada, que le atravesase por igual, el corazón y, el sexo;

y, en su alma débil y buena, las salmodias del recuerdo, cantaron tan tristemente, que se enterneció hasta las lágrimas, y, una gran piedad inagotable, la piedad del Amor, le subía de las profundidades mismas de su instinto, y sollo-

zaba suavemente en su corazón, su enfermo corazón, que lo mataba;

¿Por qué no viene el querido niño? se preguntaba á sí mismo y, sentía una gran necesidad de verlo, de oirlo, de tomarlo entre sus brazos, para consolarlo si sufría y, beber sus lágrimas si las vertían esos divinos ojos octubrales, tan cargados de recuerdos, como el cielo de una noche, lleno de prodigios;

y, su alma generosa, se rebelaba contra la Crueldad, que mancilla las grandes pasiones, y, como una esencia espiritual, como una luz interior, la Bondad se alzaba en su corazón, la Bondad, que somete y que seduce, y que siente un solo orgullo secreto: el Orgullo de perdonar;

hubiera querido que León, viniese á él, que le confesase su falta, que le pidiese perdón;

enloquecía del dolor de perdonarlo;

¿cómo había podido caer aquel ser hecho todo de purezas y, beatitudes?

á veces dudaba; ¿sería cierto?... ¿no sería una calumnia?

él, que había sido tanto tiempo su confesor,

y, para el cual, no había tenido velos su cuerpo ni su alma; él, que sabía la *repugnancia física*, que el contacto de la mujer había inspirado siempre, á León, según sus propias confidencias, y, la imposibilidad material, que sentía de aproximarse á ella, no acertaba á explicarse aquella hora de vértigo; y dudaba...

así, cuando la familia, enfurecida, la acometía contra el seductor, Narciso Labial, callaba; y, si el insulto, redoblaba de violencia, intervenía, para defenderlo, y, su voz, esa voz armoniosa, como un clavicordio de sensualidades, hallaba sus tonos más cálidos, sus más vibrantes registros, para proteger al ausente, aun sabiendo que aquella defensa, le hacía moralmente, mal ante sus auditores, y físicamente lo extenuaba, por el esfuerzo, que lo ahogaba, acelerando las palpitaciones de su corazón, subiéndole en ondas de agonía, al bello rostro lívido, que se empurpuraba con un golpe de sangre, que era, como una bella flor de Muerte;

entonces callaba, inclinando la frente, ya prometida á las aureolas de ultratumba, la bella

frente apolínea, tersa, como toda frente, que no ha sentido el pensamiento batir furioso tras de ella en sus tormentas indomadas, y pasaba los dedos de la mano, por entre su cabellera, fina y, larga, que ya empezaba á platear, como si tenues luces de argento, le hiciesen una corona, y, quedaba soñador, como si su alma penetrase en lo profundo de las cosas idas, en la visión, de ese oculto río de Voluptuosidad, que había sido su Vida...

y, el perfil exquisito y, extrañamente ambiguo de su fisonomía, le daba el raro encanto de una de aquellas estatuas desenterradas, en las cercanías de los templos romanos, y que los anticuarios no saben definir si es la de una sacerdotisa del templo, ó, la de uno de esos adolescentes, consagrados desde la infancia al servicio de los dioses; era un perfil imperial, que recordaba, vagamente á Nerón, y, un poco á Domiciano; más bien, se diría un Antinoo, que hubiese sentido la decadencia de los años, ajar el perfil adolescente de su inexpresable Belleza;

y todos, respetaban la tristeza del Maestro, esa tristeza que hacían aún más augusta, las

olas lentas de la Muerte, que todos veían subir hacia él;

pero, el discípulo amado no llegaba; ¿qué era de él?

una carta, venida del retiro austero del culpable, revelaba al Maestro, el lugar donde se ocultaba; « lugar de penitencia », decía, « última costa del mundo », donde « se preparaba á emprender el vuelo, lejos de él, á las soledades inabarcables del claustro ». Dios lo llamaba á sí; y, su espíritu, « un momento turbado por la embriaguez de la carne y, ahora purificado por el Dolor y, el Arrepentimiento, tendía otra vez, su vuelo hacia Dios, en la ansiedad voluptuosa de abandonarse á su infinita Misericordia; »

terminados los ejercicios, iría directamente, al *Desierto*, punto agreste y remoto, donde en la cumbre de un cerro, había un Monasterio de Mínimos, en el cual anhelaba profesar... Su vida « sería corta, para lavar con sus lágrimas el pecado cometido »; pero él, lo lavaría...

y terminaba suplicándole ocultar á todos, el lugar de su retiro;

Narciso Labial, leyó y releyó la extraña carta, y, quedó conmovido, ante el incontenible río de pesar y de arrepentimiento, que brotaba de aquel corazón místico, á quien la belleza de la contrición, le era concedida, en esas dosis extrahumanas...

y, la visión de León Vives, con el sayal franciscano, los pies semidesnudos, magro por el cilicio y los ayunos, lo sumió en soñaciones, y, una gran crisis de lujuria lo asaltó, con el deseo vehemente de abrazar aquel bello monje meditativo, que parecería una flor más, en el jardín místico, de aquellas flores claustrales;

él, había tenido siempre el desdén de los frailes, porque los había creído, algo sucio ó regugnante de tocar con sus manos delicadas y, señoriales, como una mano de Emperatriz, recién ungida de perfumes;

era sacerdote, como tantos otros, porque no había podido ser otra cosa, y porque en él, había razones fisiológicas, que lo hacían más apto que ninguno, para vestir la túnica talar, pero, completamente ajeno, á las grandes crisis de alma, ó las supremas inepcias, que llevan á

la vida monástica, no las había comprendido nunca, y, la sola idea, de que León Vives, se encerrara en un claustro, estrangulando su juventud en flor, le parecía monstruosa, y lo llenaba de una inquieta y, vaga tristeza ..

¡la vida era tan bella, fuera de los grandes gestos líricos, y de las actitudes teatrales, saturadas de violencia!

¡la vida era amable, en la simplicidad luminosa, de sus horas plácidas, fuera de las meditaciones apasionadas de los grandes dolores!

¿por qué ensombrecerla?

¿por qué hacerla triste, con tan extrañas complicaciones?

y, como todo en la vida, es un reflejo de nuestro propio ser, él, hallaba bella la Vida, con la belleza sin tristezas, de un jardín donde la Voluptuosidad se diera en un intenso y poderoso florecer, de rosas del Amor, de un extraño amor sin oleajes, como el Mar Muerto, con el silencio y la profundidad de una selva en la Noche;

pero, sentía más que todo la separación, ese espacio engrandeciente, y, á cada hora más

inquietante, de la ausencia; y, veía con angustia, ese obstáculo, que podía alzarse, entre él, y, la figura blanca y dulce del ausente, borrando entre ellos, todo lo que es posible borrar entre dos corazones... ¡la ausencia es un sudario; ella envuelve lentamente en la Muerte, nuestros sueños aun los más raros, y aun el recuerdo de ellos;... el recuerdo de aquello único, que no debía morir!...

¡oh! cómo el tiempo y, el espacio nos expulsan fuera de los corazones amados!... ¡Oh, cómo es miserable una vida, en que existen esas dos cosas tan tristes y, tan hondas: la Ausencia y, el Olvido!

Narciso Labial, se erguía desesperadamente, en frente de ese Destino, con un gran grito de rebelión, ante el sereno cielo, sobre el cual moría la tarde, en una agonía resignada y dulce;

se rebeló contra esa fuerza oculta del sacrificio, que así le arrebataba su propio corazón, arrebatándole su discípulo amado...

su pobre corazón enfermo, ¿no era más grande que todo? más grande que el sacrificio, que el arrepentimiento y que la Muerte...

¡ oh ! la Vida ! ¡ el gesto eterno de una mano siempre tendida hacia la Ventura... eso, y nada más...

Narciso Labial, como todo hombre que no ha sufrido, era pronto á las lágrimas, y en esa ocasión lloraba desolado, extendiendo sus manos, como queriendo detener con ellas, al discípulo que huía...

En tanto, León Vives, edificaba por su piedad, á todas aquellas almas que lo rodeaban;

en esa casa de la Penitencia, él, era el gran penitente; en esa mendicidad del alma, que es la Oración, ninguno tendía las manos con más desesperado gesto de implorar; en ninguno, el prodigio de la Fe, se hacía más visible; sobre ningún otro cáliz, la sangre del Salvador, había caído con más fuerza, como sobre este cáliz de alabastro, que parecía pronto á romperse bajo su peso...

en las horas de la meditación, se le veía absorto, la figura lívida hecha espectral en la penumbra, los ojos extáticos, como turbados de un vértigo divino; las manos cruzadas sobre el pecho, como dos alas prontas á abrirse

para volar; los labios entreabiertos, en un gesto de arrobo, cual si un cántico interior saliese de su corazón; un efluvio de santidad lo rodeaba, que se diría un halo; su figura magra y visionaria, parecía crecer en el prolongamiento prodigioso, de un lejano infinito...

los presentes al éxtasis, estaban siempre en espera del Milagro, que lo levantase del suelo, como á los santos arrobados, de las leyendas piadosas; y, ya se rumoreaba, que alguien había visto *eso*, en la penumbra zafirina de la capilla, cuando el rostro exangüe desaparecía en un nimbo de sombras;

y, ante esta llama inextinguible de Piedad, que parecía consumir aquella vida, en las llamas simbólicas del Amor Divino, aquellos que no podían entrar en el círculo prodigioso de su sueño, exclamaban conmovidos:

— Es un Santo...

otras veces, lo hallaban en la Capilla, exánime, tendido cuan largo era sobre las baldosas frías, besando apasionadamente un crucifijo, que yacía en tierra también, y que sus manos nerviosas acercaban en gestos apasionados á su corazón,

ó levantaban en un largo y lento gesto sonambúlico hacia el cielo...

ninguno osaba acercarse á él, como si un prestigio invisible lo protegiese, y cerca á su divina exaltación, se alzase la presencia misma de Dios, del cual, aquella alma, no era sino la más radiosa alegoría;

en su celda, se oían ruidos extraños, como si alguien se azotase en la noche, y, se decía, que los sirvientes, habían hallado, en el lecho y, en el suelo, manchas rojas, que debían ser gotas de sangre de las maceraciones...

aquella leyenda de santidad, le valió un honor, que nadie, antes que él, había tenido; el de hablar desde la Cátedra Sagrada, sin ser sacerdote;

los penitentes, querían oirle, y, el Director de los Ejercicios se lo suplicó....

— Mi deber es obedecer, dijo él, y habló.

en la penumbra grisácea, que la luz de los cirios hacía trágica, la figura espectral, se hacía efímera, con su cabeza pálida, como un cirio de cera alzado hacia las constelaciones.

y, habló de la pureza, de la dulce servidumbre

de la castidad, que era la más grande hora de alegría, que había en el hombre; la victoria sobre la carne miserable...

y, evocó el espíritu de los grandes castos, como para llenar con su presencia invisible, aquel recinto, donde tantas almas, temblaban en la intemperie del Pecado;

en el juego de luces y de sombras, que los cirios elaboraban en la tiniebla, los movimientos de su cabeza espléndida, moviéndose como una flor versátil, bajo un viento de inspiración divina, se hacía resplandeciente, y, era por sí sola, como un grito de Elocuencia, rompiendo la penumbra...

sus manos, finas, espectrales, se extendían, como dos pulpos de marfil, tendidos hacia las almas; se diría, que dibujaban en el espacio, la red de sus propios sueños;

su voz sin sonoridades, una voz, como vencida y, meditativa, hecha para esas horas de recogimiento y penitencia, era como un efluvio penetrante, escapado de un jardín del paraíso, de un huerto invisible, donde se abriesen las más extrañas rosas teológicas, llenas de un divino encanto;

el prestigio de ese verbo rítmico, invadía los corazones y, los poseía, estremeciéndolos, como los calofríos, de esa fiebre del amor divino, que toca las almas solitarias en la hora pueril de la contrición...

y, los espíritus se sentían atraídos y convergentes, hacia el círculo luminoso de aquel gran pensamiento, que así les hablaba del mal de pecar, y, del dulce y voluptuoso placer de ser perdonados...

y, todos ellos que habían pecado, bajo el aguijón de su carne victoriosa, se sentían vergonzosos y anonadados, ante los anatemas contra el vicio, que brotaban de aquellos labios vírgenes, que no habían besado, y, el gesto de aquellas largas manos penitentes, que no habían tocado cuerpo de mujer...

Y, cuando el Doctor Angélico calló, y, su figura sensitiva y, triste descendió de la tribuna, esas almas, llenas aún del soplo de su palabra, vinieron á él, para besarle las manos transfigurantes, que habían gesticulado en la sombra, como dos blancos gonfalones de Pureza, alzados en una torre de marfil : *Turris Eburnea*;

ancianos sacerdotes, jóvenes catecúmenos, letrados y, campesinos, se inclinaron ante él, con los ojos húmedos de lágrimas, murmurando :

— Es un Santo ;

el exceso de los placeres solitarios, á que se entregó expresa y voluntariamente esos días, con un furor de mono, para obtener la figura de extenuación y de maceración que necesitaba, le habían dado en efecto un aspecto cadavérico, que enternecía;

era así, como él, quería presentarse á Monseñor Labial, para conmoverlo y á sus enemigos, para desarmar su cólera ;

del frasquito de carmín, que había llevado, para regar algunas gotas, en las sábanas y, en el suelo, y, empapar las disciplinas y el cilicio, que escondía bajo los colchones, seguro de que serían hallados por el sirviente, vertía algunas gotas, mezcladas con agua, á su pañuelo, para hacer creer que esputaba sangre ;

eso, lo hacía más interesante, y, todos preguntaban diariamente, por la salud de aquella carne virgen, donde no se ocultaba el pecado,

y que era la del Héroe combatiente de la Iglesia, que, mañana sería su campeón más formidable...

él, reía, interiormente, lleno de una diabólica alegría, ante la humana estupidez, viendo ese rebaño, que él, cultivaba para ser sus lectores, y, sus suscriptores y, sus electores de mañana;

si su risa se hubiese externado, esa carcajada habría hecho temblar el edificio con su cínica sonoridad, á esas horas en que él, se recogía en el lecho, para pensar en el aprisco de cretinos que lo rodeaba, antes de entregarse, á las maniobras de la más inmunda lascivia, con esa facultad de experto que tenía, para prolongar indefinidamente sus goces... mientras afuera, los guardianes de noche, los sacerdotes, que pasaban antes del alba, para decir la Misa, los penitentes y los comulgantes, que iban á la capilla, se detenían ante su puerta, y, miraban, llenos de una conmovida piedad, aquel lugar predestinado, donde dormía, un Santo.

Durante esos días de penitencia, el Milagro, que el Santo, había hecho, en el vientre de Magdalena de Rentería, engrandecía enormemente ;.

las huellas de la santidad, se hacían visibles ;

la familia desesperada, estaba, no ya pronta á capitular, sino á implorar el matrimonio, ante la deshonra inminente que la amenazaba ;

ella, recluyó á Magdalena en el lecho, y, ocurrió á monseñor Labial, como á su último salvador ;

éste, prometió hacer todo lo que estuviera de su parte, inmediatamente que su discípulo, saliera, de los Ejercicios Espirituales, en que el espanto de su falta, lo había hecho refugiarse ;

la idea de que León, persistiese en su designio de retirarse á un convento, quitaba el sueño y la vida, al pobre Monseñor, al cual, toda emoción, fuerte, le estaba prohibida por los médicos...

era necesario, de toda necesidad, evitar ese suicidio, porque no otra cosa, era á sus ojos, la entrada de León, al convento de los Mínimos ;

preferible era el matrimonio ; sí, porque esto sería menos doloroso ; al menos, así estaría en el mundo ; podría verlo, hablarlo, tenerlo á su lado, sentir entre las suyas, aquellas manos blancas, que lo llenaban de un calor vivificante, sentir aquellos labios sensitivos, que tenían la bondad eficaz de consolarlo, y, mirarse en la amplia zona serena, de aquellos ojos meditativos, que parecían, un río pacífico y, musical, bajo la secreta inmensidad de una noche de estrellas...

y, esperaba al ausente, lo esperaba, llenando con su invisible presencia, su bella alma sometida. . . . . .

. . . . . .

y, era ya tarde aquella noche, cuando León entró á casa de Narciso Labial;

se presentó de improviso, en el dintel de la puerta, como si fuese un fantasma, evocado del tiempo infinito, y, aparecido allí, en el ritmo lento del silencio, bajo la escasa luz de la lámpara, que iluminaba sus cabellos blondos, como ornándolo de una diadema de gemas coronarias;

los ojos bajos y, entrecerrados, como llenos de un deslumbramiento interior vasto y profundo; los labios pálidos, cerrados violentamente, como en una concentración de silencios; en el rostro todo un aire de abatimiento, espantado y dulce á la vez, como lleno del dolor de la existencia, y pronto á darle un adiós, definitivo; los brazos fláccidos, caídos á lo largo del cuerpo, en un gran gesto de lasitud, como privado de toda voluntad, y, pronto á desfallecer;

Monseñor Labial, somnoleaba, en una dormivela, no exenta de fatiga, respirando penosamente, en la atmósfera del aposento, viciada por el olor de los medicamentos, inmóvil, sobre el gran sillón, en el cual, se hundía su cuerpo

todo, envuelto en una veste de cámara, lila, recamada de oro, con motivos japoneses, como un kimono suntuoso;

la luz de la lámpara, palidecida por una pantalla de seda gris claro, caía sobre él, en reflejos suavemente versicolores, que le hacían uno como nimbo argentado, en la visión móvil de una atmósfera acuática, hecha de cosas inmateriales y fluidas, en la cual sus pensamientos amables, tendían vuelos invisibles, como palomas crepitantes de oro, en la calma de un lago neptuniano;

sus manos, yacían inmóviles, como si fuesen dos flores más, bordadas como las otras sobre la veste liliácea;

su bella faz, no era tranquila, como si la sombra de la inquietud, subiendo de su propio abismo interior, nublase la serenidad de su alma, tal el vuelo de un cárabo fúnebre, sobre la placidez de una agua nocturna;

más que el leve ruido, hecho al entrar, fué su propio corazón, quien advirtió á Narciso Labial, la presencia de León Vives, cerca de él;

y, abrió sus ojos, al advenimiento de aquel

otro corazón, que era al suyo, como á la aparición de una alba desnuda;

y, como no podía moverse, sin grandes dolores, le tendió los brazos, cual un abismo, que atrae otro abismo, y, lo devora...

y, León, se precipitó sobre ese pecho piadoso, como lleno de la magnificencia de sufrir y, de callar...

y, un silencio se hizo entre ellos, un gran silencio, que parecía borrarlo todo en un invencible desamparo, en esa terrible dulzura que devora los corazones, que no son en realidad, sino monstruos de Infinito, insaciables de deseos;...

el silencio, como un confidente vivo, se hacía enorme, y, se extendía en una calma, dulcemente monástica, hasta el jardín cercano, lleno de claridades estelares, que descendían de los cielos cristalinos y, profundos, sobre las rosas flabescentes, como sonambulizadas en el Misterio, y, sobre la candidez floral de los jazmines, y, el alma virginal de los geranios, y, el ámbar amarillo de los claveles, que embalsamaban el aire de dulzuras tiernas y soñadoras,

y, penetraba en ondas emocionales, hasta el salón silencioso, en el cual los grandes espejos parecían lagos ficticios de oro, bajo el poniente moaré de una tarde escandinava, y, se esparcían en la estancia, donde entre tantas claridades adorables, temblaban aquellas dos almas implorantes, llenas de tan distintas emociones;

y, en el silencio impalpable, esas dos sombras, inmóviles y, abrazadas, parecían un puñado de polvo, un puñado de cenizas, arrojado en medio de tantas magnificencias...

pero, como el silencio, es un mentís, á la Soberanía Inviolable de las almas, una derrota á lo que hay de adorable en nuestros corazones, ellos, se hablaron al fin, confusamente, casi con balbuceos, que los suspiros hacían aún más ininteligibles, como si temiesen abrir sus almas, ante esta noche voraz de la Verdad, llena sin embargo de tan sublimes simplicidades;

y hablaban en voz baja, confidencial, como de seres, que tienen el hábito de la penitencia;

y, en efecto, León, que insensiblemente había caído de rodillas, se confesaba ante su Maes-

tro, cuya figura, ahora calmada y, muda, tenía la serena gravedad, de quien escucha el grito desbordante y, sobrehumano, de un gran dolor, sonar en su corazón, en las fibras de su propia carne, llena de la miseria de amar y, de vivir ;

estremecido y sollozante, León, contaba cómo había llegado aquella tarde á casa de la familia de Rentería, en busca de Ovidio, y, había hallado á Magdalena, que estaba sòla ;

él había querido huir, cual si oyese la voz lejana y, profunda del peligro, sonar en su corazón, y, la sombra querida del Maestro, había venido á su mente, como para salvarlo, pero, ella, Magdalena, lo había detenido, con pretexto de que su hermano iba á volver, y, tomándolo de la mano, lo había llevado por el salón obscuro, hacia el gabinete cercano, y, allí...

no pudo decir más... porque los sollozos le ahogaban la voz, y, un temblor febril agitaba todo su cuerpo, y, hacía de sus palabras, un sonido gutural, que era un lamento...

había sido violado; sí, había sido violado, eso era lo que se desprendía, de aquella confe-

sión incoherente, hecha con la violencia confusa, de quien siente aún el horror de una escena, y, aparta de ella los ojos, como temeroso de que lo obliguen á contemplarla, en una profanación de todas las cosas bellas, florecidas después de la catástrofe, en los senos profundos del Olvido...

— Soy, muy desgraciado! Soy, muy desgraciado! clamaba.

— Tened Misericordia de mí; porque he pecado contra Dios, y contra vos ¡oh! mi Maestro...

y, como si la hostil invasión de tantos recuerdos, viniese á anonadarlo de nuevo, callaba abrazándose á las rodillas del Maestro, temblando como bajo el soplo de un huracán glacial;

Narciso Labial, lo consolaba con grandes palabras de Indulgencia, de Paz y, de Perdón;

— Pecar! ¿quién no había pecado sobre la tierra? ¿qué sería de la Misericordia de Dios, si no tuviese á quién perdonar?; el pecado del hombre es limitado, la Misericordia divina es infinita... El arrepentimiento es el fuego que

nos purifica. Él, León Vives, estaba ya perdonado. Ahora, no le quedaba sino remediar su falta, casándose con Magdalena de Rentería, para evitar el escándalo, porque es el escándalo, lo que Dios castiga aún más que el pecado...

y sobre la boca, florecida de quimeras, de aquel gran decidor de cosas bellas, continuaban en brotar dulces palabras de consolación, que el discípulo ya no quería oir, desde que se había hablado de matrimonio...

— ¿Casarse? dejar á Dios y á su Maestro? renunciar á su vocación sacerdotal, á esa gran corriente de purificación y, de ascetismo que ahora soplaba sobre su alma y, la llevaba violentamente, hacia los grandes parajes de la soledad, donde florece el lirio del amor contemplativo y místico? No. Eso, no lo haría él. La voz de Dios sonaba en su corazón, llamándolo á otros destinos, los solos que pueden librar el alma humana, del eterno naufragio de la Vida. El súbito esplendor de la Fe, lo llamaba al claustro, lejos de las teorías triunfales, que hasta hoy habían devorado su vida. Su camino de Damasco estaba hallado, y el rayo revelador,

había ya estallado sobre su cabeza. Dios, se había servido del Pecado, para llamarlo hacia sí, y, él, obedecía la voz de Dios... Un sueño más alto, surgía en su alma. Y, sentía aún en su cuerpo mancillado, el horror de la mujer. La repugnancia física... Él, sentía que no podía acercarse de nuevo á aquel ser de perdición y de pecado... Además, su corazón no era libre. Un gran amor lo poseía... El Amor de Juan, aquel que en la hora de la cena, inclinó la cabeza sobre el hombro del Maestro...

y, al decir esto, alzaba sus grandes ojos lagunares, infinitamente humildes y, apasionados, hacia Monseñor Labial, y, su voz era entonces, como un soplo que moría sobre sus labios, sus labios que parecían tenderse como una flor de llamas al encuentro de una desconocida aurora;

Monseñor Labial, ensayaba de nuevo consolarlo, alentarlo, con esa dulce efusión de su palabra, que la fatiga hacía opaca, pero siempre férvida, cual si fuese una substancia viva llena de calórico y, de perfume;

pero, León, parecía no oirlo, y, abrazado á sus rodillas, con una voz que era más una im-

ploración salida de la profundidad de sus entrañas; le gritaba...

— Huyamos! huyamos, Maestro mío! ¡Oh! tú mi Protector! No me abandones! Huyamos hacia el « Desierto », hacia aquel gran claustro blanco que ilumina la Soledad, como una estrella. Guardaremos allí nuestras vidas, contra las intemperies del mundo, como dos flores, en un mismo vaso, en aquel altar perpetuo del perpetuo amor. Algo de libre y de inmaculado se alza ante nosotros, que hemos sufrido tánto en este extraño suplicio de seres incomprendidos. Salgamos de esta tiniebla sin límites que es el mundo y, vamos hacia esa aurora estrellada, de divinas claridades, que es el Claustro. Allí la paz será con nosotros, la gran paz del alma, llena de los castos albores de un cielo matinal. La ola enorme de la luz divina, calentará nuestros corazones, en esa inmolación sin sangre de los deseos inútiles de la vida. Y, viviremos bajo el encanto de las palabras bellas y profundas, que el Verbo de Dios, dirá á nuestros corazones, desde la cátedra del Espíritu Santo, de donde la paloma mística bajará, ba-

tiendo sus alas sobre nosotros, sus alas, que serán como dos astros, hechos opacos, á fuerza de ver sufrir las almas...

Narciso Labial, sibarita elegante, que no participaba del ardor místico de su discípulo, y, en todo pensaba, menos en abandonar la vida regalada de la Capital, para ir á vegetar, entre frailes sucios y, logreros, lejos de los salones espirituales y de los banquetes opíparos á que estaba habituado, en la bella indolencia de su alma epicúrea, y, que no había pensado nunca en purificarse, ni creía que le hiciera falta, oía sonriente la apasionada peroración, tratando por palabras suaves y, comunicativas, de convencer á León de la necesidad imperiosa de mirar la Vida como era. No se podía hacer el mal impunemente, sumir una familia en la deshonra y en la desolación y sembrar el escándalo en las almas. ¡Ah, no! Eso no lo haría su discípulo amado; su deber imperioso, era casarse. Era el único deber grato á los ojos de Dios...

León, lo escuchaba inmóvil, en silencio, como una substancia inerte en la noche, con la apa-

riencia apenas de una forma corporal, echada á los pies del Maestro;

éste, pasaba su mano débil, sobre el oro de los cabellos, acariciaba las mejillas húmedas de llanto, como una flor en la Noche, inclinaba hacia él, su frente llena de claridades, como para mirar los ojos líricos, tan bellos en esa actitud de sumisión y, con un gesto penoso, que su ternura ennoblecía, como una esencia espiritual que desbordase de su alma, lo levantó con grandes esfuerzos, para abrazarlo, para traerlo sobre su corazón, su pobre corazón, en el cual dormía ya la Muerte, bajo el vuelo encantado y lento de toda una sucesión de divinas esperanzas...

León, continuaba en gemir, y, pedía una tregua, para decidirse, una tregua de unos días, los cuales pasaría al lado del Maestro, porque no tenía el valor de lanzarse de nuevo al mundo, á ese mundo del cual sentía el peso en su corazón atormentado, que llevaba la huella de su falta, como una corza, escapada por milagro, lleva en el anca inmaculada, la huella de la zarpa del leopardo;

y, sabía callarse sobre los verdaderos móviles de su resolución ;

él, no quería decir que pedía esa hospitalidad, por miedo á encontrarse con Ovidio de Rentería, en cualquiera parte que no fuese en presencia de Monseñor Labial, y, porque quería huir de escenas desagradables, con doña Casilda, que reventaría de celos, al saber el proyecto de su matrimonio, escenas que podrían hacerle gran mal, si llegaban á ser siquiera fuese ideadas, por los sacerdotes de la Fonda, en los cuales veía él, sus grandes sostenes de mañana, las fuentes vivas de su porvenir político, hacia el cual daba, con su matrimonio, un paso de escalada, más grande que aquellos, con que los héroes de Homero, escalaban el cielo ;

Narciso Labial, concedió emocionado, aquella hospitalidad que se le pedía; la concedió con un gran placer, turbado por el extraño encanto de aquella reconciliación, y, los enormes fenómenos que se sucedían en su alma, llena de una exquisita sensibilidad, tan grande y, tan pro-

funda, que se exasperaba hasta una como epilepsia de su propio sueño;

y, León Vives, que alzaba ya el rostro consolado, lo fascinaba, con la ternura latente, de sus grandes ojos, que aun serenos, quedaban tristes, como un brazo de mar estremecido, donde ha pasado un naufragio...

y, se retiraron á descansar, ya muy tarde, cuando la corona de la Noche, se ajaba, como una flor enorme, sobre las cimas del Alba y, el día, hacía florecer, extrañas caravanas de jacintos, sobre el agua crepuscular de los estanques, que parecian petrificados...

bajo los cielos desmesurados, había gran calma;

de los candores de tantas flores, que había en el prado, se alzaba una alma... hacia las cimas de los cipreses...

las candideces de los nenúfares y de las rosas, se hacían luminosas, en la transfiguración de las tinieblas, hechas cuasi tenues nieblas, al presentimiento del día;

se abría, sobre el mar violescente de la hora, la crisálida augusta de la aurora;

y, las alas del tiempo, se plegaban, sobre aquellas dos almas, que imploraban diciendo, á la mudez enorme del Destino!...

¡Oh! Dios ¿dónde está nuestro camino?...

Porque era tiempo de encadenar el vuelo de sus ficciones, León, lo encadenó;

y, porque era ya, tiempo de capitular con la Realidad, León, capituló;

feliz estaba, feliz de ver cuánto es el poder de la Mentira sobre la tierra, y, cómo el hombre fuerte, no es aquel que alza la cabeza, sino aquel que la oculta, y, cómo en las luchas de la vida, la fuerza mayor, no es la del león, sino la del áspid; el rugido denuncia al león, he ahí su debilidad; la serpiente es silenciosa, he ahí su fuerza; la garra deja huella, y, la huella orienta al cazador; por la garra muere el león; deslizarse sin dejar huella en el boscaje, esa es la última victoria de la víbora;

la astucia, decía León Vives, la astucia vence al Mundo. Si yo fuese Rey, levantaría un templo

á la Hipocresía. Y, me adoraría en él. Pero, ¿qué templo no es levantado á la Hipocresía, desde que es levantado á la Virtud? El gesto de todos los teomegalómanos, que se han hecho pasar por dioses, y, por Cristos, ¿qué otra cosa es que la máscara pacífica del Orgullo, es decir: la Hipocresía? Y, esos grandes hipócritas, tienen templos. Buda, los tiene, Cristo también. ¿Y, yo? Yo también los tendría, si hubiese nacido en otros tiempos y, en otras latitudes. Para ser un dios, lo tengo todo, no me sobra sino el genio. Eso también me estorba para ser un grande Hombre... Me conformaré con ser un Santo, y, Bizancio, me adorará... Bizancio, era la ciudad cretina, que se veía desde sus ventanas, y, se extendía loma abajo, con sus techos rojos, como una gargantilla de corales, incendiados por el sol...

Y, el Santo, reía, reía de verse admirado... Y, su sonrisa, era, como un balo de desprecio, alzado en el oriente de la ciudad rastrera, que el ruido de su virtud, llenaba como un prestigio...

el Desprecio, era una parte de su elevación;

despreciarse, es la derrota de Sí Mismo; despreciar, es la Victoria sobre los otros; y, él sabía despreciar; es decir: sabía vencer...

Los parlamentos para hablar del matrimonio niciáronse entre la familia de Rentería y, Monseñor Labial, en los propios salones de éste, y, ausente León de las primeras conferencias;

la familia mostróse feliz, de la victoria de Monseñor, que había logrado apartar al tenaz catecúmeno, del insensato proyecto de recluirse en un convento, dejando atrás un milagro suyo, ya florecido en vientre de Magdalena;

autorizado por su discípulo, Narciso Labial, hizo la promesa legal del matrimonio, y, fijó la fecha, que debía ser inmediata, porque las huellas del Santo, crecían sin precauciones, y, pronto serían visibles á los ojos de todos;

él Señor de Rentería, era feliz de casar su hija, enfermiza y estorbosa, de la cual nunca había pensado verse libre, porque no creía que hubiese hombre bastante valiente, para echarse encima, la carga de aquella epiléptica, medio idiota, condenada, con el andar del tiempo á la imbecilidad completa, y, asaltada de continuos

y, repugnantes accesos, que la hacían horrible de ver;

casando esa hija y, enviando á Ovidio, á Europa á estudiar, quedaba completamente libre, para dedicarse á una querida joven y muy bella, á quien recientemente había montado casa, y, de la cual se sentía verdaderamente enamorado;

de su mujer no se preocupaba; aquel caparazón ambulante de iglesia en iglesia, lo tenía sin cuidado.

— Ni un jesuíta, sería capaz de meterle el diente, decía riéndose.

Sin embargo, después del milagro de León Vives, todo lo creía posible.

— Es tan sucio ese chico, decía, que es capaz de haberme adornado la cabeza. ¡Jesús! y, qué valor!

Doña Beatriz, ya apaciguada, accedía gustosa también; ora porque su Orgullo permanentemente hipertrofiado, no habría resistido la terrible herida de la deshonra; ora porque así, tendría á León más cerca, ya para sus necesidades de *escritora*, ya para sus quehaceres de

ostentosa filantropía; ora, porque sentía un secreto, irresistible encanto, á la idea de tener siempre cerca á sí, y, con mayor intimidad, aquella figura de joven, tan exquisitamente blanca, con aquellos ojos tan tristes como un crepúsculo inolvidable, y, la piel de aquellas manos, tan suaves, como los pétalos de un geranio, tropezado en las tinieblas;

y, la vieja, beata y socarrona, se sumía en un éxtasis sin palabras, á la sola idea de tener siempre cerca de sí, y sumiso á sus caprichos, á aquel que sería su hijo político, y, cuya delicada belleza de Evangelista desterrado, había obsesionado, más de una vez, sus horas solitarias, de implacable deseo;

porque el deseo de la carne, es, en la mujer aquello que nunca muere; el alma de la mujer, es el deseo;

aun en una momia milenaria, si esa momia es de mujer, vive el deseo; si la tocan manos de hombre, la arcilla perfumada se estremece, y, sus labios se tienden hacia el beso...

no hay, sino una Eternidad: el Deseo, en la mujer;

Magdalena, que amaba á León, con un amor de hipnotizada, y, en cuya boca, las huellas de sus labios, habían dejado nostalgias de cielo, fué feliz á la idea de su próximo matrimonio, que le permitiría de nuevo, el estremecimiento divino, de dormir sobre su corazón;

cuando Monseñor Labial, radiante de su victoria, comunicó á León, la fecha del matrimonio, éste se refugió en el último escrúpulo: no tenía dinero, ni siquiera para hacer su equipo de novio;

Monseñor Labial, cuya alma, era un huerto de bondad, abierto á todos, y, en el cual, aquel que entraba podía, cualquiera que fuese, coger una flor, vino en su ayuda, y, le ofreció facilitarle algún dinero, que con los otros que en varias ocasiones le había dado, León, le devolvería al coger la herencia de su mujer;

este era un sacrificio verdadero, en Narciso Labial, que no era rico, y, cuya vida ostentosa, le obligaba á grandes gastos, aumentados ahora por su enfermedad, que le impedía, las tareas de su profesorado, que tanto le redituaban;

León, le agradeció en un gesto sin palabras, y, como si el genio de la Gratitud, le subiese todo á los labios, tomó la mano de Monseñor Labial, y, la llevó á ellos, silenciosamente, apasionadamente, con el fervor de una promesa y, la solemnidad de un pacto;

para ayudarse en sus otros gastos, León, resolvió la venta de *su casa;*

Su casa, era, la posada de doña Casilda, de la cual, se había hecho hacer primero, hipoteca, por pequeños empréstitos, y, luego, un documento de venta ficticia, para librarla de los acreedores, había dicho él;

doña Casilda, que esperaba impaciente, el regreso de León, segura de solazarse largamente, después de tan forzada continencia, no vió llegar en cambio, sino un abogado, unos peritos avaluadores, y, un comprador de la Fonda;

la pobre mujer, estupefacta, no creía á sus propios ojos...

— ¿Qué iban á hacer? ¿vender su casa? pero, si eso era de ella, comprado con el dinero de su pobre marido, que en paz descansara;

— ¿Y, este documento? le decía el Abogado.

— Esa era una comedia entre el Señor Vives y yo, para salvar la casa... Es verdad, que yo le debo algo á él, pero mi casa, mi casa es mía.

— Usted, está loca, Señora. Esta casa es del Señor Vives...

— ¿Entonces, ese hombre me roba?

— Ese hombre es un ladrón...

hubo un momento de estupefacción general; todos miraron á la mujer, como si estuviese ebria;

el abogado, presa de una indignación que no era fingida, calóse los lentes, miróla fijamente entre compasivo y severo, y, díjola solemnemente:

— Señora! No blasfeme Usted. Ese hombre, es, un Santo...

y, todos aprobaron, repitiendo, si no con los labios, con el alma:

— Es un Santo...

loca de dolor, doña Casilda, se refugió en el Comedor, para contar á todos su desventura.

— Se me echa á la calle. Se me roba, se me roba, gritaba desesperada.

los clérigos, que en aquel momento, entre plato y, plato, comentaban las últimas crónicas de los Ejercicios Espirituales, sobre las maceraciones, los éxtasis y, la elocuencia de León Vives, que otros eclesiásticos les habían referido, alzaron atónitos las cabezas, ante aquel huracán de gritos, que venía á perturbarlos en sus piadosas disquisiciones;

algunos creyeron á la patrona, atacada de locura imprevista.

— Pero, ¿qué le pasa á U.?

— Que me roban.

— ¿Quién la roba?

— Ese hombre, ese hombre...

y, entre sollozo y lamento, contaba su desventura. ¡León Vives, vendía su casa! León Vives, la robaba...

pálidos de coraje incontenible algunos quisieron taparla la boca, otros cubriéronse los oídos, cual si el eco de aquellas blasfemias, los lastimasen hasta el dolor; los más quisieron echarla fuera, diciendo:

— Está loca!...

mas, cuando ella volvió sobre la acusación ya no la toleraron.

— ¡Calle U. Señora! Calle Usted. Ese hombre es un Santo...

y, hasta la vieja criada que los servía, exclamó compungida, levantando los ojos hacia el cielo...

— Es un Santo...

ningún Abogado de la Ciudad, quiso encargarse de la causa de la Señora, y, en todas partes, de todas las bocas, ella no oía, sino la misma frase...

— Es un Santo...

Bizancio, aclamaba á su Profeta...

. . . . . .

así, cuando días después, el nuevo dueño de la casa, vino á tomar posesión de ella, con curas y todo, y, no hubo ya lugar para la rebelión, y, obligada por la policía, la pobre mujer, que aun no creía en su desgracia, se vió obligada á abandonar su casa, sin poder sacar de ella, nada, porque todo se lo arrebataban, y, con un envoltorio bajo, el brazo, envoltorio que contenía todos sus enseres, se halló en la

calle, á la intemperie, camino de la miseria y de la muerte, ya, no se quejaba...

abatida, resignada, anduvo por la ciudad hostil, sin saber á dónde refugiarse...

y, de tarde, á la luz de un sol occiduo que moría sobre la ciudad, como un Rey hecho mendigo, entre harapos de nubes desgarradas, transida de frío, de hambre y, de dolor, se dejó caer sobre las gradas de una fuente pública, reclinó la cabeza sobre el envoltorio negro, escuchando caer el chorro murmurador, que él, también parecía decir reuniendo en su cristalina monotonía, las voces todas de Bizancio...

— Es un Santo... Es un Santo...

El matrimonio de León Vives, fué un acontecimiento sensacional, en la pequeña ciudad, orgullosa y, meditativa, hecha á los comentarios y, á las glosas, de los hechos, aun los más triviales, que pudieran turbar su monotonía fangosa, de pantano;

la prensa local, se dejó ir ingenuamente á las más extrañas apreciaciones;

las palabras prestigiosas, y, las prosas sonoras, no faltaron, con sus reflejos y, sus opulencias, haciendo de su retórica, un tapiz de flores nupciales, inapreciables de cretinismo;

pero, la que batió el *record*, en esa carrera del ridículo, fué la prensa dicha democrática, cantando como victoria suya, esa, en que según ella: « un hijo del pueblo, se encumbraba, por el solo *mérito de su talento*, hasta la cima de

la sociedad » : esos eran sus gráficos decires;

la prensa conservadora y clerical, fué rica en elogios para el joven polemista, y, quemó toda la mirra de sus pebeteros tipográficos, ante la hidalga actitud del rico banquero, que hacía el bello gesto de dar á la democracia naciente la más encantadora flor de su jardín ;

y, todos se inclinaban ante el paria de genio, hecho rico ; y, no por genio, sino por rico, lo adulaban ;

pero, la que hizo su Agosto, fué la prensa jocosa y, centavera ; la caricatura fatigó sus lápices y, sus tintas; las hubo espirituales y groseras, ninguna genial, pero todas de una crueldad exuberante ;

la *Pucelle*, ó sea León Vives, hizo el gasto; se le presentó en las actitudes más cómicas y, aun las más arriesgadas y grotescas; el caso de su virginidad, al fin vencida, era el objeto de todas ellas ; y, las dudas sobre su virilidad era el de otras ; allí, se le representaba con velo blanco y corona de azahares ; más allá con el yelmo y, la coraza de Juana de Arco, defendiendo su sexo, de las seducciones de su esposa ;

en otra, él, y Magdalena, vestidos de blanco, y con sendcs velos y coronas, mirándose indecisos, y, al pie, irónicamente deformado, el título del conocido cuadro : « Al fin *solas* »...

pero, la de más intensa y ruda desfachatez, fué una que tuvo que recoger la policía, apenas circulada, y, que representaba á Monseñor Labial, desmayado en brazos de doña Casilda, y, al pie, el famoso verso, que pinta á Mario ante las ruinas de Cartago, pero parodiado así : « Y las dos viudas, se consolaban mutuamente ».

la ceremonia fué pomposa ; de pompa y lujo burdos, pero desbordantes de riqueza ;

Monseñor Labial, haciendo un supremo esfuerzo, se hizo llevar á la Capilla, para ser él, quien diera la bendición á los esposos, dando con su presencia inusitado esplendor á la festividad ;

y, fué allí, llevado por León, que en la red artificiosa de sus mentiras, hízole creer que sin su presencia, él, vacilaría, y, no tendría el valor de cumplir el sacrificio ;

mi expiación, llamaba él, su matrimonio y, ofrecía ese *sacrificio*, á su Maestro, como la flor

más preciada de su afecto, la gran renuncia definitiva, á los sueños de su vida ascética, y, lloraba, ante este mudo plegamiento de los cielos de la Contemplación, sobre su pobre frente castigada;... y, hacía el gesto de someterse á su Destino, como un pobre ser miserable, que no tiene ya la fuerza de luchar; y, cada lágrima que vertía, parecía que fuese, la última gota de sangre de su corazón caída sobre las manos de su Maestro;

y, con una voz cuchicheante, acariciadora, hablaba de su vida de colegio, y, del dolor de abandonarla; y, la ternura de sus ojos velados, por el llanto, era extática como ante la visión de un paisaje querido, que se borra, en la sombra;

durante la ceremonia, estuvo grave, meditativo, como si escuchase todas las responsabilidades de un Destino taciturno, llorar en su corazón;

no miraba á su mujer, el azul de cuyos ojos luminosos, parecía devorarlo, con la suave mansedumbre de un río profundo...

él, no tenía ojos sino para el altar, donde la

verdad física, del Cristo transfigurado, tenía en la estela luminar de los cirios, una expresión espiritual de suprema belleza, que lo hacía casi divino;

Monseñor Labial, con la muerte en el alma y, en el cuerpo, sentado en su sillón armoriado, cual si fuese la estatua yacente de un bello Papa, hizo á los desposados un pequeño discurso, lleno de la simplicidad exquisita y, la imprescindible elegancia, que era una propiedad personal de aquel Petronio de la Iglesia;

durante el discurso, cual si una fuga de recuerdos pasase por el horizonte blondo de luces, en el vuelo cautivo de las mariposas azules que fingía el humo, ante sus ojos, llenos del divino esplendor de una visión, León, ocultó el rostro entre las manos, y, se le oyó sollozar, en pausas rimadas, casi tan dulces, como la música del Órgano;

y, cuando alzó el rostro, bañado de lágrimas, hacia su Maestro, que había callado, sus ojos, irisados, como de agua removida, tenían la misma expresión de gratitud, de un adolescente

en convalecencia, que deja el lecho, para mirar el Sol;

Monseñor Labial, temiendo que la emoción demasiado fuerte hiciera mal, á León, apresuró la ceremonia;

y, los desposados abandonaron el templo, entre dos filas de flores, y, el sonoro cántico que descendía del coro en la trama orquestal de sus modulaciones, como una gran salutación de paz, á los dos seres felices, que bajo las volutas iluminadas con reflejos meteóricos, entre las altas columnas, cuyos capiteles semejaban vegetaciones extraterrestres, iban como sobre las ondas de un río de Ensueño, hacia la Ventura y, hacia el Amor;

De día en día, de hora en hora, la enfermedad que destruía, la fuerte constitución de Narciso Labial, siguió creciendo, hasta reducirlo, si no al lecho, porque era rebelde á esta forma de reposo, sí á la inmovilidad relativa, en un sillón, entre el suave coro de sus discípulos, que lo rodeaban solícitos, y, los cuidados de la alta sociedad, que no lo abandonaba un momento;

ese hombre, que tenía el amor intenso y profundo de todas las voluptuosidades de la Vida, amaba las flores, los perfumes y, la música, con una pasión oriental, y, una exquisitez, de Príncipe florentino, en la era medioeval;

la intensa armonía del perfume y, la música, llenaba su alma de una magia indescriptible, en la cual, no sus pensamientos, sino sus senti-

mientos, se abrían dulcemente, con crepitaciones de lotos, y, las visiones de sus sueños de una luminosa y, tierna animalidad, volotea-ban, como cantáridas de fuego, animadas y fulgentes, sobre el espejo taciturno de un lago bituminoso;

así, su habitación era siempre, sonora y perfumada, como un jardín, pletórico de pájaros;

él, mismo, era un músico notable; músico sin genio, pero lleno de virtuosidad, que sabía impregnar de un enorme perfume de Ensueño y de Amor, todas las cosas que tocaba, desde los instrumentos hasta los corazones; y, las teclas del piano, como las almas de los niños, se hacían soñadoras á su contacto, como llenas de una melodiosa melancolía;

enfermo, ya no tocaba el piano ni el violín; pero, amaba que sus discípulos, que de él, habían aprendido, los tocasen, en largas *soirees* musicales; y bajo el encanto y, la fascinación visible de la música, su alma, parecía transfigurarse en un sueño, y, se alzaba armónica en el aire, siguiendo los acordes de la música, como una bella llama de alcohol, movida

por un viento melódico; mientras afuera, bajo los cielos serenos, el jardín penumbroso, sollozaba, como un inmenso corazón de cristal, que se hubiese hecho humano;

de esas reuniones, estaba ahora ausente León Vives, con largas ausencias, que se hacían notables;

desde los primeros días de su matrimonio, comenzó á alejarse lentamente de su Maestro, del cual, ya, no necesitaba;

á las personas serias, que le preguntaban el por qué de esas ausencias, él, decía:

— ¿Sabe Usted? Yo, antes no vivía en el mundo. Ignoraba ciertos decires... Los he sabido después... Esas calumnias son tan dolorosas... Pero, hay que preservarse de ellas... En mi edad, en mi posición... Yo, soy un hombre casado...

á otros:

— ¿Visitar á Monseñor Labial? Eso es imposible. Siempre rodeado de jóvenes... Atmósfera de ligereza y de elegancia, gente sin seriedad. Monseñor morirá de viejo, y no se hará nunca serio. Eso alimenta las calumnias. Un hombre

que se estima, no puede frecuentarlo... Yo, lo quiero tanto! Pero, mi posición... No puedo comprometerla. No puedo.

y, á los amigos íntimos, antiguos condiscípulos que le hablaban sobre el particular, decíales, con ese cinismo frío, como la hoja de un puñal y que le era característico :

— ¿Qué queréis? Yo, soy ya un hombre casado. Tengo otros deberes. No se puede servir á dos señores...

y, diciendo la frase evangélica, guiñaba el ojo, y, reía, con esa risa sin sonoridades, que era como el movimiento de labios de una víbora;

pero, se guardaba bien de decir la verdad, de decir que no iba á ver á Monseñor Labial, por temor de que le recordase los ocho mil francos, que le había facilitado en diversas ocasiones, y, últimamente para su matrimonio; él, sabía á Monseñor Labial, en grandes apuros financieros, á causa de su vida dispendiosa y de su generosidad ilimitada; sabía que sus depósitos estaban agotados en los bancos, y, que la bondad de sus amigos ricos, había debido ir va-

rias veces en su auxilio; y, en vez de pensar en ir á su socorro, él, que tanto le debía, sólo pensaba en robarlo miserablemente, pues su esperanza secreta, era, que Monseñor Labial, muriese repentinamente, como estaba amenazado, antes de firmarle el documento por los ocho mil francos, que con tanta instancia le pedía, pues era lo que pensaba dejar á dos hermanas solteras, que caso de su muerte, quedarían desamparadas;

así, venía rara vez, y, siempre con precipitación, acompañado de amigos, de manera que Monseñor Labial, no pudiese hablarle nunca sobre el particular;

éste, herido en su delicadeza, por aquel olvido voluntario no se quejó; el recuerdo, que es la más fuerte de las voluptuosidades, laceró su corazón, unos días, pero, luego, abriendo los ojos, poco á poco, sobre el abismo y, la miseria de aquella alma, sintió en medio de su inevitable abandono, morir todos los días, una á una las grandes ternuras de su corazón, como las lámparas de un altar, que se apagan lentamente en torno al Ídolo; y, no las en-

cendió más; fué más fuerte que su corazón;

la revolución de sus sentimientos, se licuó en un gran desprecio, por aquel que lo abandonaba después de haberse enriquecido, y, como no se sentía solo, porque se veía siempre, sitiado por otras ternezas, olvidó desdeñosamente, á aquel que había entrado por sorpresa en su alma, para robarla, en los tesoros de su amistad.

— Tiene una alma de ratero, solía decir en sus soliloquios;

pero, se cuidaba de expresar nunca su disgusto contra él; tenía el alma, demasiado aristocrática, para eso; en esos casos, el reproche, es una Vulgaridad; el Olvido es la aristocracia del corazón;

á León, no le convenía, que Monseñor Labial, se disgustase abiertamente con él, porque su influencia en la alta sociedad, era decisiva, y, podía serle perjudicial, entonces, que se empeñaba seriamente, en fundar su diario católico, con imprenta propia, haciendo de él, una verdadera empresa, política y comercial;

y, así, hacía apariciones intermitentes,

siempre acompañado de algunos amigos, á los cuales decía :

— Por favor; no me dejéis solo con Monseñor Labial... Yo, he comulgado esta mañana...

y, callaba, extendiendo la austeridad de su rostro, como un manto, sobre la infamia de su propio corazón;

pero, un día, recibió una carta urgente de Narciso Labial, llamándolo, con precipitación; él, había leído, por la mañana, en los diarios, que Monseñor estaba muy grave, y, esperaba de un momento á otro, la noticia de su muerte, que lo librara de un acreedor molesto;

preguntó al sirviente, si había alguien con Monseñor, y, al saber que muchas personas lo rodeaban, no vaciló en ir;

Narciso Labial, yacía cuasi exámine, sobre el gran sillón de seda púrpura, que lo envolvía en un halo fulgente, bajo la gran llama del sol, ya occidental, que diseminaba un polvo de oro, por la gran calma del salón, lleno como de imágenes flotantes, y, coronaba su bella cabeza prelaticia, de Belvedere vencido, como de una diadema simbólica de rosas amarillas, crecidas

en los parajes innombrados de la Muerte ; su gran bata de seda cubría todo su cuerpo, como un peplum suntuoso, del cual, sólo se veían salir los pies, enormemente hinchados, calzados de calcetines rojos, que los hacían aparecer como dos amapolas enormes, prontas á reventar en sangre, y, la cabeza inmensamente pálida, con sus ojos esmeragdinos, llenos de una extraña luz, que se diría glauca;

y, parecía como rendido, bajo una enorme ala solar;

sobre el sofá donde moría un reguero de fulgores cuasi blancos, de la tarde hecha exangüe sobre el cielo, yacía un violín, cuyas cuerdas parecían estremecidas aún por la caricia del arco, que había hecho vibrar en ellas, raudales de melodía, evocando el alma de los músicos muertos, que como un río de múltiple belleza, recorre el mundo, en una sucesión de paisajes mentales, vastos como la Vida;

ahora, el instrumento yacía inerte, como el pávilo de una llama extinta, esperando que nueva mano férvida viniese á arrancarle, los secretos de su alma sonora, en una cromacia de

armonías, como en una sucesión de auroras;

el piano abierto, mostrando sus teclas blancas, parecía una bella boca de mujer, que hubiese acabado de cantar y sonriese en el silencio;

en aquella calma, aun vibrante y seminocturna, donde la atmósfera misma, parecía llena de una sensibilidad afectuosa, de melodías muertas y de corazones vivos, entre la tenuidad de las flores, y, los fulgores hechos opalinos de la hora, sonaba la respiración fatigosa de Narciso Labial, y, á intervalos, su voz, esa voz cantante y suave, bella aún, como si su alma toda sonase en ella, en esas palabras de una opaca armonía, que subían á su boca, del fondo de su alma insatisfecha, como un himno á los amores difuntos y, á las voluptuosidades ya imposibles;

el perfil de su rostro, hecho más suave, bajo la nívea palidez, dejaba ver el relieve delicado de los labios, cuasi blancos también, ligeramente abiertos para una sonrisa, tal los bordes de un pebetero de ámbar, del cual se escapase, un leve humo de mirra;

no había ni sacerdotes, ni hermanas de caridad, ni Cristos agonizantes, ni nada que

hablase de la Muerte, en aquella cámara de enfermo, suntuosa y, perfumada...

no había sino adolescencias, flores, melodías; todo lo que podía hablar de la Vida, á la carne profunda y turbada de aquel hombre, que había sido un río de obscura voluptuosidad sobre la tierra;

los discípulos, rodeaban al Maestro, en una charla amable, como empeñados en mantener la ilusión de una larga vida, en torno, á aquel, que hacía meses, veían extinguirse suavemente, con la armonía gradual de un fulgor estelar...

y, éste, los oía, cuasi inmóvil, con una mirada llena de una intensidad de llama, como si su alma reviviese y se avivase en la noche y, sonreía, como ahogado en una onda de languidez divina, mientras su mano, estrechaba por turno, la de aquel, de los del cenáculo que más cerca estuviese, ó posaba la blancura de sus labios exangües, sobre aquellas cabezas queridas buscando reanimarse á su contacto, con la tristeza inconfesada, de todo lo que ha sido y, no sería ya...

Su deseo exasperado, se hacía suave en su

impotencia; sus manos inquietas, erraban sobre los cuerpos adolescentes, que una invencible tendencia física le hacía acariciar, indemne ahora, de toda pasión que no fuese la del hábito;

en todo el ambiente había una paz divina, que se trasfundía en las almas, las cuales se recogían por momentos en el silencio, como en vastas exploraciones interiores, ascensionales sobre el río de los recuerdos;

después, las voces juveniles, tomaban otra vez su vuelo, asustadas de haber callado, libres y, felices, como pájaros al Sol;

y, el Maestro, sobre el terciopelo del sillón, que le daba sus caricias, se diría un mármol de Paros, caído de su zócalo en el claro silencio de una noche estival.

y, en torno á él, todas las cosas, eran bellas y, elocuentes, los colores, el aire, el silencio mismo, se magnificaban...

en el jardín cercano, susurraban las fuentes, su lenta cantinela, junto á los rosales, que se dirían de oro, bajo el cielo desolado, hecho amarillo, en la acre palidez de la noche cre-

ciente, que parecía hacerse desmesurada, como sobre una estepa desierta

los pinos del jardín reflejándose en los vidrios de las ventanas en un fondo de oro rojizo, semejaban, ángeles magníficos, vistos á través del vidrio de un Icono;

en la cámara llena de sombras y, de luces inseguras, los discípulos velaban, llenos de una solicitud, y, una inquietud filiales;

y, sólo se escuchaba la respiración de Narciso Labial, hecha más angustiosa y, sin embargo rítmica, como el vaivén de los cipreses, que semejaba la oscilación de grandes alas fúnebres, moviéndose en la sombra;

si aquello era una agonía, era la agonía de un Sócrates bello, que tuviese el alma de un Alcibiades, pero un Sócrates sin retórica, que supiese morir en Belleza, sin preocuparse de los gallos sagrados, ni de sofistiquear con Tritón, sobre la Inmortalidad del Alma, y, cuidadoso más bien, de acariciar, como última cosa bella y viva, la cabellera del discípulo más cercano, como aquel otro la de Fedón;

Narciso Labial, moría, como había vivido, en

una indolencia sabia, que era como una inocencia de la Vida, de la cual, había sabido, no extraer, sino el licor de la felicidad;

ardiente abeja escapada de los jardines de Loot, no había sabido beber sino la miel incendiada de los panales prohibidos, y, moría ebrio de ella, sonriente en las sensaciones voluptuosas, que le daban, las flores, la música, la belleza adolescente, como la amplia vibración, de un enorme abanico melodioso y perfumado, que las manos invisibles de la Muerte, agitaban sobre él, para dormirlo, dulcemente, suavemente, en su regazo;

moría, feliz, como había vivido;

había sido un epicúreo nato, al cual, ninguna otra teoría, sino la de su propia carne había preparado para el culto del Placer, y, el goce fructífero y ferviente de la Vida;

bastante sabio para no dejarse guiar sino de su solo Instinto, había ido en el bajel empabesado de su Deseo, aguas abajo, en el amable río de la Voluptuosidad, sabiendo coronar, de rosas transfiguradas, la frente de las Horas, suaves, que había vivido sobre la Tierra;

feliz, porque no se había detenido jamás á pensar, á las orillas del mar taciturno, donde escupe la Vida, su oleada de verdades, moría, como un pájaro, ebrio de perfumes, de cantos y de sol;

en ese instante solemne, en que todo se entristece, él, no tenía, ni remordimientos, ni visiones...

moría tranquilamente, sin creer en la Muerte, sin comprender, que iba, poco á poco, dejando ya las playas de la Vida;

¿creía en Algo Narciso Labial? ¿en qué creía?

sacerdote católico, no tenía en ese momento las angustias y, los temores, que asaltan á los hombres de su secta, víctimas del terror tradicional, de todos los que mueren, esperando la Sentencia Inapelable del Supremo Juez;

parecía que hubiese olvidado á Dios, tan ausente estaba de allí, todo lo que recordase su presencia;

sus manos, no acariciaban Cristo alguno, ni desgranaban cuentas de un rosario; férvidas y, tenues, esas manos, se posaban por turno,

sobre la faz atribulada de sus discípulos, que empezaban á hacerse tristes, y, á los cuales, ya sus ojos, no veían claramente, y, vagaban erráticas, lentas, sabias, por sobre las formas aun inseguras de los bellos adolescentes, con el encanto, tácito y agudo de un pintor hecho ciego, y que palpase en el mármol, las formas de su estatua predilecta...

del jardín, dormido en la penumbra, ya no venía ningún ruido; un Silencio expectante, pesaba sobre las copas de los árboles y, la nieve floral de los rosales que eran como ciborios de ambrosía, tocados de una extraña pesadumbre...

el oro, verde y, pálido del cielo, se había hecho gris, obscuso, ceniciento; ninguna claridad, caía ya sobre la frente del Maestro, detenido á la orilla del Invisible Mar;

los discípulos encendieron la luz, que extendió sus blancuras conquistadoras, en la penumbra evanescente y, envolvió en su dulce fluido opalino, la esparcida tristeza de las almas, que se extendía allí, como un insondable y angustioso follaje;

á la ola montante, de claridades, el Maestro

abrió los ojos, hechos como voraces, ante la huída disolvente de la Vida, sus ojos, sí voraces, mas no tristes, llenos de blondeces trasparentes, y de fastuosas luces azules; y, una sonrisa de gracia fatigada, se dibujó en sus labios sensuales, que semejaban una ojiva donde muriese el Sol;

ensayó hablar, y su voz, era cuasi insensible, pero armoniosa y, como llena del exótico encanto, de algo muy enternecido y, muy profundo, venido de invisibles lejanías;

extendió la mano pálida, que semejaba una ala blanca en la penumbra, hacia un gran ramo de gardenias recién cortadas, húmedas aún, que yacía en un florero cercano; alguien se lo trajo, y, él, lo aplicó con pasión á sus labios, y, hundió en él, el rostro todo, cual si lo amase con un amor sublime, y, su gesto, era dulce, sin dolor, como de alguien que besa una boca, resplandeciente de juventud, y, la cual, se ha deseado mucho;

y, quedó inmóvil, como petrificado de ventura, lleno de un alivio infinito, cual si algo brillase dentro de él, como una aurora, algo,

que lo inmovilizaba, como atento á su corazón, que deslumbraba sus ojos, fugitivos hacia el azul, y, consolaba su frente, ya cuasi hundida en la terrible sombra;

abismado en este encanto agudo del perfume, cual si acariciase algo palpitante, con las manos crispadas en éxtasis, permaneció unos minutos, durante los cuales, pareció vivir siglos, en el maravillamiento de la emoción, y, luego, con gesto fatigado, pero tenaz, apartó una á una todas las flores, y, las repartió lentamente, á sus discípulos, con un gesto ritual, que recordaba al Sacerdote, como si hubiese querido darles con ellas, algo de su vida, que se evaporaba, y, veía con un placer intenso, cómo las divinas olorosas, temblaban en las manos adolescentes, llenas á esa hora de una extensa emoción;

y, con gesto armonioso, al ofrecerlas, decía parodiando al Cristo :

— Tomad, guardad esa flor, ella es algo de mi Vida, que ha sido devorada por vosotros;

y, acaso pensaba obtener una victoria fugitiva sobre el Olvido, magnificar su estéril sueño

de Vida, donando á sus discípulos, parte de su alma, en el alma penetrante de aquellas flores, cuya dominante belleza, tenía á esa hora, algo de quimérico, en su extraño blancor, que parecía mortal;

el esfuerzo, lo fatigó enormemente, volvió á doblar la cabeza en el respaldar del sillón, envuelto en el silencio, como en una mortaja anticipada...

en aquel momento, la figura de León Vives, apareció en el dintel de la puerta;

estaba intensamente pálido y, tenía un rostro de ocasión, hecho de gravedad y, de tristeza;

avanzó, caminando en las puntas de los pies, como para no despertar al enfermo;

saludó á todos, con una inclinación de cabeza; dió la mano á los más cercanos, y se sentó;

— Esto va muy mal ¿verdad? preguntó á aquel que estaba cerca de él;

— Sí;

— Y, ¿qué dicen los médicos?

— No quiere verlos.

— Pero, ¿no siente su gravedad?

— No le habléis de ella.

Calló León, visiblemente contrariado, de ver que lo que él, creía asunto de horas, sería un asunto de días, y, aun de semanas;

en la estancia, llena de una fascinante melancolía, no se escuchaba otro ruido, que el de la respiración de Monseñor, inmóvil bajo el topacio cambiante de su veste de cámara, sobre la cual posaban sus dos manos inermes, cual si fuesen otras dos gardenias, olvidadas allí, esperando otros corazones ausentes para ponerlas sobre ellos...

la calma, llena de silencios y, perfumes, parecía ganar las almas y, las cosas, llenas de una inmovilidad pensativa, como el dolor que surgía confusamente en el fondo de los corazones, porque los adolescentes, se habían hecho tristes, como enternecidos hasta el fondo del alma, ante aquel espectáculo de profunda tristeza, y, de terrible realidad que es la Muerte, y, callaban, como pareciendo escuchar la Noche, llena de ternuras difusas, que venían á ellos, como una queja, de la lejana ceguedad de las cimas, perdidas en el azul...

León Vives, no lograba dominar su inquie-

tud, y, para hacer acto de ternura filial, se acercó á Narciso Labial, dobló una rodilla en tierra, y, la llevó silenciosamente á los labios;

á ese contacto, el enfermo abrió los ojos; la bella serenidad de su rostro se inmutó, y, con una voz sin ternuras, pero siempre profundamente musical, dijo:

— ¡Ah! ¿eres tú?

y, quedó silencioso;

y, luego ordenó con la mano y, con la voz, que lo dejasen solo, con León Vives;

éste, quiso protestar, pero fué en vano;

los discípulos obedecieron;

León, que hasta entonces había fingido sollozar, fué el primero en tomar la palabra, para disculparse de su ausencia.

— Él, hubiera querido venir... Pero... las malas lenguas... Se decían tantas cosas... Se le espiaba. Él, amaba mucho á su Maestro. Y, por esa amistad estaba deshonrado... absolutamente deshonrado... perdido... Esa amistad era el arma de sus enemigos; con ella lo herían diariamente... Y, él, no podía romperla... ¡Ah! si él, hubiera sabido...

y, prorrumpió en sollozos;

su Maestro, no ensayó siquiera consolarlo; ante aquella comedia cruel, la fascinante melancolía de su rostro, tuvo una contracción de disgusto, y, sin hacer alusión á las acusaciones cobardes, le manifestó, que lo había mandado llamar, para recordarle, el pago de los ocho mil francos adeudados, porque estaba muy mal de fondos, y, era lo único con que contaba para no morir en la miseria;

León, hecho más pálido, le dijo entonces.

— ¿Cómo? ¿pagaros? ¿Es que no estoy deshonrado por vuestra amistad? ¿No habéis con ella, arruinado mi reputación? ¿No tendré que cargar su recuerdo, toda mi vida, como una cadena al pie?

¿Por qué abusasteis de mi juventud y, de mi inocencia? ¿por qué envenenasteis mi sangre y mi alma? Y, aun exigís de mí, que venga á veros morir en todo el esplendor de vuestros vicios?

¿Cómo podré disculpar mi actitud, ante mi mujer de quien estoy enamorado apasionadamente? ¿Cuánto arrepentimiento, cuántos años,

cuántas lágrimas, serán precisas, para borrar ese pecado?... ¿Cómo purificar mi cuerpo y mi alma, de las huellas de vuestra amistad profanadora?

Él, pediría á Dios perdón como lo pedía para Narciso Labial. Á, eso había venido; á perdonarlo...

y, poniéndose de pie, cruzándose de brazos; ante el enfermo, dijo enfáticamente, con grandes gestos solemnes, de absolución:

— Yo te perdono mi inocencia mancillada. Te perdono mi vida deshonrada... Muere tranquilo.

— Y, ¿mi dinero? dijo Narciso Labial. Yo, no te lo perdono...

y, decia eso, con una sonrisa fría, llena del más insultante desprecio;

desconcertado León Vives, desconcertado y furioso, de ver que su audacia no había producido el efecto deseado, que era matar á Monseñor Labial, por el esfuerzo de una emoción tan fuerte, dijo entonces.

— ¿Qué dinero os debo? ¿dónde está el recibo? Ese dinero es mío... El fruto de mi

honra. ¿Acaso yo he nacido para instrumento gratis de los placeres de otro? El que tiene un vicio lo paga...

y, luego acercándose al enfermo, bien cerca de su rostro, le dijo la más vil, la más insultante palabra que se pueda decir á un hombre...

como galvanizado de súbito, con un movimiento ágil é imperativo, Narciso Labial, se puso de pie, y, con una violencia inesperada, cruzó el rostro del taimado con un bofetón sonoro;

León, retrocedió, su cobardía ingénita le aconsejaba huir, huir ante aquel que él, había creído muerto y, ahora lo abofeteaba...

con un gesto de supremo orgullo, Monseñor, extendía el brazo, mostrándole la puerta...

— Salid! le dijo, y, volvió la espalda, queriendo dirigirse hacia su alcoba.,.

le faltaron las fuerzas, se agarró á la amplia cortina roja, que decoraba la puerta y se desplomó...

estaba muerto;

la emoción y, el esfuerzo, lo habían matado;

al ruido que el maderamen, que sostenía la cortina, hizo al desplomarse, los discípulos acudieron presurosos;

Narciso Labial yacía en tierra y, por una ironía del Destino, el damasco rojo de la cortina, lo envolvía, como la púrpura de un César...

y, la mano rígida extendía aún el índice, como señalando á León Vives, y, sobre la boca, hecha severa, un gran gesto de cólera, la hacía elocuente, como si vibrase en su mudez, el rayo de una Maldición;

se diría un Emperador bizantino, caído bajo el cuchillo de un Eunuco;

León Vives, sacudido por los sollozos, gritaba cerca al cadáver:

— ¡Maestro! ¡Maestro querido! ¡Oh mi Maestro!...

y, cubría de besos la mano indignada que lo señalaba aún, y, hacía esfuerzos inauditos por doblar el dedo rígido, siempre, erecto hacia él.

— ¿Cómo ha sido esto? le preguntaban los otros.

— ¿Qué queréis que os diga? respondía éste, entre acongojado y, violento.

— Las cosas de Monseñor! Se empeñó en que fuésemos á su alcoba, á su lecho. Yo no quería; yo sabía que eso le hacía mal. Yo, me opuse. Él, se obstinó... Y, ya lo veis.... Antes de llegar al lecho, Dios lo ha herido...

y, sollozando, besaba las manos y el rostro del Maestro, llamándolo con desesperación;

los otros, lo miraban con estupor;

entre ellos había uno ó dos, de sus antiguos condiscípulos, los demás eran de otros años, posteriores á él, y, completamente desconocidos, pero, sobre los cuales, el nombre de León Vives, ejercía ya, una irresistible fascinación;

los discípulos, pusieron el cuerpo sobre el lecho, y, llamaron á un médico;

éste, no pudo sino certificar la defunción;

un cura, llamado á toda prisa, dió la absolución al cadáver, y, hubo que buscar la llave del oratorio, para sacar de allí un crucifijo, y, ponerlo, en las manos del muerto, rebeldes á cerrarse, y, cumpliendo su voluntad tantas veces expresada, los discípulos, llenaron el lecho de flores, de muchas flores, de todas las que se habían abierto bajo los cristales del

crepúsculo y, el gran cielo nocturno, ahora lleno de vagas claridades...

y, reposaba allí, tan blanco como las rosas, el muerto, que las había amado tanto!...

y, era de ver, el espectáculo de aquellos jóvenes, todos con la gardenia en el ojal, rodeando el lecho, mortuorio, cual si se inclinasen sobre el cadáver de una bailarina, muerta súbitamente en el teatro...

y, el Silencio se apoderó de las almas, un Silencio, que pesaba como una Noche;

y, sólo las miradas se encontraban en ese Dolor, como una Miseria, que implorara otra Miseria; que eso es la mirada de los hombres sobre la tierra; un ciego, que pregunta á otro ciego, dónde está la claridad;

y, en la Vida, no hay eterno sino la Sombra...

¡la Sombra que nos impide ver la Vida... Sin ella; ¿quién sería osado á entrar en esa Soledad?

El hombre es de tal manera esclavo, que cuando no erige á Dios, en tirano de sus actos, erige los actos mismos, en tiranos de su Vida;

así, León Vives, vencedor en todos los terrenos, no fué ya, sino el esclavo de su Ambición;

su divisa: « Vencer á todo trance », perdía á sus ojos su prestigio, á fuerza de realizarse;

y, su vida se hizo monótona, á fuerza de triunfar:

fueron esos que siguieron á su matrimonio, años de vía ascendente hacia el pináculo de sus sueños;

no era feliz, ni podía serlo, porque como todo hombre superior, ponía su ambición, aun más allá de los límites de su Vida;

la condición de todo ser de excepción, es ser

perpetuamente un insatisfecho; sentirse superior á sus propios triunfos y, casi como extraño á ellos: toda victoria es inferior á sus propios sueños, y, resulta entre sus manos, algo así como las cenizas de un sol, que lo entristece después de haberlo deslumbrado:

y, como él, no tenía la religión del Amor, ni el culto del Deber, la orfandad de esos dos fantasmas, hacía solitaria su vida íntima, árida, como su corazón:

el instinto familiar, esa virtud de los animales inferiores, no la tenía él, y, por eso su hogar, como su alma, era también otra soledad;

su mujer, le había dado tres hijos: el primero, había nacido seis meses después de su matrimonio, lo cual había exacerbado la verba mordaz de sus contrarios, que había disquisicionado salerosamente, sobre las ventajas procreadoras de dos virginidades que se ayuntan;

después de aquel parto, su mujer había quedado inválida, completamente paralizada, y, no podía andar sino en un cochecillo de mano, que guiaba ella misma por los aposentos, casi siempre desiertos de su casa; su mentalidad

que ya era exigua, disminuyó aun más, y, su belleza delicada, desapareció casi por completo, bajo la mueca de lívida idiotia, que la enfermedad puso en su antes cándido semblante;

eso, no fué óbice, para que León, la hiciera aún por dos veces madre, porque se trataba, según él, no de perpetuar la raza, sino de perpetuar la herencia;

« mis tres seguros de vida », llamaba él, sus tres hijos, que eran como tres flores del jardín de la Epilepsia, tres creaturas blondas y delicadas, que se dirían hechas de cristal y, de oro, tanta era la blancura de las carnes, bajo el rubio fulgor de los cabellos;

« ó criminales ó imbéciles » decía él, mirándolos sin lástima; « ¡ay! de ellos si salen criminales tontos: y, peor si no salen criminales, porque el hombre bueno es el animal más desgraciado sobre la tierra; y, el más inútil »;

no acariciaba nunca á sus hijos; no los amaba; aquella floración de su carne le habría sido estorbosa, sino fincara en ella su fortuna;

después del tercer hijo, había sentido la re-

pugnancia fisiológica de su mujer, y, se había separado definitivamente de ella;

su suegra, le había bastado para la satisfacción de sus emociones carnales, sin salir de casa, hasta un día en que su mujer los sorprendió, en su propia habitación, en la más indecorosa posición de incesto. Ellos, no habían sentido venir el carro de la pobre paralítica, cuyas ruedas con llantas engomadas, se deslizaban sin hacer ruido, sobre el espeso tapiz de los aposentos: no la vieron sino cuando llegó cerca al sofá donde ellos ejercían su asqueroso adulterio; la vieja, volvió el rostro contra la pared, como para no ver cara á cara á su hija; León Vives, á medio vestir, pálido de rabia, se dirigió á su mujer, que balbuceaba algo, en su lenguaje ininteligible, y, la abofeteó rudamente, después dió un puntapié violento al cochecillo, el cual retrocediendo, pasó por la misma puerta entreabierta por donde había entrado y, fué á chocar contra el muro de en frente, y, dando un cabrioleo se volcó, dejando debajo á Magdalena, que lloraba sin poder ser oída;

desde entonces, León y, su suegra, se ama-

ron en casa de ésta, hasta que él, logró lo que quería : el dinero necesario para fundar, « El Monitor Católico », un periódico, exclusivamente suyo;

después, le volvió la espalda, y, la vieja, despechada, se fué á Europa, con su marido, y, se establecieron en París;

la aparición del « Monitor Católico » fué un acontecimiento sensacional, en la política y, en la literatura del país, y, dió á León Vives, la posición y, la autoridad que él ambicionaba:

y, no podía ser de otra manera; León Vives, era mentalmente, lo más alto, que en las mesnadas semipensantes, del clericalismo de Bizancio, había:

el conservatismo clerical, tenía ya un Jefe, y, ese Jefe, aseguraría para siempre su victoria;

aceptado por todos como Jefe del Partido Clerical, hecho el primer diarista de su época, reconocido como la primera autoridad intelectual y moral de su país, el primer cerebro y la más alta virtud de Bizancio : ¿qué le faltaba?; el Poder;

y, hacia él iba, ó mejor dicho, hacia él, lo

llevaban en vuelos acelerados sus conciudadanos;

hacía poco, que había sido lanzado por todas las fuerzas políticas y sociales del clericalismo, como candidato para Gobernador de Bizancio, que era la Suprema autoridad del País;

un verdadero delirio de entusiasmo, un gran rumor de aplauso, había recibido su nombre del uno al otro extremo de aquella Barataria tropical, conmovida hasta las entrañas, como siempre que le era dado el placer de buscarse un Amo;

sus contrarios, no podrían lúchar con él; no tenían ni la fuerza moral, ni la fuerza material; allí las masas electoras, eran materia reclutable, ó materia asesinable; nada más; Bizancio, era un feudo de Roma, y, León Vives, era el candidato romano: ¿quién podría luchar con él?...

su contrincante era un Abogado de Provincia, muy sabio, muy elocuente, pero, muy pobre, gozando por la pureza cristalina de su Vida, de un gran prestigio, entre los liberales, que tomaban su nombre como una bandera de reacción, contra las impurezas administrativas, y,

el peculado imperante, que habían hecho de Bizancio, la Jauja de los especuladores sin conciencia y, de la más baja canalla aventurera, que se hubiese abatido jamás sobre una tierra en desastre ;

esos pujos de Moral, hacían reir á León Vives, que decía :

— La Moral, es una Esclavitud, ¿cómo es posible que hombres que se dicen libres puedan creer en ella? Estos esclavos voluntarios, son más despreciables que los otros, porque inventar un Amo, es, peor que soportarlo ; esclavitud incurable es esa, porque es de la Voluntad y, no de la Necesidad, que emana; pero, ¿son sinceros esos hombres ? ; no lo creo ; nada, la Moral, seguirá siendo siempre, el más productivo de los negocios; en cuanto á mí, yo, no tengo derecho á quejarmé de ella ; ha sido mi vaca de leche ;

pero, León Vives, se equivocaba en este caso, y sabía que se equivocaba ; porque su contrincante era realmente, el espécimen de una fauna extinta, en aquel país, pero que aún tenía representantes ; era un hombre honrado, y, se llamaba : Juliano Hermida ;

León Vives, lo conocía bien, lo conocía desde su adolescencia, cuando había sido el huésped de su familia, y, algo como el fugitivo hermano de su corazón;

no se habían vuelto á ver después, apenas si León, había sabido de su amigo, por relaciones de los periódicos que hablaban de su gran elocuencia forense, de sus enormes gestos de altruismo que hacían de su vida toda, uno como poema heroico de sonoras abnegaciones, lo cual había hecho á León Vives, decir en más de una ocasión.

— Mi profecía se cumple; yo siempre dije que sería un imbécil;

no se habían escrito nunca, y, de aquellas suaves horas de la vida, pasadas bajo un sol de adolescencia, lo que era en el alma de León Vives, no quedaba recuerdo alguno; el pasado no existía, para aquella alma absorbente de recuerdos, abierta sólo á las sensaciones del presente, cegada por la pertinacia loca de mirar al porvenir;

pero, ahora que Juliano Hermida llegaba, y, llegaba como su contrincante, lo recordaba, y, lo recordaba con odio...

hizo gala de ese recuerdo para insultarlo ;

y, fué calumniando su pasado, que hizo mención de acordarse de él ;

justamente, el día anterior, en su propio diario, refiriéndose á un acontecimiento de la niñez de Juliano Hermida, en que éste, para defender á su madre brutalizada, había tenido que ir contra su padre, y, deformando ese hecho á su manera, León Vives, había dicho :

« Esa es la diferencia entre mi contrincante y Yo ; Yo, no he disparado jamás contra mi padre. Yo, no soy un *Parricida ;*

y, había creído aplastarlo, con la terrible maza de esa frase ;

y, reía de su victoria ;

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Fatigado de rememorar su vida toda, en ese largo esfuerzo de memoria, que había sido un viaje de años, León Vives se puso en pie; paseó á grandes pasos por su aposento, desperezándose, como un felino al sol; y, sonreía, y, tarareaba entre dientes, el refrán de una canción de moda, feliz de la Vida, feliz de sus triunfos pasados, feliz de los triunfos presentidos, sintiendo el porvenir, como una fanfarria guerrera, tocar grandes himnos de Victoria, en su corazón;

sonó el timbre y, á la llegada del camarero, asumió ese aire de tirano triste, que le era peculiar en su casa;

se hizo poner el abrigo, tomó el sombrero, y, salió;

al llegar á la escalera, cambió de aspecto;

inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo, entornó los párpados, sobre las pupilas siempre cándidas, y, una vaga sonrisa apacible y, triste, se dibujó en sus labios, y, extendió como una alba de mansedumbre sobre su rostro;

unos chiquillos que había en el zaguán dejaron de jugar; las mujeres de la vecindad, se inclinaron á su paso, como llenas de un respeto supersticioso;

ya en la calle, no vió sino anuncios multicolores, por todas partes aclamando su nombre: « Círculo Católico », candidato: León Vives »; « Propagandistas de la Fe », candidato: León Vives; « La Milicia de Cristo », candidato: León Vives; « Liga de las buenas costumbres », candidato: León Vives; « Los Hijos de la Virgen de Lourdes », candidato: León Vives; « Sociedad de la Circuncisión », candidato: León Vives; « La Democracia Cristiana », candidato: León Vives; « El Orden social », « La Defensa de la Religión », « La Juventud Católica » todos tenían un solo candidato León Vives; hasta una « Sociedad de Madres de Familia » invitaba

á los electores, á votar, por León Vives, que era el defensor del Orden, de la Moral, y, de la Fe;

por entre este jardín de flores retóricas, crecidas en las murallas, marchaba él, inclinado de lado, la vista baja, fingiendo no ver nada:

todos se descubrían á su paso; él saludaba, tímido, un poco confuso, y, seguía, sintiendo alzarse tras de él, el rumor de la admiración pública, que decía:

— ¡Es un Santo! ¡Es un Santo!

llegado á las oficinas de su periódico, las genuflexiones se hicieron aún más humildes, los saludos, más respetuosos, porque allí, á la admiración, se añadía el miedo; su severidad era proverbial, como su avaricia; pagaba muy mal sus empleados y, los trataba, peor; se mezclaba á su vida privada; ¡ay! de aquel cuyos discursos, no correspondieran á la más extricta ortodoxia! ¡ay! de aquel que no comulgase semanalmente, ó no perteneciese á una asociación religiosa; esos eran despedidos inmediatamente, y, como en la ciudad había tan pocas imprentas, era el hambre, casi siempre, el castigo del culpable;

una vez en su despacho, pidió los diarios de la mañana, que solía leer todos, aun los más insignificantes;

era insaciable en su avidez de lectura; podría decirse que á esa hora, era la, comida de la fiera;

buscaba con preferencia los de polémica recia contra él; aquellos en que sus adversarios ponían más rencor contra su nombre;

era aquella una lectura que lo retemplaba para el combate; era allí que tomaba fuerzas;

aquel día, buscaba con interés, las respuestas á sus últimos artículos;

de repente, tropezó con un periódico, que no conocía, que le venía dirigido á él, personalmente, y, marcado al margen del editorial con la leyenda agustiniana: *Tolle Lege*;

el periódico se llamaba: la « Revancha » y, se decía: « Órgano de la Juventud Liberal »; y, el artículo editorial marcado al margen, se titulaba: « Catilina »;

León Vives, como todo hombre verdaderamente intelectual, tenía el culto del estilo; para él, el escritor valía ó no valía, según los medios

de expresión de que se sirviera ; de sus enemigos á los que él perdonaba menos, era á los mediocres y, á los gárrulos ;

el estilo de aquel artículo, que era todo contra él, lo atrajo, desde la primera cláusula, luminosa, como un rayo, y, sonora como una diana ;

devoró el insulto, seducido por la pompa de aquel decir extraño, lleno de una invencible sugestión ;

— He aquí un escritor, se dijo mentalmente ; uno como hay pocos y, acabó de devorar la fascinante página, que era toda, una requisitoria contra él, la mayor y, la más terrible, que se hubiese escrito hasta entonces ;

el autor, indudablemente un joven, imbuído en los prejuicios escolares, y, lleno de los conceptos mentirosos de Salustio, juzgaba á Catilina, como á un bandido, y, se apoyaba en eso para hacer el más elocuente y apasionante para lelo, entre la ambición del romano y la de León Vives, pronto también á todos los delitos, y, terminaba por este reto sangriento :

« León Vives, acusando y desfigurando un

acto heroico de la niñez de Juliano Hermida, exclama en su periódico de ayer : « Yo no he tirado nunca sobre mi padre. Yo, no soy un Parricida; »

en efecto León Vives, no ha tirado nunca sobre su padre, porque no ha sabido nunca quién es él; y, no se puede disparar así, á mansalva, sobre el público todo de un pueblo, cuando se tiene el derecho de creerse el hijo de todos;

y si alguien le hubiese dicho á León Vives el nombre de su padre, tampoco hubiese disparado sobre él, porque sus sentimientos católicos le hubiesen impedido, herir la cabeza tonsurada del cura de Santa Tecla...

era más cómodo asesinar á su Maestro, su Protector, aquel que era como el Padre de su alma, á Lucio Pica;...

es tiempo de decir al asesino : Esconded esa mano acusadora. Esa mano suda sangre. ¡Parricida!

se lo digo yo; yo, el hijo de su víctima » :

y, firmaba : Ernesto Pica;

León Vives, quedó absorto, lleno de un

miedo inexplicable, que le subía al corazón, del fondo de algo desconocido, que clamaba en él;...

tocó el timbre;

— Que venga Ortiz;

Ortiz, era uno de sus empleados, natural de Santa Tecla, muy recomendado del cura de allá, y, en el cual tenía absoluta confianza; además, era medio intelectual y, medio espía, y, sabía todo lo que acaecía en los medios políticos y literarios de la Capital;

— Ortiz, ¿quién escribe este periódico? le preguntó León Vives, al verlo;

— Unos muchachos de la Universidad Republicana.

— Y, ¿quién es este Ernesto Pica?

— ¡Cómo! ¿no lo conoce? Éste es el hijo de Lucio Pica, y, de doña Rosina, la prima de Usted.

— Y, ¿está ahora aquí?

— Sí; después de la muerte de la madre de Lucio Pica, Rosina y Victoria, quedaron, viviendo juntas, siempre como directoras de la Escuela, educando los dos niños, Ernesto y, Virginia, ésta última, hija de Victoria;

y, el empleado, no dijo más, para no recordar al Santo, sus pecados de juventud.

— Sigue.

— Habiendo muerto Victoria, hace dos años, doña Rosina se vino á la Capital, para cuidar de la educación de Ernesto, que dicen que es un talento prodigioso, pero con ideas tan perversas como su padre...

el pobre empleado no sabía lo que decía en aquel momento.

— Y, ¿Virginia? dijo León.

— Estuvo con ellos hasta hace un año, que entró de Hermana de la Caridad.

— ¿Tan joven?

— Es novicia; profesará al tener la edad. Es el encanto de las otras hermanas; muy hábil en asuntos de Física y de Química; y, está encargada de la Farmacia, en el Hospital de San Antonio. Cuando yo estuve enfermo, en el Hospital, hace unos meses, la veía todas las mañanas, á la hora de traer las medicinas; y, todos la seguíamos con la vista fascinados por tanta belleza: ¿Sabe U. cómo la llaman los practicantes y los enfermos? Sor Lirio;

— Sor Lirio, repitió León Vives, maquinalmente, hundido en uno como limbo de cosas inexpresadas, y, despidió al empleado, con un gesto imperioso de la mano ;

y, quedó mudo, como poseído por la intensidad de una alucinación extraña, temeroso, como si una atmósfera hostil se hubiese alzado de súbito en torno de él, y, lo llenase todo...

era la aparición viva de su Pasado, su Pasado hecho carne, que se alzaba ante sus ojos, con un gesto de hostilidad amenazante...

el Pasado no perdona ;

nada puede el Olvido contra el Pasado, porque el Pasado no olvida...

nosotros morimos ; nuestro pasado no ; es lo único que nos sobrevive ;

prisionero de su Pasado, sorprendido por él, en el Camino del Triunfo, León Vives, temblaba, como si enemigos invisibles, surgiesen por todas partes, con espadas desnudas, dirigidas contra su corazón ;

¿cómo librarse de su Pasado, cuando ese Pasado, se ha hecho carne, y, viene contra nos-

otros?; no hay pasado en la Vida; el Pasado es una ficción; la Vida es Una;

ese bofetón moral, el más recio que se había dado sobre su rostro, era, su hijo, quien se lo daba, porque aquel era el hijo de Rosina y, de él, que habían hecho pasar por hijo de Lucio Pica;

— Es mi sangre, decía él, la germinación de mi propia sangre, la que quiere ahogarme; ¡Ah mi raza! ¡raza de Odio y de Maldición! ¡raza de Atridas!; nadie sabe que existe este nido de víboras; yo acabaré mi raza;

y, extendía la mano amenazante, en una ondulación asesina, como en un delirio exterminador;

y, temblaba, presa de un miedo moral, que no había tenido nunca, como si viese el fantasma ensangrentado de Lucio Pica, tendiendo hacia él, los brazos amenazantes;

— No; decía él; si fuese realmente el hijo de Lucio Pica, me perdonaría la muerte de su padre; pero, es mi hijo, y un hijo de León Vives, no puede perdonar; es mi sangre, que venga la sangre de los otros;

y, él, que estaba fuera de los límites del es-

crúpulo, no estaba fuera de los de la superstición científica, que llevada á lo absoluto, es la última superstición de los hombres superiores;

no era la Conciencia, era la Ciencia, la que lo torturaba; la Ciencia, que el creía infalible; no era la procesión de sus faltas, la que veía marchar contra él, eran los glóbulos de su sangre, transfundidos en otros, y, hechos seres, vivos los que lo obsesionaban:

— No hay leyes morales, se decía, sino leyes físicas; la Moral, es un convencionalismo, pero, la Ciencia, es una certidumbre; la Providencia es una palabra; la Ciencia es un Hecho; el Bien y, el Mal, son hipótesis mentales, pero, la sangre;... la sangre es una realidad... Y, he ahí que hoy hallo mi sangre frente á mí; mi sangre hecha hombre para vengar los otros; pero, yo destruiré mi sangre fructificada, la destruiré hasta el último glóbulo; nada quedará de mi simiente;... he ahí mi Pasado, que amenaza devorar mi Povenir; yo, destruiré mi pasado;... y, nada quedará de él;

y, temblaba, presa del Miedo y del Odio, contra aquel su otro Yo, que se alzaba de súbito

ante él, para insultarlo, y, acaso para eclipsarlo;

y, un rencor sordo lo asaltaba, un gran rencor poderoso y, terrible, que crecía en su alma, como un gran río, solitario en la Noche;

y, una gran ola de crimen, pasó por sus ojos y, por su alma, por esa grande alma miserable, que no conocía el Perdón.

Y, el gran domingo electoral llegó; un día radioso y asoleado, en que el cielo mismo parecía asociarse al delirio de Bizancio en fiesta, poseído de la fiebre de darse un amo;

desde las primeras horas de la mañana las campanas de las iglesias y las lenguas de los predicadores, echadas á vuelo, invitaban al pueblo con llamadas sonoras, á concurrir á las urnas, para lidiar el combate contra la herejía, eligiendo á León Vives, para Gobernador;

en la policromía gritante de los muros, el nombre de León Vives, se ostentaba, en todas las formas, ornado de todas las leyendas en cartelones de una vibrante alacridad;

bien pronto las mesnadas electorales, estuvieron en marcha hacia las urnas;

los jesuítas, los salesianos, los Hermanos

Cristianos, llevaron sus discípulos á votar, haciéndoles jurar una edad que no tenían;

masas de obreros, amenazados de excomunión, fueron á votar, sin saber siquiera leer el nombre que depositaban en las urnas;

los liberales, que ensayaron votar, fueron barridos por las descargas de la fuerza pública, ó por la mano de los gendarmes, que los redujeron á la impotencia ó á la cárcel.

á las cuatro de la tarde el triunfo de León Vives, se anunciaba completo;

los telegramas, los telefonemas, decían de todas partes la victoria;

las masas clericales, ebrias de todas las ebriedades, inclusive la del triunfo, se diseminaban por la ciudad, llevando á todas partes, sobre los labios y sobre el pecho, el nombre y, la imagen del Vencedor;

el retrato de León Vives, ornado de frases alegóricas, llenaba la ciudad; ya no era sólo en los muros, que ostentaba, su triste y apacible belleza, de Doctor angélico, el rostro imberbe, á pesar de los años, afeitados los pocos pelos que amenazaban ultrajarlo con su presen-

cia, y, los grandes ojos cándidos, los ojos de niño enamorado, mirando la multitud, con su timidez astuta de novicio; un San Luis Gonzaga, por sobre el cual, no hubiese pasado el vuelo de los años, sino que se le llevaba al cuello, como un escapulario, se le colocaba en los altares, de las casas, al lado de los otros santos, se le encendían cirios durante las horas electorales, como para que él mismo, hiciera el milagro de su elección;

Bizancio aclamaba y, adoraba á su Profeta;

apenas llegada la noche, la ciudad, toda se iluminó como por encanto, estallando en una magnificencia floral, de luces multicolores; la iglesia de los jesuítas, toda roja, con los farolillos que adornaban sus torres y, ventanales, semejaba una farándula incendiada en la soledad de la noche;

el nombre y, el retrato de León Vives, en transparentes enormes aparecía sobre los edificios públicos, como si fuese el alma ávida y fuerte del Incendio, llenando el horizonte de la ciudad vencida;

la ondulación de los cohetes, de las luciérna-

gas, de los globos, hacían la impresión de las alas rojas de una Victoria de Palas, abriéndose y, cerrándose en la sombra;

León Vives, en el gran salón de su casa, recibía las noticias de sus triunfos, y, las visitas de sus amigos y de sus partidarios, humilde, silencioso, cuasi triste, y, *resignado*, decía él, á aceptar la ponderosa carga, con que Dios, lo quería abrumar, en sus inescrutables designios.

— En esto, yo, no soy nada, la Causa es todo. Y, nuestra Causa, es la de Dios. Dios, combate por nosotros;

afuera, la muchedumbre aullaba la victoria, bajo los balcones del Vencedor;

el alma toda de Bizancio, estaba allí, aclamando á León Vives, que era como aplaudirse á sí misma, porque León Vives, era su más completa personificación: León Vives, era Bizancio hecho hombre; y, Bizancio, lo aplaudía, lo llamaba, lo aclamaba, con los brazos tendidos hacia él, en un gesto de fanatismo delirante y febril;

éste, se mostró varias veces en el balcón,

accediendo á los requerimientos de la multitud, que lo imploraba, y, á su presencia, los aplausos, los ¡vivas! los ¡hurrahs! atronaron el espacio, con un rumor de mar...

las músicas se seguían unas á otras; himnos marciales é himnos religiosos, se sucedían, llenando con sus acordes lamentables, la quietud insultada de la noche;

á cada telegrama de victoria, venido de los pueblos de la provincia; á cada confirmación del espléndido triunfo, León Vives, no sabía sino decir:

— Dios, lo ha querido. ¡Loado sea Dios!...

y, para su fuero interno, encontraba entonces, como siempre, que Dios, es la palabra más cómoda, de cuantas ha inventado, la necedad inagotable de los hombres;

cuando hacia la media noche, tuvo conocimiento de la decisión del Gran Jurado Electoral, que lo declaraba elegido, *Gobernador de Bizancio*, León Vives, dijo:

— Demos gracias, al único dispensador del Poder sobre la Tierra, y, se postró de rodillas, ante un enorme cuadro del Corazón de Jesús,

que ornaba la testera del Salón, entre dos cirios enormes;

todos lo imitaron;

y, un gran silencio se hizo, sobre aquellas almas, agitadas del más violento torbellino de pasiones;

afuera, la multitud continuaba en aullar, pero, ahora, más débilmente, debilitada por la fatiga, y, muy disminuída ya, por lo tardo de la hora;

cuando León Vives, después de orar unos minutos ante el corazón de Jesús, se puso en pie, en sus cándidos ojos, llenos de tristeza, las lágrimas extendían un velo pluvioso... lloraba...

estas lágrimas enternecieron enormemente, á aquellos que lo rodeaban, y, no faltaron algunos otros viejos cocodrilos, de los pantanos de la política, que lloraron también;

viéndolo tan fatigado, los amigos de León Vives, se retiraron, dejándolo solo:

éste, ya libré de ellos, dió rienda suelta á su alegría;

apagó todas las luces, cerró todas las puer-

tas, y, se acercó á los cristales del balcón, desde donde se veía la ciudad, iluminada en su honor y llena de su nombre;

y, contempló su conquista, como un tigre contempla su presa, antes de devorarla;

en las torres de las iglesias y, en los balcones de las casas, los farolillos y, las candilejas, se apagaban uno á uno, como ojos de niños fatigados, que se cerraran para dormirse: el eco de las músicas se apagaba en los ámbitos lejanos; el populacho, ronco de gritar se había retirado, refugiándose en las tabernas á festejar su triunfo, feliz, porque ya se había dado un Amo;

León Vives, vió desde allí, crecer el Silencio y la obscuridad, como un imperio mudo y, tenebroso, sobre la ciudad, conquistada por su audacia;

y, la miró fijamente, fascinantemente, con un gran desprecio, en el fondo de su alma, insaciable de victorias, con ese amargo rencor que la inanidad de todo triunfo, deja en las almas superiores; y, con su invencible manía de latinista, murmuró, señalándola:

— Urbs Devicta... Sí, he ahí la Ciudad Vencida, la Ciudad Vencida por él;

ya estaba á sus pies, Bizancio conquistada;

¡Guay de Bizancio!

y, con una cólera sorda, con una cólera irrazonada, contra la ciudad vencida, culpable sólo de adorarlo, tendió hacia ella el brazo derecho, con el gesto dominador de los Tindáridas del Quirinal, como para encadenar su presa, y, exclamó...

— ¡Ya eres mía!

— ¡Guay de ti, Bizancio!...

A la elección de León Vives, que se sabía era la muerte de toda Libertad, sus adversarios, respondieron, con un grito de guerra;

y, se organizaron, para alzarse en armas, el día mismo de la posesión del nuevo Gobernador;

León Vives, lo sabía, y, se preparaba á aplastar la revuelta, no sin inquietud, pero lleno de una íntima sed de sangre, que lo hacía prematuramente feliz;

todos sus instintos de asesino frío, de asesino metódico, se despertaban en él, á la sola idea de poder dar la muerte, y, deleitarse en ella;

y, el día de la Posesión del Poder, llegó;

ese día, como el día de su elección, las campanas, echadas fueron á vuelo, desde la hora

del alba, y, anunciaron al pueblo, el advenimiento del Amo;

pero, el aspecto de Bizancio, era distinto; triste estaba la ciudad; triste como un jardín bajo la lluvia;

es verdad que sobre las torres de las iglesias, y, en los balcones de muchas casas ondeaban banderas significativas, con lemas piadosos, como: « ¡Vivan Dios y, León Vives! »; « Viva el Defensor de la Fe »; pero ondeaban en un horizonte sin clamores, sobre un pueblo sin entusiasmos;

la guerra había estallado, aquella misma mañana, en una aldea cercana, y, repercutía en la Capital, con motines sangrientos;

la ciudad, tenía el aspecto de un campamento, toda llena de fuerza armada;

y, así mientras á las once de la mañana, entre el repique de las campanas, y, el disparar de los cañones, León Vives, prestaba el Juramento de Ley, y, en él juraba defender antes que todo, y, sobre todo, los fueros de la Iglesia, contra la *hidra devoradora de la Anarquía,* como en su cursi palabrería, llamaban los clericales á la

Revolución, y, el Arzobispo en un discurso en jerga macarrobíblica, lo llamaba el Macabeo de la Iglesia y, le recomendaba emular *la gloria*, de todos los Restauradores de la Fe, que en esos últimos tiempos, había padecido Bizancio, afuera, en los puntos extremos de la ciudad, el ruido de la fusilería anunciaba que se combatía ya, y, que la sangre comenzaba á derramarse;

así, cuando León Vives, salió de la Catedral, bajo vara de palio, acompañado hasta la puerta por el clero capitular, y, se dirigió á su casa entre dos filas de soldados, no oyó sino el eco de los disparos lejanos y, no vió sino las camillas de los heridos que llevaban al Hospital:

apenas llegado á la Casa de Gobierno, dictó un Decreto, declarando la Ciudad en estado de sitio, la provincia toda bajo la Ley Marcial, y, abolido todo tribunal que no fuese el Consejo de Guerra permanente, que bajo su Presidencia, juzgaría, en juicio sumarísimo, á los rebeldes;

— Yo vengo, decía, á gobernar un Pueblo' pero, si no puedo, gobernaré un Sepulcro; sobre los vivos ó sobre los muertos, yo, reinaré;

á quienes e hacían alguna observación sobre la fuerza de la Revolución, que crecía por momentos, él, contestaba :

— Mi Poder viene de Dios ; y, Dios, no será nunca vencido ;

y, como merced á un severo espionaje, establecido desde antes de su posesión, tenía en sus manos, gran parte de los hilos del complot, supo que aquella misma noche los Jefes de la Revolución, residentes en la Capital, con su Jefe Juliano Hermida á la cabeza, se reunirían en cierta casa, para de allí, marchar sigilosamente al campamento rebelde ;

organizó un esmerado servicio de policía, con sus mejores galgos á la cabeza para sorprenderlos y, aprisionarlos ;

así fué ;

cayeron entre sus manos, y, sometidos aquella misma noche á un consejo de guerra verbal, fueron condenados á muerte y, fusilados al aclarar el alba, contra un muro, en el patio de un cuartel ;

solo uno había escapado, uno, que para el odio de León Vives, equivalía á todos ; ese uno, era : Ernesto Pica ;

el joven periodista, había llegado demasiado tarde á la cita, y, viendo la casa guardada por policías, había comprendido de qué se trataba, y, había escapado...

escondido en el Hospital, donde estaba Sor Lirio, estuvo todo el día, hasta que las hermanas de Caridad, mismas, le facilitaron unas ropas talares, para que pudiese escapar al campamento, vestido de sacerdote;

y, al aclarar el alba de aquel otro día, se preparaba ya á abandonar la ciudad, bajo su disfraz, cuando queriendo tener noticias de su madre, antes de abandonarla, tal vez para siempre, se aproximó á la vecindad de su casa, é hizo llamar la vieja criada que los servía;

— ¿Dónde está mamá? le preguntó al verla;

la vieja calló;

— Y, ¿mamá? volvió á preguntarle, ya con un extraño temblor en la voz.

— Ayer se la llevaron á la cárcel...

— ¿Mi madre en la cárcel? rugió, más que dijo, Ernesto Pica.

— Sí, señor.

y, comprendiendo que lo ignoraba todo, la

vieja criada, le entregó el fragmento arrugado y sucio, de una hoja clandestina, que circulaba subrepticiamente, en la ciudad, como Boletín de los revolucionarios ;

y, en ella, pudo leer, este suelto :

« La madre de nuestro glosioso compañero Ernesto Pica, Redactor de la « Revancha », fué ayer en la mañana reducida á prisión momentos después del asesinato de Juliano Hermida y, los otros jefes de la Revolución ; sometida á un interrogatorio, para que dijese dónde estaba su hijo, se negó á responder y, fué tan bárbaramente azotada por orden de León Vives, que quedó exánime sobre el lugar del suplicio, y, se dice que mañana será sometida al mismo tormento, hasta arrancarle la confesión que entregue á su hijo, por el cual tiene el Dictador, una marcada aversión ; no le ha bastado Juliano Hermida, y, quiere á Ernesto Pica. La fiera pide sangre ;

Ernesto Pica, no lloró, no se inmutó, no dijo nada ;

licenció al guía ; volvió la espalda al campo ; y, entró silencioso en la ciudad ;

ésta, dormía bajo el espanto, como una selva bajo la noche ;

las casas parecían sepulcros ; las ventanas, las puertas cerradas, como si todos temiesen ver por ellas entrar la Muerte ;

merced á su traje talar, que valía más que un pasaporte, Ernesto, pudo atravesar la ciudad, sin ser molestado, y, antes bien, las patrullas lo saludaban con respeto, y, los centinelas, le dejaban libre el paso :

así llegó hasta la Iglesia de los Jesuítas, y, entró en ella ;

el altar fulgía, y, como de costumbre, desde cuando era simple ciudadano, León Vives, estaba allí, oyendo la Misa, al lado del carrillo de su mujer ;

guardia palatina lo circundaba, mientras otro pelotón guardaba la puerta ;

Ernesto Pica, se arrodilló, en una de las naves laterales, y, fingió absorberse en sus rezos ;

la Misa, que era rezada, tuvo pronto fin, y, Su Excelencia, como ya llamaban á León Vives, se preparó á abandonar el templo, empujando, él, mismo, el carro de la valetudinaria

tenía su habitual aire modesto, cuasi tímido, que lo hacía aparecer siempre mucho más joven que su edad;

como traía los ojos bajos, según su costumbre, no vió á aquel que vestido de sacerdote, pudo aproximarse hasta él, en el momento, en que, cerca á la pila del agua bendita, alzaba el brazo para santiguarse;

uno, dos, tres tiros de revólver se oyeron en el templo, y, se vió á León Vives palidecer y, desplomarse, mientras Ernesto Pica, ensayaba aún disparar sobre él, los otros dos tiros, prisionera ya la mano, por un agente palatino;

el Dictador, cayó en brazos de los clérigos que lo seguían, mientras el agresor, agarrotado por los sicarios, era conducido fuera, á empellones y, á culatazos, y, llevado á un cuartel cercano, entre la soldadesca furiosa, que gritaba: « ¡Muera el asesino! ¡Muera! »; y, quería lincharlo;

los pocos transeuntes, que se habían apresurado á cruzar las calles, volvían presurosos á us casas, comentando el suceso, temblando

ante la idea de las represalias, si el Dictador escapaba de la muerte;

este, fué llevado exánime, y, con mil precauciones á su casa, y, como su mujer estaba enferma y, su familia, ausente, en Europa, se llamaron, apresuradamente, para asistirlo, dos Hermanas de caridad, del Hospital más cercano las dos primeras que pudieron acudir, y, fueron: Sor Patrocinio de la Cruz, una vieja setentona, maestra en rezos y, en ungüentos, y, Sor Milagros de la Merced, monja aún no profesa, que todas las otras tenían en grande estima, por su talento y, su virtud, y, que era aquella á quien los estudiantes de Medicina, y, los enfermos, entusiastas de su belleza, apellidaban: Sor Lirio;

la vieja Hermana, venía cargada de amuletos, como si su principal misión, hubiese sido, salvar el alma del herido; la joven traía su botiquín, puesto que era la encargada de la Farmacia, en el Hospital, célebre por la admirable sangre fría, con que presenciaba ciertas operaciones y, aún la pericia con que las secundaba; muy versada en cosas de la Química, ninguna

más hábil que ella, para la manipulación de las substancias peligrosas, y, la preparación de los medicamentos, que requiriesen una cuidadosa dosificación, en materias venenosas;

alta, blonda, magnífica, modelada como una Hebe adolescente; género de belleza fantástico y fascinante, con su palidez cuasi diáfana, el porte imperial de la cabeza, soberbia bajo la toca cándida; las turquesas obscuras, con esfumaduras azulosas, de sus ojos, tenebrosos y, profundos, que podrían decirse fatales, lucían circuidas de unas ojeras tan ondas, que los hacían parecer lejanos; la unión de las cejas negras, en medio de tantas palideces blondas, hacía aparecer duro, su perfil juniano, que se diría el de una Judith, virgen, con las manos desarmadas, tendidas, hacia los desvalidos, en un gran gesto de Piedad;

León Vives, vuelto en sí de su primer síncope, había preguntado:

— ¿Quién es mi asesino?

— Es un adolescente, casi un niño, se llama: Ernesto Pica, le respondió alguien;

— Él, él, gimió el Dictador, hecho aun más

pálido, y, retrocediendo, en el lecho, como ante una visión! y, luego murmuró muy paso, como para sí solo, para que lo oyera solamente su corazón aterrado: « ¡Mi raza! ¡Mi raza! ¡Raza de asesinos! ¡Raza de Atridas!... » y, se miró las manos; sus manos, que debían estar rojas de sangre hasta los puños;

pasado ese síncope, y, el dolor de la primera cura, el enfermo quedó tranquilo; las heridas, eran graves, pero no precisamente mortales; se habían extraído los proyectiles; y, si no venía alguna complicación en la noche, acaso podría salvarse; tal fué la opinión de los médicos;

y, se prohibió en absoluto, que nadie hablase con él; el reposo le volvería las fuerzas; las dos monjas, encargadas de hacer cumplir esa consigna, la guardarían escrupulosamente;

en tanto, afuera, en las calles de Bizancio, se combatía desesperadamente; la noticia de que León Vives, estaba herido, aumentaba el brío de los insurrectos, y, debilitaba el de las fuerzas oficiales, que empezaban ya á pensar en su suerte, caso de ser vencidas;

como sucede siempre, en esos casos, una reacción, se operaba en el fondo del Gobierno; los Ministros, que habían asumido el Poder, comenzaban á orientarse hacia la Piedad, habían puesto coto á las crueldades inauditas é inútiles con que León Vives, aterrorizaba la capital, y, ensayaban parlamentar con los enemigos, para atenuar el horror de la guerra, si no era posible concluir con ella;

hacia las diez de la noche, un Ministro entró hasta el lecho de León Vives, trayéndole la Sentencia del Consejo de Guerra, que condenaba á Ernesto Pica, á muerte, y, pedirle que la firmara, si era que no agraciaba al culpable, en vista de su poca edad;

— ¿Agraciarlo? dijo León Vives, frunciendo el ceño, y presa de una verdadera cólera: ¿Agraciarlo? ¡jamás! ¡jamás! ¡que muera cuanto antes! ¡Ah, que no pudiera morir mil veces! ¿Á qué horas lo ejecutan?

— Al aclarar el alba.

— ¡Aun, unas horas!... ¡Cuánto tarda en morir! »; que me avisen inmediatamente que sea ejecutado; quiero saberlo;

durante este diálogo, Sor Lirio temblaba, como si fuese la flor de su propio nombre, sacudida por el ábrego;

León Vives, volvió á caer en sopor;

á media noche, tuvo lugar una segunda cura;

el cirujano, muy satisfecho, observando las heridas, dijo:

— Esto va muy bien; se cicatrizan rápidamente. La fiebre no es muy alta. Si no hay alguna complicación, Su Excelencia, está salvado;

— ¿Salvado? dijo León Vives, radiante de esperanza y, de alegría;

y, no dijo más, porque le prohibieron hablar;

ya en la pieza cercana, Sor Lirio, dijo á los médicos:

— Hay una cosa grave, y, es, que Su Excelencia, es cardíaco;

— ¿Cardíaco? ¡hum! eso sí está mal;

— Sí; hoy durante todo el día, ha tenido dos crisis; en una de ellas, creí que iba á morir ahogado.

— Eso, complica enormemente la situación.

— Con el corazón no se juega; la presencia de

un embólido... hay que tener mucho cuidado, hermana ; volveremos en la mañana ;

Sor Lirio, volvió al lado del enfermo ; éste, reposaba tranquilamente ; Sor Patrocinio, somnoliaba al lado :

— Hermana, la dijo Sor Lirio, ¿ ha oído usted lo que dicen los médicos? Su Excelencia está mejor. ¿Por qué no se retira á descansar siquiera sea una hora? Yo la llamaré luego ;

la vieja aceptó gozosa ; Sor Lirio la acompañó hasta el sofá de una habitación vecina, la hizo reclinarse en él ; pronto la anciana se durmió profundamente ;

Sor Lirio, volvió inmediatamente á la alcoba de León Vives, se acercó á la mesilla, abrió su botiquín, leyó con cuidado la etiqueta de un frasco, vertió unas gotas de su contenido, en la copa, donde estaba la poción calmante, hecha para aplacar la sed del herido, y, despertó á éste ;

— La poción, Excelencia, la poción ;

León Vives, abrió los ojos, llenos esta vez de la esperanza de la vida, y, apuró el contenido de la copa ;

— Me salvaré, Hermana, me salvaré, decía gozoso, recordando, las palabras del Médico;

Sor Lirio, calló;

— ¿Qué hora es?

— Las dos;

— Aun tres horas, tres horas para que muera mi agresor. ¡Cuánto tarda en morir!; yo no estaré tranquilo hasta que no haya exterminado mi propia raza... ¡dentro de tres horas, estaré libre de ella! ¡entonces viviré!...

Sor Lirio sonreía en la penumbra, y, sus pupilas tenían un resplandor siniestro; eran feroces, como los de una leona virgen, que husmease por primera vez, el olor de la sangre;

León Vives, se dormitó un momento, pero, se despertó luego, diciendo:

— ¡Me ahogo, me ahogo, auxilio!

Sor Lirio, no se movió del sillón cercano;

— ¡Me muero! ¡Salvadme! gimió León Vives:

— ¡Él, también se muere, y, nadie lo salva!

— ¿Quién es él?

— Ernesto Pica, tu hijo...

á estas palabras León Vives, abrió los ojos

desmesurados, quiso incorporarse en el lecho, gritando :

— ¡ Tú ! y, tú ¿ quién eres ?

la monja se acercó bien al lecho, puso la lámpara entre el enfermo y ella, y levantando la cofia, dejó ver todo su rostro, lleno de una belleza felina, indomable :

— Victoria Pica, Victoria Pica, clamó León Vives, temblando, retrocediendo contra el muro como si quisiese huir de los ojos asesinos de la monja, que lo devoraban :

— No soy Victoria Pica ; soy, su hija...

— ¡ Su hija ! mi hija ! murmuró el herido al fin de fuerzas...

y, calló...

— ¿ Me matas? dijo después de unos minutos ;

— Sí.

— No ; no ; ¡ Auxilio !, mis edecanes ¿ dónde están ?... gritó León Vives, con una voz que era ya imperceptible ; que me libren de mi raza ! es mi raza, la que me mata ! que me libren de mis hijos ; piedad ! ¡ piedad ! quiero vivir ; quiero vivir, decía, llorando ; ¡ salvadme ! ¡ salvadme ! gritaba haciendo ademán de tirarse del lecho ;

Sor Lirio, lo tomó por el cuello, lo apretó fuertemente, y, le hundió la cabeza bajo las almohadas;

así lo tuvo unos minutos;

cuando lo soltó, León Vives, ya no se movía;

los ojos enormes, tenían la ceguedad sagrada de la Muerte; no podía hablar, y, un ronquido afanoso le salía de la garganta;

era la agonía;

Sor Lirio, le volvió la espalda y se encaminó á la ventana;

clareaba el día;

aplicó el mármol de su rostro contra el cristal, y, las dos alas de su cofia, semejaron una paloma embalsamada, que se hubiese colgado á la vidriera; y, los miosotis ígneos de sus ojos, interrogaron el horizonte;

las nieblas se evaporaban, y allá lejos, lo que ella buscaba se mostró: la mole roja de la prisión, donde á esa hora moría su hermano;

como si los verdugos, no hubiesen esperado otra cosa, algo negro y, fatídico como las alas de un cuervo enorme rasgó el horizonte y, se enseñoreó, ondeando sobre el friso principal de

la prisión : era la bandera de los ajusticiados ;

Ernesto Pica, acababa de morir ;

Sor Lirio, abrió los brazos como una cruz, que abrazase á una alma, sus mangas enormes, semejaron las alas híspidas de un alción desgarradas, por el huracán, en los parajes movibles del océano, y más que arrodillarse se desplomó al suelo sollozando :

— ¡ Hermano mío ! ¡ hermano mío !...

y después, como si tuviese vergüenza de llorar, se puso en pie, enjugó sus lágrimas, y, cual si volviese la espalda á su dolor la volvió á la claridad, y, miró fijamente hacia el lecho ;

León Vives, había expirado ;

los ojos á flor de cara, la boca abierta, los dientes alargados inmensamente, como los de un lobo pronto á morder ;

Sor Lirio, no le cerró siquiera los ojos ;

lo miró con un odio vertiginoso :

— ¿ Por qué no se muere sino una vez ? dijo. ¡ Ah ! si tuvieras cien vidas, cien veces te las quitara !

serena, fría, entornó sus párpados sobre las tinieblas de sus ojos, esos ojos, que tanto se

parecían á los del muerto; una paz augusta se extendió sobre su rostro, cual si fuese una losa, bajo la cual enterrase su corazón; abrió la puerta que daba sobre el salón, y, dijo á los oficiales allí de guardia :

— Señores : Su Excelencia ha muerto;

después, volvió al pie del lecho, se puso de rodillas, inclinó la cabeza, y, pareció musitar una oración ;

y, un gran rayo de sol, el primero del día, entró por la ventana, y, vino á jugar por igual, sobre las facciones lívidas del muerto, y, sobre la nuca de la monja, donde rizos locos, rizos blondos, hacían irisaciones áureas, cual si fuesen la cuchilla de una guillotina de oro, pronto á tronchar un lirio de cristal.

FIN

En Ravélo, (Golfo de Salerno),
á quince de Febrero
del Año de Mil Novecientos Diez.

PARÍS. — IMPRENTA DE LA VDA DE CH. BOURET.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ8179
.V3
C6
1910